



*Nota
de
Voz*

Germán Bandera

Nota de voz

Germán Bandera

Título: Nota de Voz
© 2017, Germán Bandera
Ilustración de portada: StockSnap
Revisión de estilo: Erick Paul Salgado
1ª edición
Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

No somos amigos ni enemigos,
solo dos personas que se encontraron
por destino de la vida.

Germán Bandera

Todos somos ignorantes, pues nunca nadie llega a saberlo todo.
No es bueno vivir en la ignorancia, pero en ella vivimos,
lo importante es darle el significado a lo que eres
y lo que te rodea.

C.F.

Índice

HACE CUATRO AÑOS

AHORA

CAPÍTULO I

Encuentro

Cine

Taxco

Preguntas

CAPÍTULO II

Bulevar

CAPÍTULO III

Cristo

Hot Dog

CAPÍTULO IV

Amigas

Verdad

Diferente

Decisiones

CAPÍTULO V

Bandera

Confesiones

CAPÍTULO VI

Noche

Historias

CAPÍTULO VII

Pláticas

Libro

Miedos

CAPÍTULO VIII

Sentimientos

Sensaciones

Ideas

CAPÍTULO IX

CDMX

Futuro

Regreso

CAPÍTULO X

Hospital

CAPÍTULO XI

Organización

Hace cuatro años

Los cuatro chicos iban en carretera, era de noche y llovía. La música sonaba dentro de la camioneta xtrail. Carolina una chica alegre, iba en el asiento del copiloto, su novio Alex iba manejando, en la parte de atrás iba Stephanie con su novio Marcos. Los chicos estaban emocionados por haber ido a un paseo a la ciudad de México, todos contaban con diecinueve años, estaban en la edad de salir a buscar aventuras, de divertirse, de perderse en algún lugar.

Faltaba poco para entrar a su estado natal.

—Ya casi entramos —dijo Stephanie muy emocionada.

Se encontraban todos muy inquietos y exaltados de emoción porque se acercaban a la línea divisora de estados.

—¡YEAH! —gritaron todos al pasar el letrero de bienvenida.

Mientras seguían avanzando en línea recta, Carolina observaba la lluvia caer. En ese momento la canción movida que iban escuchando finalizó y comenzó a sonar una balada tranquila.

Carolina giró su mirada hacia enfrente, a lo lejos vio las luces de un coche que venía en dirección contraria a ellos. Sonrió al escuchar esa canción porque le recordaba aquella noche en la que había conocido a su novio.

—Nuestra canción —comentó Alex sonriendo.

Ella sonrió mostrando sus dientes. Una emoción nueva había sentido, amor, diversión, intimidad, todo junto en un mismo instante.

Volteó a ver a sus amigos que iban atrás, Stephanie iba en los brazos de Marcos, iban con los ojos cerrados.

Alex sacó de la bolsa de su camisa un pequeño sobre blanco, se la entregó a su novia. Enseguida ella sacó lo que había dentro. Un bonito collar en forma de un avión de papel.

—Te amo —dijo Carolina acercándose a Alex para besarlo en la mejilla con los ojos cerrados.

Él dirigió su mirada hacia su novia, se acercó hacia ella para besarla.

Fue un grave error, todo paso muy rápido. Alex giró el volante bruscamente sin darse cuenta y la camioneta comenzó a girar sobre la carretera mojada. Intentó maniobrar con el volante, pero fue inútil, la camioneta comenzó a volcarse.

Carolina se sostuvo con todas sus fuerzas mientras la camioneta se movía bruscamente. Todo era en vano el vehículo ya estaba con las llantas hacia arriba patinando sobre el suelo mojado. El coche que venía en dirección contraria, intentó esquivarlos, pero se impactó de frente con la camioneta, volcándose también.

Segundos más tarde, el sonido de metal retorciéndose sobre la carretera pasó a convertirse en un silencio abrumador.

Se escuchaba la lluvia caer sobre la carretera.

Carolina abrió los ojos. Se encontraba con medio cuerpo fuera sobre la ventana de su puerta. Volteó hacia un lado, vio el otro coche con las llantas hacia arriba.

—¿Alex? —Preguntó Carolina sin obtener respuesta. —¿Stephanie? ¿Marcos?

Nadie respondió.

Se sentía preocupada, no sabía qué hacer. Quería hacerse a la idea de que sus amigos se encontraban desmayados. Poco a poco comenzó a arrastrarse hasta salir de la camioneta. Se quedó

boca abajo sobre la carretera, su pierna le dolía mucho.

—¿Mami? —se escuchó la voz de una niña.

Carolina seguía boca abajo, solo escuchaba a la pequeña llamándole a su mamá.

—¡Mami!

El grito de la niña fue espantoso. Estaba claro que su mamá no había sobrevivido a tal desastroso accidente. Los ojos de Carolina comenzaron a derramar unas lágrimas, pero su rostro no mostraba expresión, estaba en shock.

Comenzó a sentir el cuerpo cansado, como si hubiera estado haciendo ejercicio por mucho tiempo. El sueño poco a poco le fue venciendo.

Ahí bajo la lluvia, tirada en la carretera mojada, quedó dormida después del fatal accidente.

Cuando Carolina abrió los ojos, se dio cuenta que estaba en un cuarto de hospital. Miró a su alrededor e intentó recordar lo que había pasado. Su último recuerdo fue el grito de la pequeña niña gritándole a su mamá.

En ese momento entró una enfermera.

—Buenos días, Carolina —Saludó la enfermera.

—¿Cómo están los demás? —Preguntó Carolina muy preocupada.

La enfermera quedó en silencio por un instante, observaba la carpeta que estaba en la mesita aún lado de la cama. Mientras Carolina esperaba impaciente por la respuesta.

—Fallecieron cuatro personas —Por fin contestó la enfermera.

Carolina sintió un gran peso en su pecho. No podía creerlo. Miró hacia el techo y las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro.

—Lo siento mucho, Carolina —comentó en voz baja la enfermera.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

—Espere —dijo Carolina sin despegar la mirada del techo.

La enfermera se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Quiénes murieron? —su voz se escuchó entrecortada.

—El señor Salgado, la señora Bahena, la joven Stephanie y el joven Marcos.

Las lágrimas en el rostro de Carolina comenzaron a brotar con más intensidad.

—¿Y Alex? —preguntó.

—Él está en la habitación de alado, esta delicado, pero se recuperara.

—¿Puedo verlo? —su voz era esperanzadora, pero Carolina no se había dado cuenta de que tenía la pierna enyesada.

—No creo que por ahora puedas, pero en cuanto él este mejor yo puedo acompañarte.

—Muchas gracias —dijo Carolina.

La enfermera sonrió y salió de la habitación.

Más tarde, Carolina se encontraba dormida cuando sus familiares la fueron a visitar. Sus papás lloraron al ver a su hija en cama con la pierna enyesada.

—No debimos dejarla ir —comentó llorando la mamá de Carolina.

Su esposo la abrazó para consolarla.

—La visita terminó. Tengo que administrarle el medicamento —Dijo la enfermera mientras entraba a la habitación.

—Está bien, señorita. Muchas gracias —agradeció el papá de Carolina.

Los señores salieron de la habitación para esperar afuera en la sala de espera.

Mientras la enfermera le inyectaba un medicamento, ella despertó lentamente. Después se quejó al sentir la medicina líquida que estaba entrando a su cuerpo.

—Lo siento —dijo la enfermera.

—Está bien.

Al finalizar la inyección, la enfermera guardó en su filipina la jeringa y los pequeños frascos de vidrio que ya no servían.

—Disculpa, Carolina. Me parece que al chico de alado se lo llevaran más tarde a otro hospital. Pensé que querías verlo.

—¿Podrías llevarme un rato con él?

—Sí, solo déjame traer una silla de ruedas.

La enfermera salió rápidamente de la habitación y solo le tomó unos minutos para volver con la silla de ruedas.

Ayudó a Carolina a sentarse en la silla, su pierna quedó sostenida sobre un apoyo que tenía la silla. Salieron de la habitación con dirección a la de alado.

—Está dormido, no hagas mucho ruido —comentó la enfermera.

Carolina asintió con la cabeza.

Poco a poco se acercaron al chico que estaba en la cama, tenía vendada la nariz. Su rostro estaba un poco hinchado. Ella lo observó detenidamente.

—Él no es Alex —dijo Carolina muy seria.

—¿No lo es? —preguntó la enfermera observando a detalle al chico.

Carolina negó con la cabeza.

—Bueno, es uno de los chicos que también sufrió el accidente.

—Eso es mío —dijo Carolina señalando el collar en forma de avión de papel que estaba sobre la mesa.

—Llévatelo, él dijo que no recordaba ese collar.

—Muchas gracias —susurró Carolina. Tomó el collar y lo apretó en un fuerte puño.

La enfermera tomó la silla de ruedas y regresaron a la habitación. Mientras avanzaban, ella observó detenidamente el collar, un ala del pequeño avión se había doblado, la otra tenía una leyenda escrita “Te amo XIII”.

AHORA

Capítulo I

Capítulo I

Encuentro

La tarde estaba muy soleada, Rodrigo trabajaba en unas muestras de sangre que tenía que entregar más tarde. Por suerte dentro del laboratorio había aire acondicionado.

—¿Ya está la muestra, químico? —Preguntó una joven a Rodrigo.

—Ya te dije que no me llames químico, solo dime por mi nombre —se quejó él.

La joven sonrió.

—¿Ya está la muestra, Rodrigo? Suena extraño llamarlo por su nombre. Aunque se vea joven, usted ya trabaja aquí y yo solo soy una practicante, así que es por eso que le hablo de “usted”.

—Tengo 23 años, no creo verme tan grande.

Rodrigo solo sonrió y siguió analizando la muestra de sangre.

Cuando terminó de trabajar con la muestra, salió de la habitación donde se encontraba y se la entregó a la chica practicante.

Su celular sonó y contestó.

—¿Rodrigo?

—Sí, ¿Qué pasó? —respondió él.

—Iré a hacer un trabajo a la escuela, ¿Puedes pasar por mí a las cinco?

—Sí, voy a comer y de ahí paso por ti.

—No, pasa por mí para que vayamos a comer. O mejor te veo a las cinco en el zócalo frente a la iglesia.

—Sí, mejor, sirve que no voy hasta tu escuela —comentó Rodrigo.

—Ahí te veo. Adiós.

—Adiós —se despidió Rodrigo y siguió trabajando.

Más tarde, Rodrigo esperaba a su hermana en el lugar donde habían acordado. Se sentó en una jardinera a esperar. No pasó mucho tiempo cuando Carolina llegó al mismo lugar, solo que estaba en una banca en frente de Rodrigo. Cuando se percató de la presencia de él, solo se quedó mirándolo, le pareció un chavo lindo.

Rodrigo notó la mirada de la chica delgada que estaba en frente, intentó disimular que no la había visto mirando a los lados, pero Carolina se volteó rápidamente para no incomodarlo. Después Rodrigo volteo discretamente para cerciorarse de que Carolina no lo estaba mirando, pero ella hacia lo mismo y sus miradas se encontraron, al darse cuenta del momento incomodo que habían formado, ella le sonrió, mientras que él permaneció serio y se volteó hacia el otro lado.

Ella sintió la necesidad de hablar, así que se levantó de la banca y caminó hacia él. Al llegar se sentó a su lado. Rodrigo no dijo nada, solo seguía viendo hacia el otro lado.

—Hola —Saludó Carolina.

Rodrigo volteó a mirarla.

—Hola —Saludó con una sonrisa en el rostro.

—Me llamo Carolina.

Rodrigo soltó una risita.

—Sí, pude verlo —señaló el gafete que Carolina llevaba en su blusa. —Me llamo Rodrigo.

—Es obvio —dijo ella refiriéndose a su nombre que estaba impreso en un gafete, sonrió y miró del otro lado en busca de su amiga.

Un momento de silencio se creó entre ellos.

—Y... ¿Cómo estás? —aventuró Rodrigo.

Carolina lo regresó a ver.

—Bien. Bien, ¿y tú?

—También bien —sonrió él.

—Ahí va mi amiga, nos vemos Rodrigo, fue un gusto conocerte —ella le estiró la mano en forma de despedida. Él la aceptó.

La forma en que se despidió fue muy rápida. Se levantó de su lugar y caminó alegremente hacia su amiga.

Rodrigo se quedó mirándola desde su lugar. El encuentro había sido un poco extraño. Miró cuando Carolina se había encontrado con su amiga, con su pulgar señaló hacia él, estaba claro que hablaban de Rodrigo, después sonrió y lo volteó a ver, en ese momento Carolina regresó hacia donde estaba sentada con Rodrigo.

—Perdón, ¿tienes WhatsApp? —preguntó ella.

—Sí, es...

Carolina interrumpió la oración de él, le ofreció su celular.

Rodrigo lo tomó y comenzó a escribir su número.

—Me pasas el tuyo —dijo él.

Sacó su celular del pantalón. Carolina se lo quitó de las manos y comenzó a agregar su número. Al final le sonrió y se lo entregó.

—Nos vemos —se despidió ella.

Rodrigo solo sonrió y se despidió con la mano.

Carolina regresó con su amiga y siguieron su camino.

Durante el resto de la tarde, él no dejó de pensar en la chica que había conocido. Fue un encuentro extraño debido a que ambos eran desconocidos. Mientras arreglaba su uniforme para el otro día, pensaba en escribirle a Carolina. Cuando terminó de acomodar lo que estaba haciendo, se decidió escribir.

Rodrigo: Ya te agregue.

No tardó mucho tiempo cuando ella respondió el primer mensaje de WhatsApp que había recibido de parte de Rodrigo.

Carolina: Listo

Rodrigo: Si :P

Carolina: Vamos a ver Star Wars el domingo. Ya la vi pero la quiero volver a ver.

Rodrigo: Orale. Nunca he visto una

Carolina: Ni yo jajaja Espera, me diste el avionazo?

Rodrigo: ➔ jajaja No es cierto, lo dije en serio, nunca he visto una película de esas.

Carolina: ¿y eso es motivo para no ir a ver la que está ahorita?

Rodrigo: No dije nada. Y si, vamos a verla

Carolina: Ok, vamos a ver esa.

Rodrigo: Pero tienes que estar psicológicamente preparada jaja

Carolina: ¿Para qué? O.o

Rodrigo: para verme más de cinco minutos. Soy un monstruo. Jajaja

Carolina: Estoy preparada C=

Rodrigo: Bien.

Carolina: Entonces... ¿cómo quedamos?

Rodrigo: domingo a las 8:15 es la función.

Nos vemos antes

Carolina: Si, donde te veo?

Rodrigo: En las bancas blancas. De cepillos. Conepolis. Cinepolis* Jajajajaja. Error de dedo

Carolina: jaja Ok. Las que están antes de entrar a cinepolis?

Rodrigo: pero esas son de madera, o no?

Carolina: Si ¿Cuáles son las bancas blancas de cinepolis?

Rodrigo: las que están adentro del cine jajaja

Carolina: jajaajaja te refieres a las mesitas

Rodrigo: esas

Carolina: Ahí luego hay mucha gente. Te veo en las de madera antes de entrar al cine

Rodrigo: está bien. Ahí te veo a las 7:40

Carolina: está bien. Buenas noches.

Rodrigo: buenas noches.

Cine

El domingo por la tarde, Carolina llegó cinco minutos antes de la hora acordada. Se acercó a una isla donde vendían productos para celulares. A lado estaba una banca de madera, se sentó.

Mientras esperaba, meneaba sus pies de la inquietud, pues Rodrigo no llegaba y ya habían pasado diez minutos de la hora acordada. Tomó la decisión de mandarle un mensaje.

Carolina: Ya vienes?

Rodrigo contestó enseguida.

Rodrigo: Ya, ya voy llegando.

Carolina esperó otro rato. Se levantó de la banca y se acercó a mirar los artículos para celulares que estaban vendiendo en la isla.

—Lo que gustes te lo puedo mostrar —dijo la encargada del negocio.

—Gracias, solo estoy mirando —respondió Carolina con una sonrisa.

Ella seguía observando. Miró su celular para ver si había algún mensaje de Rodrigo.

—¿Entramos?

Carolina escuchó que se dirigían a ella. Volteó, era Rodrigo quien había llegado.

—Sí, vamos —contestó ella sorprendida.

Ambos se dirigieron a la taquilla del cine.

—Buenas noches —Saludó la señorita encargada de vender los boletos.

—Buenas noches, me das dos boletos para Star Wars.

—¿En 3D? —Preguntó la señorita.

Carolina volteó a ver a Rodrigo. Él afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí, por favor —contestó Carolina.

Al recibir los boletos caminaron hacia la entrada de las salas.

—¿Compraremos algo? —Preguntó Carolina mientras observaba los boletos.

—Sí, ¿o tú no quieres? —dijo Rodrigo.

—Sí, vamos.

Se formaron en la fila de la dulcería.

Cuando llegó su turno de comprar, se acercaron a la caja donde los iban a atender.

—Buenas noches, me da unas palomitas de mantequilla y un refresco. —Dijo ella al joven que despachaba. —¿Está bien? —Preguntó enseguida a Rodrigo.

—Las palomitas que sean mitad de queso y mitad mantequilla —comentó él.

Les sirvieron la orden, pagaron y se dirigieron a la sala del cine.

Al entrar, escogieron los lugares justo a la mitad de la sala.

Se colocaron sus lentes 3D cuando los trailers de las películas comenzaron. La película comenzó, Carolina ponía mucha atención, a pesar de que ya la había visto, quería saber si se perdió de uno que otro detalle. Rodrigo por su parte, veía la película como si fuera un niño emocionado al ver tanta pelea, las palomitas de queso las devoraba muy deprisa. Ella contrabajos y comía su parte de mantequilla.

Al terminar la película, se quitaron sus lentes, se voltearon a ver al mismo tiempo. Solo compartieron una sonrisa. Estaba claro que habían disfrutado la película.

Salieron por un pasillo que estaba detrás de las salas y daba con dirección a la entrada del cine. Caminaron en silencio hacia la salida del centro comercial.

—Uhhh... ¿y ahora? —Preguntó Carolina sin saber qué hacer.

—Vamos a cenar —contestó él.

—Sí, sugiere un lugar.

—Vamos a la taquería de alado —Comentó Rodrigo.

Cruzaron el gran estacionamiento del centro comercial. Al llegar a la taquería se dieron cuenta de que está estaba cerrada.

—¡Maldición! —Comentó Rodrigo. —Muero de hambre.

—Sigamos caminando —sugirió Carolina.

—¿Enserio crees que encontremos otra taquería a esta hora? —Preguntó Rodrigo consultando la hora en su celular.

—¡Por Dios, estas en la ciudad del taco! —Dijo ella irónicamente.

Siguieron caminando por la carretera hasta que llegaron a un pequeño lugar donde vendían cena, para su suerte, tenían tacos.

—¿Ves? En esta ciudad siempre encontraras tacos a toda hora —dijo Carolina sonriendo.

Entraron al pequeño negocio. Se sentaron en una mesa cuadrada, Rodrigo en frente de ella.

Se acercó una chica delgada con blusa negra.

—¿Qué van a pedir? —Preguntó la chica.

—A mí me das una orden de tacos al carbón. Los de carbón son los blancos ¿cierto? —preguntó Carolina.

—Sí —respondió la chica riendo.

—A mí me das lo mismo —dijo Rodrigo.

La chica anotó el pedido y se retiró.

Carolina miró alrededor. Sobre la carretera pasaban autos a toda velocidad. Estaban a orillas del periférico de la ciudad.

Rodrigo notó que ella estaba un poco nerviosa, así que decidió romper el hielo.

—Así que te llamas Carolina.

Ella volteó a verlo. Sonrió.

—Sí, puedes llamarme Caro.

—Bueno Caro, ¿en que trabajas?

—Soy periodista, bueno, escribo artículos para el periódico de la ciudad.

—Órale, suena genial eso. ¿Artículos de crímenes y robos sospechosos? —Preguntó Rodrigo muy intrigado.

—No, no esa clase de artículos, son artículos sobre cultura en la ciudad.

—ohh... entiendo.

—y tú, ¿en que trabajas? —Preguntó Carolina.

—Soy químico, bueno soy técnico.

Carolina lo miró sorprendida.

—¿Sacas sangre y ese tipo de cosas?

—Sí. Todo ese tipo de cosas —respondió Rodrigo jugando con las palabras que había usado Carolina.

—Que padre. Eres muy joven para trabajar en un hospital —comentó ella observando detenidamente el rostro de Rodrigo. Se perdió entre sus pequeños ojos negros, su fina nariz sobresaltaba de su cara, sus labios delgados se curvaban cada vez que sonreía de lado.

—Tengo 23 años —Comentó Rodrigo.

—Yo también, bueno estoy a punto de cumplir los 24, pero no creo aparentar 24 —Dijo Carolina.

—Si los aparentas —arremetió él.

—No hablemos de eso —finalizó ella riendo de pena.

En ese momento una familia se sentó a un lado de la mesa donde estaban ellos. Su cena había llegado.

Comenzaron a comer.

—¿Por qué decidiste hablarme cuando estaba en el zócalo?

Carolina sonrió sin mirar a Rodrigo. Pensó unos segundos lo que iba a decir.

—Te pareces a alguien que conocía, así que decidí hablarte.

—¿Segura? —preguntó Rodrigo dudando de la respuesta que había obtenido.

—¿Me ves insegura? —Carolina contraatacó la pregunta de él con otra pregunta.

—Te creeré.

Siguieron cenando tranquilamente, hasta que Carolina se percató de que el señor que había llegado con su familia, los miraba mucho. Pasaba su mirada de Rodrigo a ella.

—¿Rodrigo? —dijo Carolina en voz baja.

Él volteó a mirarla. Levantó sus cejas.

—¿Conoces al señor de alado? —Preguntó ella haciendo señas con sus ojos.

—No, creí que tú lo conocías.

Ella negó con la cabeza al mismo tiempo que sonreía.

Siguieron cenando con las miradas de aquel señor extraño.

—¿Qué te gusta hacer, Caro?

—Me gusta escuchar música, me gusta leer, ahhh...se tocar la guitarra. ¿Y a ti?

—Sabes tocar guitarra, eso es genial. Bueno, yo, me gusta escuchar música, casi no leo.

—Deberías leer más —comentó Carolina mientras tenía comida en la boca.

Rodrigo solo sonrió.

—No es que no me guste leer, si leo. Solo que difícilmente me llama la atención leer algo.

—Estamos igual —comentó ella.

Cuando terminaron de cenar, la chava de blusa negra se acercó para limpiar la mesa. El señor y su familia que estaban cenando alado, también habían terminado, solo que ellos se retiraron enseguida.

—¿Terminaste de estudiar? —preguntó Rodrigo.

—Sí, estudie ciencias de la comunicación. ¿Y tú?

—Yo solo termine la prepa, ahí lleve laboratorio. Pero ahora estoy estudiando enfermería.

—¿En Taxco? —preguntó Carolina.

—No, aquí en la ciudad, solo que es sabatina, por mi trabajo.

—Eso está bien, trabajas y estudias —dijo ella.

—Ya son las doce, creo que deberíamos irnos —sugirió Rodrigo.

—Sí, creo tú entras temprano a tu trabajo.

Entró a las siete de la mañana y salgo a las tres.

Muy temprano, deberíamos irnos para que descanses.

Se levantaron de la mesa, dejaron el dinero en medio y salieron del lugar.

—¿Tomarás taxi? —Preguntó Rodrigo.

—¿Para dónde vas? —contestó con otra pregunta Carolina.

—Hacia allá —Rodrigo señaló una calle que estaba frente de ellos, era una avenida donde había varias escuelas.

—Te acompaño y ya de ahí tomo taxi, para que no te vayas solo, además es tarde.

—Bien, caminemos.

Cruzaron los cuatro carriles del periférico y comenzaron a avanzar por la avenida.

Mientras caminaban, se produjo un silencio, pero era acogedor. Carolina observaba la calle de noche, veía la sombra de los árboles que producían las lámparas que estaban sobre la banqueta de la avenida.

—Todo se ve muy bonito —comentó Carolina mirando a su alrededor.

—Me recuerda a Taxco, solo que en colores plateados —Dijo Rodrigo también observando alrededor.

Carolina lo miró. Vio como sus ojos negros observaban un paisaje casi igual al que ella notaba en ese momento.

—¿Te gusta mucho Taxco? —preguntó ella sin apartar la mirada de él.

—Me encanta.

Respondió Rodrigo, su voz fue tan sincera que era obvio su gusto por esa ciudad.

—Bueno, te gusta mucho Taxco... ¿Vamos a Taxco? —dijo Carolina de golpe.

Rodrigo la volteó a ver sorprendido.

—Sí, vamos —aun dudaba—. ¿Cuándo?

—Mañana —contestó Carolina sonriendo de oreja a oreja.

—Solo que después del trabajo —dijo él.

—Sí, a las tres te veo en la base de taxis.

—Está bien. A las tres en la base de taxis.

La mirada de Rodrigo mostraba emoción pero a la vez dudaba en si sería buena idea ir. Como ya había aceptado, no podía echarse para atrás.

Siguieron caminando hasta llegar al final de la avenida. Doblaron hacia la derecha, caminaron unos cuantos pasos hasta que Rodrigo se detuvo.

—Yo vivo sobre esa calle. Si quieres aquí puedes tomar el taxi.

—Claro —respondió Carolina.

Esperaron a que pasara un taxi. Cuando uno se detuvo, Carolina se subió.

—Mañana a las tres.

Rodrigo sonrió.

—Sí, a las tres.

Carolina sonrió en señal de despedida.

Él cruzó la carretera y siguió su camino a casa. Al llegar, se dirigió a su habitación, se colocó un short y una playera delgada para estar cómodo, se acostó en su cama, en su celular entró a WhatsApp para ver la foto de Carolina. Al mirarla pensó en muchas cosas sobre ella, sobre su forma de ser, por qué había hablado con él y porque decidió que él fuera a quien iba a conocer.

Después de un rato, el sueño llegó y decidió dormir.

Taxco

En la mañana cuando Rodrigo despertó, se alistó para irse a trabajar. Se colocó su bata en el brazo y salió de su casa. Caminó hacia la carretera para tomar un taxi.

Al bajar del taxi corrió a la entrada del hospital para registrar su entrada, pues no podía pasar de las 7:10 a.m. sino lo contaban como retardo. Por suerte registró a las 7:09 a.m. estuvo a punto de registrar como retardo.

—Por poco, Rodrigo —dijo la recepcionista refiriéndose al casi retardo de él.

Él sonrió y se dirigió al laboratorio.

Se sentó en una silla de oficina y comenzó a checar el trabajo que tenía para ese día. Durante el almuerzo, salió al patio a comer un sándwich, dio unos cuantos pasos y llegó a la sombra de un árbol grande que estaba en el terreno de alado, era una secundaria, pero las ramas del árbol cubrían parte del patio del hospital.

Pensó un buen rato en la ida a Taxco, se emocionó un poco. Después pensó en Carolina. Su sonrisa era muy bonita, su forma de ser era alegre, pero aún permanecía su duda, “¿porque él?”.

Al finalizar el trabajo, se quitó su bata y la guardó en una mochila que llevaba. Se cambió su pantalón por uno de mezclilla. Registró su salida y salió rápidamente del hospital. Ya eran las tres de la tarde. Afuera había varios taxis esperando pasajeros. Subió a uno y se dirigió a la base. Llegó y caminó hacia una tienda que estaba justo en la base, se sentó en una banca, observó a su alrededor, pero no vio a Carolina. Esperó un momento, al pasar unos minutos decidió mandarle mensaje.

Rodrigo: Te vas a tardar?

Carolina: No, ya voy llegando.

En cuanto Carolina contestó, iba llegando a la base. Bajó del taxi y enseguida vio a Rodrigo, iba con playera roja y un pantalón de mezclilla. Ella sonrió cuando él la miró.

Caminó hacia él.

—Ya, estoy lista.

—Te tardaste —comentó Rodrigo.

—Lo sé. Disculpa, había tráfico —se justificó y se acomodó alado de él.

Llegó el taxi que los llevaría a Taxco. Se levantaron de la banca para subirse en la parte de adelante. Iba el chofer, Carolina y Rodrigo.

En el camino hacia la ciudad platera, las curvas provocaban que Carolina se recargara de más en Rodrigo. Él no hacía nada, solo en cuanto podían, ambos se acomodaban para no ir incómodos.

Tardaron cuarenta minutos en llegar.

Al bajar del taxi, Rodrigo se estiró todo lo que pudo levantando sus brazos hacia el cielo. Carolina también se estiró, pero solo los estiró hacia el frente.

—Bien, ¿A dónde vamos? —Preguntó emocionada.

—Vamos a comer —sugirió él.

—Bien, tú di hacia dónde vamos.

—Vamos al centro y de ahí buscamos donde comer.

Carolina solo sonrió y espero a que Rodrigo tuviera la iniciativa de caminar. Rodrigo solo la miraba, dentro de él se preguntaba por qué ella no caminaba.

—¿Haz estado aquí en Taxco? —Preguntó dudando.

Carolina negó con la cabeza.

—Bueno, ya tiene que no vengo, pero nunca he venido en taxi, solo en coche particular.

Él comprendió.

—Bien es por aquí —dijo Rodrigo y comenzó a caminar.

Subieron por la calle donde estaba la base de taxis. En la orilla había varios puestos, desde negocios de ropa hasta puestos de verduras. Algunas partes de esa calle empinada estaban cubiertas por lonas que cubrían del sol.

Carolina miraba la calle, pero no veía salida. Hasta que Rodrigo entró por un pasillo angosto y subió una escalera. Llegaron al mercado de Taxco, caminaron por los pasillos hasta subir por otra escalera que dirigían hacia una calle. Giraron hacia la derecha y ahí estaba, la gran parroquia de Santa Prisca, majestuosa por donde se le mirara.

Caminaron hacia la parroquia.

—Busquemos un lugar para comer —dijo Carolina mientras avanzaban.

—Existe un restaurante a unas calles de aquí. No está lejos —comentó Rodrigo.

—Bien, pues vamos.

Giraron sobre el pequeño zócalo que estaba frente a la catedral. Bajaron por una calle, dieron vuelta hacia la derecha y siguieron caminando. Justo en frente se encontraba un restaurante llamado “Aladino’s”, estaba ubicado en una esquina.

—Allí es —dijo Rodrigo señalando el restaurante.

—¿Ya habías venido aquí? —Preguntó Carolina mirando el local.

—Sí, guisan delicioso.

Caminaron hacia la entrada.

—Hasta arriba ¿te parece? —dijo Rodrigo.

—Está bien.

Subieron hasta el tercer piso.

Era la azotea del restaurante, pero estaba cubierta de mesas con paraguas verdes cada una. Alrededor había masetas con plantas verdes.

Se sentaron en una mesa cerca de la orilla. Desde ahí tenían una vista del lado derecho de la parroquia. El clima estaba fresco, y el sol era cubierto por espesas nubes. Las casas se veían pequeñas desde ahí arriba.

—Me gusta mucho este lugar —comentó Rodrigo mirando a su alrededor.

—Aquí traes a tus... —No terminó de hablar Carolina cuando se percató de que no era buena idea decir que ahí llevaba a sus conquistas.

—He venido aquí con mis amigos y algunos compañeros del trabajo.

—¿Tus compañeros del hospital? —preguntó Carolina.

—No, antes de trabajar en el hospital, vendía Herbalife.

—¿Enserio? Suena genial —dijo ella muy contenta.

Pasaron unos minutos y llegó la mesera a tomar la orden. Ambos pidieron una hamburguesa.

Rodrigo se levantó porque quería ir al baño. Carolina se quedó en la mesa observando la hermosa vista de Taxco. Cuando él regresó, se sentó y con una servilleta se limpió las manos porque venían húmedas.

Carolina vio los movimientos que hacía con las manos, pero una pulsera que él llevaba llamó su atención.

—¿Tu pulsera es de plata? —Preguntó ella.

—Sí, me la regalo mi hermanita —respondió él mirando su pulsera.

—¿puedo saber qué dice?

Carolina se refería al lenguaje dactilológico que estaba escrito en la pulsera.

—Es el nombre de mi hermana. Se llama Esmeralda.

—Esme —comentó Carolina en voz baja.

—Sí, así le decimos.

Carolina siguió mirando las manos de Rodrigo, le parecieron bonitas, ya que eran grandes y sus venas resaltaban en su piel pálida. Él se dio cuenta y lentamente las colocó debajo de la mesa. Ella sonrió apenada.

Siguieron en su mesa esperando su comida, ya habían pasado más de media hora y no llegaba.

—Creo que se les olvidó que estamos acá arriba —dijo Carolina.

—No creo, o bueno, puede que sí —comentó él.

Después de otro rato, les llevaron las hamburguesas. Rodrigo comenzó a comer, al parecer llevaba hambre.

—¿Ya viste que todo lo acaban de hacer? —dijo Carolina mirando su hamburguesa.

Rodrigo observó la suya.

—Tienes razón. A lo mejor por eso se tardaron.

Siguieron comiendo hasta que terminaron. El tiempo había pasado muy rápido. Ya comenzaba a atardecer. Se levantaron para bajar a pagar, porque si esperaban a que subieran, iban a tardarse aún más. Rodrigo quería aprovechar el tiempo en Taxco.

Preguntas

Salieron del restaurante después de pagar, caminaron por la calle con dirección a la catedral. Las lámparas de luz rojiza que estaban por toda la ciudad ya comenzaban a brillar.

Llegaron al zócalo, subieron y caminaron alrededor del kiosco. El zócalo era muy pequeño, así que su vuelta duró poco.

—Deberíamos sentarnos —sugirió Carolina.

—Sí, ahí hay una banca.

Se sentaron en una banca que estaba frente al kiosco, detrás de este podían ver la catedral.

—No hay mucha gente —dijo ella mirando a su alrededor.

—No, por eso me gusta este lugar, además su clima es perfecto.

Se quedaron un momento callados mirando a su alrededor. Rodrigo notó que su compañera se había quedado sin tema de conversación, así que decidió hablar.

—¿Puedes bajar este dedo sin mover los demás? —preguntó él bajando el dedo meñique de su mano izquierda.

Carolina miró su mano, era grande y su piel ahora tomaba un tono rojizo debido a la iluminación del lugar. Intentó hacerlo con la mano derecha, pero no pudo. Rodrigo por su parte reía al ver que ella no lograba hacer lo mismo. Después Carolina lo intentó con la izquierda y lo logró.

—Sí, sí puedo —dijo muy orgullosa.

—Yo igual no puedo con la derecha. Creo que tal vez porque me corte en la mano y lastime algún nervio.

Rodrigo mostro una leve cicatriz que tenía debajo del dedo meñique por la parte trasera de su mano.

—Yo también me corte —Dijo Carolina mostrando una cicatriz entre el dedo meñique y el dedo anular de su mano izquierda.

—Qué raro, tal vez por eso podemos hacerlo —comentó él mirando su mano.

Ella miro el resto de su brazo. Notó que debajo de la manga tenía una gruesa cicatriz rosada que resaltaba de su piel blanca.

Dudó en preguntarle, pues no sabía si era correcto.

—¿Qué? —preguntó él casi molesto al darse cuenta que ella lo estaba mirando con ojos de lamento.

—Tu cicatriz... ¿Qué te pasó? —su voz fue suave, casi con pena.

Él se revisó la cicatriz. Pensó por un momento.

—No te voy a decir —comentó.

Su voz sonó a la defensiva. Carolina lo había notado, solo no comprendía el porqué.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Él la miró a los ojos, en ellos vio el daño que le hizo al decir que no le comentaría lo que le había pasado.

—Creo que aún no es tiempo de que te cuente todo. Es eso.

—Está bien —Carolina entendió y dejó a un lado el tema de su cicatriz.

—Disculpame si fui grosero —susurró Rodrigo.

Carolina solo curvó los labios en un intento de sonrisa.

—Mira venden palomitas. Iré por unas.

—Te acompaño —se ofreció Rodrigo.

Fueron hacia el puesto que tenía el palomitero.

—¿Me vende unas palomitas? —dijo Carolina.

—Claro señorita, ¿con salsa?

—Sí, por favor.

Carolina recibió las palomitas y regresaron a la banca donde recién se habían levantado.

Ella ofreció palomitas a Rodrigo, él las aceptó y comenzaron a comer.

—Oye ¿y qué te dijeron tus papás de que venias a Taxco? —preguntó Carolina.

—Nada —contestó secamente.

—¿Nada? ¿Así nada más te viniste? —dijo sorprendía.

—Sí, ¿Por qué? ¿Tú que dijiste?

—Yo solo les dije que iba a salir y ya.

—Mentiste —dijo él.

—No, literalmente salí. No dije a donde, así que no mentí —se defendió ella. —Qué raro que tus papás no te dijeran nada.

Rodrigo solo afirmó con la cabeza, comía palomitas y miraba hacia en frente sin un objetivo.

—Oye... —dijo Carolina.

Él volteó a verla.

—¿Algún día conoceré a tus papás? —Su voz sonaba entusiasmada.

Rodrigo pensó por una fracción de segundo en que contestar.

—Sí, creo que sí —dijo al fin.

—Tal vez sean serios como tú —dijo ella.

Siguieron comiendo las palomitas de maíz, mirando a su alrededor.

—Ya deberíamos irnos —sugirió Rodrigo poniéndose de pie.

Carolina se levantó y espero a que él comenzara a caminar.

—Tú primero —dijo Rodrigo en señal de que Carolina avanzara. Fue un gesto caballeroso de su parte.

Comenzaron a descender por la calle hasta llegar a la base de taxis que estaba en frente de la central de autobuses.

Se subieron a un taxi en la parte de atrás y esperaron a que llegara más gente para que se llenara el coche y así pudieron venirse a su ciudad.

Pasó un buen rato y solo dos chicas que estudiaban enfermería en Taxco habían llegado. Al final una de ellas les dijo que si pagaban entre todos un asiento para que ya pudieran venirse. Rodrigo y Carolina estuvieron de acuerdo.

El chofer se subió al taxi para comenzar el viaje de regreso.

Rodrigo colocó su cabeza hacia atrás, y cerró los ojos. Carolina lo miró, se dio cuenta de lo guapo que él era, además de que le habían gustado sus manos.

—¿Qué pasa? —Preguntó él.

—Nada —dijo ella.

Al parecer Rodrigo se dio cuenta de que ella lo estaba mirando.

Él solo inhala y exhala el aire. Hizo unos puños con las manos que cada vez apretaba más.

—¿Estas bien? —Preguntó Carolina un poco preocupada.

Él afirmó con la cabeza sin abrir los ojos.

Carolina acercó su mano a la de él, la tocó, pero Rodrigo rápidamente la quitó.

—Perdón —susurró Carolina volteando hacia su ventana. Sintió que fue muy atrevido de su parte el haber tocado su puño.

Siguieron avanzando en carretera, afuera todo se veía oscuro, solo la luna brillaba en lo alto

del cielo.

—Me pongo nervioso cuando viajo de noche —comentó Rodrigo en voz baja.

Carolina que estaba mirando por su ventana, escuchó las palabras de su compañero. Poco a poco lo volteo a ver.

—Todo va a estar bien —susurró ella.

Él la miró y sonrió. Enseguida volvió a su posición anterior. Esta vez cruzó los brazos sobre su pecho.

Carolina se quedó dormida en el transcurso del viaje, cuando despertó ya iban entrando a la ciudad.

—Me dormí —comentó Rodrigo cuando vio que Carolina se había movido.

—Yo también —dijo ella.

Al bajar del taxi, se dirigieron a un Oxxo porque Rodrigo tenía sed.

Mientras él iba por una botella de agua, Carolina aprovecho para comprar unas pulpas que le gustaban mucho y que solo en esas tiendas la vendían.

Rodrigo pagó su agua y Carolina pagó sus pulpas.

—Toma —le ofreció una pulpa a Rodrigo.

Mientras caminaban hacia la carretera que estaba en frente, Rodrigo decidió comer la pulpa.

—No has vivido, sino has probado estas pulpas —comentó ella muy orgullosa.

Él la comenzó a comer, se asombró al notar el buen sabor que tenía la pulpa.

—En realidad están buenas —comentó.

—Lo sé —dijo Carolina orgullosa de sus pulpas.

Rodrigo esperó a que Carolina se fuera primero en un taxi y enseguida él se fue a su casa.

Capítulo II

Bulevar

Carolina: Iré a caminar al bulevar ¿Quieres ir?

Le había escrito a Rodrigo dos días después de haber ido a Taxco.

Rodrigo: ¿Es enserio?

Carolina: Sí, vamos!

Rodrigo: Esta bien. Voy. ¿Dónde te veo?

Carolina: Donde inicia el bulevar a las 5:00 p.m.

Rodrigo: Ok. Ahí te veo.

Cuando se dieron las cinco de la tarde, Rodrigo ya estaba donde habían acordado, Carolina aun no llegaba.

Rodrigo: Ya vienes?

No pasó mucho tiempo cuando ella llegó casi corriendo.

—Listo. Vamos —dijo agitada al llegar.

Comenzaron a caminar por el bulevar.

—¿Llevas tiempo viniendo aquí? —preguntó Rodrigo.

—Sí, me gusta caminar.

Siguieron caminando. A medida que avanzaban, aumentaban el ritmo que llevaban, a tal punto de casi ir corriendo.

—Detente. Me cansé —dijo Carolina deteniéndose para tomar aire.

Colocó sus manos sobre sus rodillas y respiró profundo.

—¿Te cansaste? —preguntó Rodrigo quien pareciera no sentir la caminata del bulevar.

—Sí, dame unos segundos.

Carolina respiró profundo unos segundos y comenzaron a trotar.

—Ya falta poco —dijo ella sonriéndole a Rodrigo.

—Ya casi —comentó él.

Llegaron al final del bulevar. Ahí había un terreno con una parte que tenía piso de cemento y la parte de atrás estaba rodeada de naturaleza muerta, alado había un árbol que lentamente estaba muriendo.

Carolina llegó exhausta y se tiró en el piso. Colocó sus brazos sobre su rostro. Respiró profundo.

—Vaya, si esta grande el recorrido —dijo Rodrigo.

—Algo —contestó Carolina.

—¿Cuánto crees que sea de aquí hasta dónde inicia?

—No tengo idea —dijo ella.

Rodrigo se acostó en el suelo casi alado de Carolina.

Él comenzó a hacer estiramiento de piernas.

—¿Qué haces? —preguntó Carolina raramente mirando lo que hacía su compañero.

—Estoy estirando —dijo él mientras se estiraba.

Ella lo intentó, pero no tenía la misma flexibilidad que él.

Rodrigo comenzó a reírse porque Carolina no podía.

—Sigue intentándolo, en poco tiempo podrás hacerlo —comentó él.

Carolina intentaba tocar con su mano la punta de sus pies, pero no podía a falta de flexibilidad.

—Deberíamos irnos, ya está oscureciendo —dijo Rodrigo poniéndose de pie.

—Ok —respondió Carolina.

Comenzaron a caminar por la otra orilla del bulevar.

—Mira ese muro parece una jirafa —comentó Carolina.

—Si es cierto. Son dos muros. Dos jirafas —dijo él.

Siguieron caminando hasta llegar donde comienza el bulevar, cruzaron el estacionamiento del centro comercial que estaba a un lado. Después cruzaron el periférico, continuaron caminando por las áreas verdes del batallón que estaba frente del centro comercial. Luego tomaron rumbo por la avenida para dirigirse a la casa de Rodrigo.

—¿Mañana, mismo lugar, misma hora? —preguntó Carolina invitando nuevamente a su compañero a caminar.

—Sí, está bien.

—Ok, entonces te veo mañana.

—No, mejor te veo en el centro —comentó él.

—Me parece perfecto, ¿a qué hora?

—Igual, a las cinco. Lo que pasa es que tengo clases de inglés.

Rodrigo pareció sentirse incomodo al decirle sobre sus clases a Carolina.

—Woo... también estudias inglés —dijo Carolina sorprendida.

—Si. Bueno, te veo a las cinco.

—¿En dónde? —preguntó ella.

—No lo sé. Dime tú.

Carolina pensó por un momento.

—Te veo en la farmacia que está sobre Aldama.

—Muy bien, ahí te veo.

La plática finalizó. Carolina hizo la parada a un taxi y se fue a su casa.

Rodrigo comenzó a caminar hacia su hogar.

Al día siguiente Carolina estaba puntual a fuera de la farmacia esperando a Rodrigo. Como el lugar acordado estaba justo en una esquina, Carolina no sabía porque calle iba a llegar su amigo.

No tardó mucho tiempo cuando Rodrigo apareció justo frente a ella, él sonrió de lado. Al ver este gesto, Carolina no dudo mucho en sonreír, pues Rodrigo se veía muy tierno sonriendo de esa manera.

—¿Nos vamos? —dijo Rodrigo cuando llegó con Carolina. Señaló con las dos manos hacia la dirección a la cual se dirigían.

Él volvió a hacer señas para que ella fuera primero. Carolina aun creía que era un acto caballeroso de parte de él. Comenzaron a caminar hacia el bulevar. Cruzaron sobre un pequeño parque que estaba alado del estadio de la ciudad.

Al llegar al bulevar comenzaron a trotar como lo habían hecho el día anterior. Carolina iba detrás de Rodrigo, su condición no era tan buena como la de él.

Cuando llegaron al final, se sentaron para hacer estiramiento. Esta vez Carolina casi lograba tocar sus pies con sus manos, pero aún le faltaba práctica. Mientras intentaba seguir haciéndolo, notó que Rodrigo se había perdido en sus pensamientos.

—¿Estas bien? —le preguntó.

Rodrigo la volteó a ver.

—Sí. Bueno, estoy pensando en muchas cosas.

—¿Cosas? ¿Cómo qué? —indagó ella.

Él hizo cara de molestia.

—Quisiera salir más seguido. Tener amigos de mi edad con los que pueda salir.

—Bien, yo seré tu amiga —dijo Carolina muy segura de sí misma y con una sonrisa en el rostro.

—Lo sé. Pero no me refería a eso. Me gustaría que mis compañeros de clase tuvieran tiempo para salir después de las clases, pero la mayoría, bueno, todos, son adultos y tienen ya responsabilidades de adultos. La mayoría pasa los treinta años.

En ese momento Carolina pensó en como animarlo.

—Puedes invitarlos a salir una noche después de clases. Vayan a algún bar, el ambiente aquí se pone bueno —sugirió ella para mejorar su estado de ánimo.

—No creo que sea buena idea. Tienen hijos, y además no quiero ser una molestia para ellos —dijo Rodrigo con las rodillas en su pecho. Su mirada se dirigía hacia el suelo.

—Honestamente no creo que seas una molestia —susurró Carolina mientras miraba sus tenis.

Él volvió a hacer su gesto de molestia y se puso de pie.

—Ya vámonos, es tarde.

Carolina se puso de pie y comenzó a caminar. Él le hizo segunda.

Mientras caminaban se había formado un silencio incómodo. Ella había visto la molestia de Rodrigo, y él no sabía si fue buena idea comentarle eso.

—Ves ese cartel, no es buena publicidad —dijo Carolina para romper el silencio incómodo.

—¿Por qué? —preguntó él, en su voz se escuchaba indiferencia.

—Porque aquí pasan los coches muy rápido, y no creó que se detengan o si quiera que lleguen a ver estos carteles.

—Tú ya lo viste, les funcionó —dijo él aun con indiferencia.

—Bueno, si...—Carolina no terminó de hablar cuando él la interrumpió.

—Si tú lo viste, ya es ganancia para ellos. Así que si sirve esa técnica.

Carolina no dijo nada más.

Caminaron hasta llegar a la calle donde se encontraba la casa de Rodrigo. Ella tomó taxi y se fue a su casa. En el camino pensó en la actitud de su amigo y porque se había molestado al platicar sobre sus compañeros de clase.

Cuando iba a dormir, creyó que sería buena idea no molestarlo, y así lo hizo. Ya en la mañana cuando despertó se alisto para trabajar. Durante la mañana decidió mandarle mensaje.

Carolina: misma hora. Mismo lugar?

Rodrigo: Ok.

A pesar de que su respuesta fue muy cortante, quedó claro que volverían a ir al bulevar a caminar.

Esa tarde Carolina lo esperaba en la farmacia. Y nuevamente sucedió. Cuando él la miró, sonrió de la misma manera que lo había hecho antes. El corazón de ella latió más fuerte.

Se dirigieron hacia el bulevar como el día anterior.

Al llegar hasta el final, hicieron su estiramiento. Carolina seguía sin conseguir tocar sus pies con la yema de los dedos de la mano. Rodrigo como un profesional podía hacer flexiones que parecían complicadas. La misma rutina se hizo que el día anterior, solo que esta vez no hubo tema por el cual Rodrigo se molestara.

—Tengo que ir a comprar unas cosas al supermercado —dijo Rodrigo antes de llegar al final del bulevar.

—Está bien —Carolina no sabía si le pedía que la acompañara o solo le avisaba para que se fuera sola.

—¿Me acompañas o tienes algo que hacer? —preguntó.

—Te acompaño —dijo ella con mucho gusto.

Caminaron hacia el supermercado que estaba en el centro comercial.

Subieron por la rampa automática.

—Sabes, soy muy desesperado —comentó Rodrigo.

—¿Desesperado? —preguntó ella dudando.

—Sí, bueno, lo que pasa que me desespero muy rápido. O creo que cuando tengo que hacer algo, lo hago bien o mejor no lo hago, eso mismo hace que me desespere o me estrese y al final como que me molesto.

Rodrigo tomó un carrito del supermercado. Siguieron caminando por los pasillos.

—Como ayer —dijo Carolina secamente.

Rodrigo no dijo nada, comenzó a ver los cereales del anaquel.

—Espero no estresarme contigo. No quisiera enojarme cuando estés cerca.

—Jaja... sería gracioso ver eso —comentó Carolina bromeando.

Rodrigo puso cara seria ante el comentario.

Su amiga le sonrió.

—Hoy en el trabajo tenía que revisar varias muestras, y me puse como loco a hacerlo. Mi compañera, una practicante, me dijo que no eran muestras para ese momento, pero no me gusta cargarme de trabajo, así que comencé a hacerlas y creo me estrese de más. Parecía enojado trabajando, pero no, no lo estaba. De hecho me encanta mi trabajo.

—Tal vez deberías respirar profundo cuando sientas que te estas estresando. Dicen que es malo el estrés y puede llegar a enfermarte —comentó Carolina mirándolo mientras él escogía entre dos latas de atún.

—Lo sé y no quiero estresarme ni enojarme —dijo él colocando la lata de atún en el carrito del súper.

—¿No crees que deberías traer una lista de lo que vas a comprar? —sugirió ella mientras empujaba el carrito.

—No es mucho lo que compraré.

Siguieron haciendo las compras de Rodrigo mientras platicaban sobre los estiramientos que iban a hacer, él le dio unos consejos a Carolina sobre cómo seguir estirando en su casa.

Al finalizar de comprar, bajaron por la rampa cargados de bolsas. Salieron del supermercado. Ahí afuera cada quien tomó un taxi para dirigirse a su casa.

Al otro día a las cinco de la tarde, Carolina esperaba a que pasara Rodrigo por ella. Él llegó unos minutos de retraso. Caminaron como se estaba haciendo costumbre hacia el bulevar.

—¿Qué tal tu clase de inglés? —preguntó Carolina.

—Bien, aunque es un poco aburrida.

—¿aburrida?

—Sí, estamos viendo los colores, y esos ya me lo sé.

—¿No puedes cambiarte a una clase más avanzada? —preguntó ella mientras observaba el estadio cuando cruzaban por el parque.

—No, si pude, pero quise comenzar desde cero —respondió Rodrigo haciendo gestos negativos.

—Entonces no te quejes.

Sus gestos empeoraron al escuchar la respuesta de Carolina.

—Perdón —dijo ella al verlo molesto.

—No. Tienes razón. Y me molesta que tengas razón.

Carolina sonrió muy orgullosa de sí misma.

Al llegar al bulevar comenzaron a trotar. De vez en cuando descansaban cuando ya no podían seguir.

Cuando llegaron al final, se sentaron en el terreno.

—Tengan cuidado, hace un momento matamos un alacrán —advirtió una señora con un leggins rosado puesto, al parecer también había ido a hacer ejercicio al bulevar.

—Gracias, tendremos cuidado —respondió Rodrigo.

Carolina solo sonrió y se puso de pie rápidamente.

—Genial. Ahora me dará cosa sentarme —comentó ella.

—Solo hay que tener cuidado.

Rodrigo se sentó para comenzar a estirar. Ella al ver que él se había sentado, decidió hacer lo mismo.

—¿Sabías que puedo pararme de manos? —dijo él.

—No. A ver.

Carolina estaba emocionada por ver a Rodrigo hacerlo..

Él comenzó a intentarlo, pero su peso le ganó y no logró ponerse de cabeza.

—Creo que me falta práctica. Lo intentare en mi casa y después te enseño.

—Me parece bien —dijo Carolina sonriendo.

Siguieron estirando, cada quien concentrado en lo que hacían.

—Mañana hablare sobre la falta de cultura en la ciudad —comentó ella.

—Órale. Eso suena genial —pareciera que Rodrigo no tenía idea de lo que Carolina estaba hablando, solo le daba por su lado.

—¿Te has percatado que aquí no se ve teatro, no hay clubs de lectura, ni hay interés en las personas por el baile? —dijo Carolina un poco molesta.

—Sí, lo he notado. No de la misma forma que tú, pero si me he dado cuenta de eso.

Rodrigo se puso de pie, ella hizo lo mismo. Era señal de que ya se retiraban.

Mientras caminaban de regreso, una chava pasó justo en medio de ellos dos, pero lanzó una mirada seductora a Rodrigo. Él la ignora por completo.

—La chava te miró —comentó Carolina con una voz seria.

—¿Enserio? No la vi —dijo él volteando a ver quién era.

—Si quieres regresamos a hablarle —la voz de ella sonaba con recelo.

—No, sigamos caminando —finalizó Rodrigo, notó los celos de Carolina, así que no vio por qué seguir con la plática.

—Oye por cierto, te traje algo —dijo Carolina.

Comenzó a buscar en la mochila que llevaba. Sacó una toalla pequeña de color blanco.

—Gracias —dijo Rodrigo sonriendo por el detalle que había recibido.

—La puedes usar cuando vengamos a correr y te limpies el sudor.

—¿Sudo mucho? —preguntó él sintiendo como ofensa el comentario de su amiga.

—No decía eso, y no, no sudas mucho, bueno sí. Pero creo es normal.

Carolina ya no sabía cómo salirse de esa situación. Ya no dijo más y comenzó a reírse.

Rodrigo ya no entendió si fue un cumplido o se estaba burlando de él.

Siguieron caminando hasta llegar a la calle donde estaba la casa de Rodrigo. Carolina tomó taxi para retirarse.

Cuando llegó a su casa, se dio un baño y se fue a su habitación. Lo primero que hizo fue entrar

a su perfil de Facebook desde su celular, enseguida pasó a ver el perfil de Rodrigo. Comenzó a ver las fotos, se dio cuenta de que él había cambiado mucho, siguió viéndolas pero las fotos solo llegaban hasta hace apenas cuatro años antes. Creyó que tal vez Rodrigo había creado un perfil nuevo, ya que la mayoría de los jóvenes se avergüenzan de sus fotos de secundaria y optan por abrir una nueva cuenta.

Capítulo III

Cristo

Carolina: Vamos a Taxco!! :)

Le escribió Carolina a Rodrigo al otro día temprano. No recibió respuesta de inmediato, pero a media mañana él respondió.

Rodrigo: Esta bien. Te veo en la base de taxis.

Carolina estaba emocionada porque él había aceptado la invitación para ir de nuevo a la ciudad platera.

Esa mañana en el trabajo, Carolina se había desesperado. Los problemas del trabajo eran incómodos para ella. Sus compañeros se acusaban de todo y nadie aceptaba la culpa. Ella por su parte intentaba no involucrarse en ellos, se motivaba pensando en el viaje que haría esa tarde.

Cuando Carolina salió del trabajo, se dirigió a la base de taxis. Bajó del transporte y lo vio, sentado en la banca esperándola. Su sonrisa de lado era algo maravilloso para ella, pensaba lo afortunada que fue el haberlo conocido.

—Hola —saludó Carolina.

—Hola... Oye. ¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Casi no. ¿Y tú?

—Sí, deberíamos comprar algo, porque luego perdemos tiempo comiendo allá. Ya vez que el otro día se tardaron mucho y perdimos la tarde en el restaurante.

—Tienes razón. Veré que venden aquí —dijo Carolina y se levantó para buscar que vendían en la tienda que estaba ahí alado.

Regresó con dos tortas de milanesa. Le entregó una a Rodrigo y la otra se la quedó ella. Comieron mientras llegaban pasajeros para completar llenar el taxi que los llevaría.

Él devoró su torta en poco tiempo, mientras que ella apenas y podía llegar a la mitad. Subieron al taxi, Carolina en medio en la parte de adelante con su torta en mano, Rodrigo alado de ella de lado de la puerta.

En el transcurso del camino no hubo plática, solo veían como el paisaje iba cambiando conforme llegaban a su destino, de plantas secas con espinas pasaba a plantas verdes y frondosas.

Al llegar, caminaron por el mismo camino que habían usado la vez pasada, cruzaron el mercado para salir a la calle que dirigía a la Santa Prisca.

—Se escucha mucho ruido —comentó Carolina mientras iba subiendo las escaleras para salir a la calle.

—A lo mejor hay fiesta —dijo Rodrigo detrás de ella.

Efectivamente, había fiesta en la Parroquia de Santa Prisca. Varias personas estaban saliendo con varios santos de la iglesia, algunos llevaban chinelos quienes iban vestidos con colores muy llamativos. Otros acompañaban a su Santo con la danza del jaguar, azotaban sus látigos en la calle de piedra lo que provocaba un fuerte sonido semejante a un relámpago.

Carolina y Rodrigo cruzaron la calle. Desde la pequeña banqueta de un local decidieron mirar el festival. Cuando las personas disfrazadas de jaguares pasaron alado de ellos, una niña de unos cinco años se espantó y se intentó esconder detrás de las piernas de Carolina, ella se percató de

eso, se agachó y abrazó a la pequeña para que no tuviera miedo.

—Tranquila. Son solo disfraces como el día de brujas —le dijo Carolina a la pequeña. La niña más trataba de esconderse. La situación empeoró cuando comenzaron a lanzar cuetes al cielo. La pequeña se espantaba aún más. El papá de la niña llevaba otro pequeño en sus brazos, se lo acomodó en un brazo y con el otro cargó a su hija.

—Gracias —dijo el papá y se retiró del lugar.

Carolina solo sonrió.

—¿Caminamos o quieres ver todo el recorrido? —preguntó Rodrigo a su amiga.

—Avancemos —respondió ella.

Caminaron por la orilla de las estrechas calles.

Se dirigieron al zócalo. Había demasiada gente esa tarde.

Rodrigo volteaba a su alrededor. Se estaba desesperando.

—Vamos al Cristo —dijo ella muy animada al ver que él estaba incomodándose.

Rodrigo aceptó.

—Caminando —retó Carolina.

—Ok —respondió Rodrigo aceptando la caminata hasta el Cristo que se encontraba en una montaña en lo alto de la ciudad.

Comenzaron a caminar hacia donde se supone que estaba el lugar. Mientras más avanzaban la calle se hacía más inclinada. De vez en cuando se topaban con callejones muy estrechos pero muy bonitos.

Vieron en un callejón que tenía una larga escalera.

—¿Enserio por ahí subiremos? —preguntó Carolina viendo la larga escalera, no se veía con ánimos de subirla.

—Sí —dijo Rodrigo comenzando a subir corriendo la escalera.

Carolina no le quedó de otra más que seguirlo.

Subieron cada escalón corriendo.

—¡Espera! —gritó ella muy agitada casi a punto de llegar al final de los escalones.

—Uhhh.. Te falta condición, Caro.

—Lo sé. Esto no es lo mío —contestó ella.

Se sentó en un escalón para tomar aire. Él hizo lo mismo. Después de unos minutos, se levantaron para terminar de subir por los escalones. Salieron hacia una calle horizontal.

—¿Ahora por dónde? —preguntó Rodrigo.

En frente tenían unos terrenos baldíos con grandes árboles, entre estos había escalones que llevaban más arriba.

—Ahí hay una escalera —dijo Carolina dudando.

—No lo sé. Me dan mala espina.

—¡Hey, chicos! —grito un señor acercándose hacia ellos.

Rodrigo se puso alerta.

—Buenas tardes —respondió Carolina amablemente.

—¿A dónde van? —preguntó el señor canoso con barba.

—Vamos al Cristo —dijo ella.

—Les recomiendo que den la vuelta, porque si suben por ahí les ladraran los perros.

Rodrigo miró nuevamente la escalera que se perdía entre los árboles y la densa vegetación que se veía.

—Muchas gracias, Señor —se despidió Carolina—. Bien ahora sabemos por dónde.

Caminaron hacia su derecha dejando al señor atrás.

Siguieron caminando por donde les habían dicho.

—Ate-nango —dijo Rodrigo.

—¿eh? —Carolina no entendió lo que él había dicho.

—¿Qué? —preguntó Rodrigo sin saber a qué se refería Carolina.

—Dijiste algo. Creí que a mí.

—Ah. No. Lo que pasa que suelo leer los letreros en voz alta.

—Ok —dijo Carolina sin comprender aun.

—Juguemos —dijo Rodrigo mirando a su alrededor.

—Ok —aceptó ella.

—Donde dice “planilla”.

Carolina entendió el juego y rápidamente se puso a buscar en que parte él había leído esa palabra.

—En aquella lona de esa casa —señaló Carolina una pequeña casa de cartón que estaba a su izquierda.

—Muy bien. Tu turno —dijo Rodrigo.

—Bien... bien... “Calzada”

Rodrigo enseguida comenzó a buscar la palabra que Carolina había mencionado. Seguía buscando pero no encontraba donde ella la había leído.

Carolina al ver que él no adivinaba, caminó hacia una casa.

—¡Ya la vi! —dijo Rodrigo apuntando un letrero que estaba alado de una puerta.

Ella se acercó a la casa con el letrero que decía “calzada” y lo señaló como si mostrara algún tipo de premio.

En ese momento, salió un perro grande. Carolina se acercó a Rodrigo sintiendo miedo.

—Los perros huelen el miedo —comentó él.

Siguieron caminando y el perro iba detrás de ellos a paso lento.

—Nos está siguiendo —susurró Carolina.

—El señor nos engañó, aquí también hay perros.

Ella miró a más detalle en la calle, vio que adelante había otros dos perros. Siguieron caminando y dieron vuelta a la izquierda, mientras caminaban vieron más perros.

—Ya son tres perros —comentó ella.

No pararon a pesar de los perros que iban apareciendo. Eran caninos de diferentes razas, se iban reuniendo poco a poco.

—¡Son dieciocho perros! —dijo Carolina asombrada.

—Sigue caminando —sugirió Rodrigo.

Pasaron entre los perros y siguieron su camino hacia el Cristo.

—Cuando vendía Herbalife viajaba mucho —Carolina se quedó seria cuando Rodrigo comenzó a hablar—. Me gustaban las pláticas que nos daban y de como ellos veían el mundo. Extraño eso.

—¿Si te gusta, porque no lo vendes? —dijo Carolina.

—No me daría tiempo.

—Todo se puede —comentó ella.

—Sí, todo se puede.

Llegaron a unas chanchas de futbol, estaban llenas de gente.

—Es por aquí —dijo Rodrigo.

Carolina lo siguió por una calle que estaba alado de las canchas, el piso era de piedra.

—Esto me gusta —comentó ella mirando a su alrededor.

A los lados solo había grandes árboles y vegetación.

—Se siente fresco aquí —dijo Rodrigo.

Siguieron subiendo por la calle. En un tramo estaba un delgado árbol justo en medio. Poco a poco el silencio comenzó a reinar.

—¿Practicar algún deporte? —preguntó Carolina mientras subían.

—No —respondió Rodrigo—. Antes, en la prepa jugaba basquetbol, pero solo era juego entre mis compañeros cuando no teníamos clase.

—Yo igual, no practico deportes. Debería practicar.

Mientras subían, Carolina se distrajo viendo un pequeño arbusto que tenía pequeñas bolitas rojas.

—¿Qué crees que sean? —preguntó ella caminando al arbusto, las tocó y arrancó una.

—Creo se comen —dijo Rodrigo mirando el arbusto.

—Parecen frambuesas —comentó Carolina mostrándole la que había arrancado.

Él la tomó y se la llevó a la boca.

Ella se quedó sorprendida al ver como Rodrigo la masticaba.

—Sí, creo que si es frambuesa —dijo al fin.

—¿Te la comiste? —seguía sorprendida.

—Querías saber que era, era una frambuesa.

—Querrás decir “es” —dijo Carolina.

—No. “era” porque ya me la comí —respondió él sonriendo.

—¿Por qué lo hiciste? Puede que sea venenosa y mueras. Imagínate. ¿Qué le diré a tu mamá? O si, señora, comió una cosa roja que encontramos en un arbusto... No hagas eso. Te puede pasar algo.

—Bueno, pero no me pasó nada —respondió Rodrigo un poco molesto.

—Bueno, al menos tomaría café esta madrugada —comentó Carolina sarcásticamente.

Rodrigo la volteó a ver irritado. Ella se percató de eso, pero lo tomó a juego.

—Te llevaría una cruz de rosas blancas con una roja en medio. En señal de que moriste por un fruto rojo. ¿Entiendes?

—Sí, si entiendo. Pero no importaría porque estaría muerto —dijo Rodrigo molesto. Avanzó unos pasos adelante dejando a Carolina atrás.

—Podrás verla cuando seas fantasma —comentó Carolina intentando animarlo.

Él no dijo nada. Siguió caminando.

—¿Qué haremos más tarde? —preguntó al ver que Rodrigo se había puesto serio.

—No sé. Ya me mataste —dijo él secamente.

—te enojaste...

Carolina siguió caminando sin decir una palabra.

Llegaron al Cristo, bajaron por unos escalones y se dirigieron a la orilla, donde podían mirar todo el paisaje que ofrecía ese lugar.

Carolina decidió subirse a la pequeña barda que rodeaba el lugar. Él hizo lo mismo, quedaron sentados frente a frente.

—Mira ahí está la Santa Prisca —dijo ella señalando el lugar.

Él la busco y la encontró.

—¿Qué harías si me cayera? —preguntó seriamente Rodrigo señalando el vacío que había frente al Cristo.

Carolina no sabía si preguntaba en serio o bromeaba.

—Buscaría ayuda y te daríamos los primeros auxilios —contestó seriamente.

—Ok —respondió Rodrigo.

Carolina sacó su celular y tomó una foto a la imagen del Cristo.

—Deberías bajarte para que salga mejor —comentó Rodrigo.

—No, de aquí sale bien.

Regresaron la vista hacia las diminutas casas. Localizaron la carretera que llevaba a su ciudad, también ubicaron desde ahí en lo alto el restaurante donde habían comido la primera vez.

—Vámonos, para que demos una vuelta en el centro —dijo Rodrigo.

—Sí, tenemos que aprovechar el tiempo —comentó ella.

Se bajaron de donde estaban y caminaron hacia las escaleras para retirarse.

—¡Mira un gato! —dijo Carolina acercándose hacia el felino.

—Yo tengo uno en mi casa —comentó Rodrigo acercándose con las manos metidas en su pantalón.

—¿Enserio? ¿Cómo se llama?

—Gato

Carolina lo miró riendo al saber del nombre tan obvio de su mascota.

—Tomémosle foto —comentó ella.

Con su celular intentó tomarle una foto, pero como se movía, Rodrigo se ofreció para mantenerlo quieto.

Hot Dog

Después de las fotos que le tomaron al gato. Se dirigieron por la calle donde habían subido. Aquella calle que estaba rodeada de grandes árboles y vegetación.

El atardecer ya se estaba haciendo presente y dentro de la calle se veía aún más oscuro por la vegetación que los rodeaba.

—Se está poniendo oscuro —dijo Rodrigo observando la oscuridad que había entre los árboles.

—En carretera le llaman “La hora cero”, dicen que es cuando se ve todo totalmente oscuro y es peligroso.

Ella bajaba con toda tranquilidad, le agradaba el ambiente. Rodrigo por su parte, sentía nervios a cada paso que daba.

—Oye tranquilo, todo estará bien —le animó Carolina con una sonrisa en el rostro.

Rodrigo no dijo nada, solo siguió caminando.

Al llegar hasta las canchas de futbol, vieron luz entre la calle. Giraron a su derecha para seguir caminando. Aun había poca luz fuera de la densa vegetación.

—Tomemos transporte para ir al centro —opinó Rodrigo.

—Está bien, solo que encontremos uno —dijo Carolina mirando a su alrededor, pues no se veía señal de alguna urban o taxi que los llevara.

Caminaron unas tres cuadras hasta que vieron una urban que se acercaba. Ella le hizo la parada y subieron en la parte de adelante. Rodrigo dejó subir primero a Carolina para después él subir.

—Mira aun puedo bajar mi dedo pequeño sin bajar los demás —dijo ella mostrando la habilidad que había adquirido hace unos días gracias a él.

Rodrigo solo sonrió e hizo lo mismo. Después se volteó hacia la ventana para mirar el paisaje que Taxco mostraba cuando la noche caía sobre sus tierras.

La urban bajó por unas calles muy angostas. Carolina miraba los hermosos callejones de la ciudad, todas con un tono rojizo que daba la impresión de estar en un lugar mágico.

Cuando llegaron a la parada, bajaron de la urban. Ella cruzó los brazos al sentir el ligero aire fresco que estaba corriendo.

—¿Ahora? —preguntó.

—Vamos a comer algo. Tengo hambre —respondió Rodrigo.

Carolina afirmó con la cabeza.

—Ven, hay un lugar por aquí donde venden hot dogs especiales que están muy sabrosos.

Carolina comenzó a seguir a Rodrigo.

Bajaron por las calles de piedra.

—Espera, necesito retirar dinero del banco —comentó Carolina.

—Uhhh... vamos por aquí, creo había un cajero —dijo él.

Caminaron con dirección al cajero para que ella pudiera retirar dinero.

—¡Hermoso! —se escuchó que alguien gritó del otro lado de la calle.

—Te hablan —dijo Carolina en broma.

Él miró discretamente para ver quien había gritado.

Efectivamente le habían hablado a él.

—Espera —dijo Rodrigo.

Carolina miró hacia su izquierda, vio a dos chicas del otro lado de la calle sentadas sobre una

jardinera mientras Rodrigo se acercaba hacia ellas. Él las saludaba con alegría, hubo un momento en el que voltearon los tres a mirar a Carolina, ella solo sonrió.

Después de unos minutos Rodrigo regresó con Carolina.

—Camina —ordenó él.

Ella sin pensar comenzó a caminar. Hasta que dieron la vuelta a la calle se atrevió a preguntar.

—¿Conoces a gente de aquí?

—Sí, antes venía mucho aquí, te lo había dicho.

—Jajaja te gritaron hermoso. Que incomodo —dijo ella burlándose.

—Ya sé. Es incomodo —respondió Rodrigo haciendo gesto de molestia.

Siguieron caminando calle abajo hasta llegar a la carretera principal de Taxco. Giraron a su derecha y siguieron caminando sobre la orilla.

—Es ahí —señaló Rodrigo un puesto de hot dogs y hamburguesas que estaba del otro lado de la carretera.

Con mucha dificultad cruzaron, ya que en Taxco, los habitantes y los coches conviven muy de cerca.

Al llegar al local de comida, entraron y se sentaron en una pequeña mesa circular. Enseguida se acercó un señor barbón para pedir lo que iban a cenar.

—Dos Hot Dogs especial —dijo Rodrigo.

El señor se retiró dejándolos a solas.

—¿Has visto esa película? —preguntó él mientras veía el televisor.

Carolina volteó a ver para asegurarse de que película se trataba.

—Sí, de hecho leí el libro —dijo sin despegar la mirada del televisor

—A mi hermana le regalaron el libro. Lo leí y ambas me gustaron.

—Sí, a mí también. Aunque me gustó más la escena de la cita en Ámsterdam del libro que en la película —comentó Carolina.

—Me gustaron los dos. Libro y película —dijo Rodrigo finalizando el tema.

Carolina dejó de mirar el televisor para comenzar a jugar con los botes de salsas que estaban en la mesa. Él la miró y notó que se había puesto seria.

—¿Qué tienes? —preguntó Rodrigo un poco preocupado, intentó sonreír para no delatar su estado.

Ella lo volteó a ver, no había escuchado sus palabras.

—¿Estas bien? Te quedaste seria —volvió a sonreír.

—Sí. Estoy pensando —dijo Carolina muy cortante y se volvió a quedar seria mirando los pequeños ojos negros de su acompañante.

—¿y bien? —preguntó Rodrigo esperando alguna respuesta.

Carolina no entendió.

—¿En qué piensas? —preguntó nuevamente Rodrigo.

—Ohh... —Carolina había captado las palabras—. Pienso que es triste enamorarte y estar muriéndote de cáncer.

—Ambos tenían cáncer y de eso iban a morir. No juntos, pero van a morir —dijo Rodrigo refiriéndose a la película y tratando de animarla.

—No me refiero a la película, Rodrigo. Solo pienso en una situación parecida, pero que uno no esté enfermo, y la otra persona sí. Eso es triste, estar muriéndose mientras amas a alguien.

—Sí, pero creo que es mejor —comentó Rodrigo bajando la mirada a la mesa.

—¿Mejor? —preguntó ella sin despegar su vista de él.

Él levantó la cabeza. Sus miradas se encontraron, de alguna manera habían creado un ambiente

íntimo, en el que solo ellos dos estaban invitados.

—Sí, Caro. Mira en la situación que pones, si uno está muriendo y el otro no, al menos tienen tiempo de despedirse y sabrán valorar más el tiempo que estén juntos, así sea un año o dos e incluso meses. Pero si uno muere de un momento a otro... Bueno, eso sí sería muy triste. Es más dolorosa una partida sin despedidas.

Carolina miraba con atención a Rodrigo, pareciera como si él conociera el dolor que estaba describiendo.

—Dos especiales —dijo el señor barbón colocando los platos sobre la mesa.

—Gracias —respondió Carolina por los dos.

Rodrigo se levantó y fue al baño sin decir una palabra. Cuando regresó se veía diferente, otra vez había alegría en su rostro.

—Hoy probaras los hot dogs especiales. Son los mejores que he comido —dijo Rodrigo con su hot dogs especial en las manos.

Carolina tomó el suyo y con mucho trabajo logró darle una mordida. Él se reía porque la comida estaba muy grande para ella.

—Lástima que no tienen queso derretido —comentó él.

—¿Qué tipo de queso? —preguntó Carolina mirando con atención su hot dog especial.

—Oaxaca.

—Si tienen queso —dijo ella.

Luego miró el de Rodrigo y vio el queso derretido.

Rodrigo seguía sin verlo.

Terminaron de comer y salieron a pagar.

—¿Ya nos vamos? —preguntó él.

—Vamos a dar una última vuelta al centro. Por favor —dijo Carolina.

Ella intentó cruzar la carretera.

—¡Espera! —Gritó Rodrigo jalándola del brazo antes de que un coche la atropellara—. Ten cuidado.

Rodrigo cruzó primero y Carolina le hizo segunda.

Se dirigieron al centro de la ciudad.

Llegaron por el lado derecho de la parroquia de Santa Prisca.

—Demos una vuelta —sugirió Carolina.

Comenzaron a dar la vuelta alrededor del pequeño zócalo. El recorrido duró poco, debido al tamaño del lugar.

—Ven, vamos a comprar algo —dijo Rodrigo caminando hacia una calle con rumbo al mercado.

Al llegar al lugar. Carolina vio a un joven vendiendo chapulines muertos.

—Deme una bolsa, por favor —dijo Rodrigo.

—¿Enserio eso comerás? —preguntó ella poniendo cara de asco a los chapulines que había comprado.

—Sí. No me digas que no los has probado.

Rodrigo se sorprendió.

Ella negó con la cabeza.

—Bien. Hoy los probaras —dijo él mientras recibía su cambio.

El joven que estaba vendiendo los chapulines comenzó a reírse.

Volvieron caminando al zócalo.

—Busquemos un lugar para sentarnos —dijo Rodrigo.

Carolina miró a su alrededor. En ese momento una música de banda comenzó a sonar. Ambos miraron hacia atrás. Vieron como la procesión que habían visto hace unas horas, iba llegando de nuevo a la parroquia.

—Órale... apenas acabó y nosotros ya recorrimos todo Taxco —dijo Rodrigo riendo.

Se hicieron a un lado para dejar pasar a la procesión. Con forme llegaban iban metiendo los santos a la parroquia. Al finalizar hubo una danza en la entrada de la iglesia.

Cuando todo el arguende había acabado. Caminaron hacia la parroquia.

—¿Y si entramos a la iglesia? —preguntó Carolina emocionada.

Rodrigo hizo cara de pocos amigos. No le parecía la idea de entrar.

—¿Otro día, sale?

Carolina sonrió aceptando la propuesta de Rodrigo.

—Mientras tomemos asiento aquí —dijo él sentándose en los escalones que había al entrar a la iglesia. Ella se sentó a su lado.

—Creo que venimos en un día festivo —miró Carolina a su alrededor, el pequeño zócalo se veía muy lleno de gente.

—Bien, es hora de que pruebes estos manjares —dijo Rodrigo sacando un chapulín de la bolsa transparente.

Carolina volvió a poner cara de asco.

—Vamos, solo uno —la animó acercando el chapulín a la boca de ella.

Carolina se hizo para atrás poniéndose la mano sobre los labios.

—Perdón, no debo obligarte a hacer algo que no quieras —comentó Rodrigo comiéndose el chapulín. Creyó que fue grosero lo que había hecho.

—No, no te preocupes. Si lo comeré —dijo Carolina al ver que Rodrigo había mal interpretado la situación.

Tomó un chapulín de la bolsa, respiró hondo y se lo acercó a la boca.

—Te lo tienes que comer todo —dijo mientras esperaba ansioso.

Carolina lo olió primero.

—Huele como cuando vas a Tuxpan, como a pescado al sol.

Rodrigo comenzó a reír fuertemente.

—Tuxpan huele así por la laguna apestosa —dijo él aun riendo.

—Pues, a eso huele esto.

—Ya, deja de hablar y comételo —ordenó Rodrigo riendo.

Carolina abrió la boca, cerró los ojos, colocó el chapulín dentro de su boca y comenzó a masticar.

—¿y bien? —preguntó Rodrigo con una gran sonrisa en el rostro.

—Tiene un sabor muy fuerte —comentó ella mientras lo masticaba.

Cuando terminó, abrió la boca y se la enseñó.

—No hagas eso. Es desagradable —dijo Rodrigo.

Ella comenzó a reírse.

—¡Lo Logre! —gritó muy emocionada.

—Baja la voz —le aconsejó Rodrigo mirando a su alrededor.

—¿Por qué? Estoy celebrando

—No estamos solos. Hay gente alrededor.

—¿y?... ¿y?... ¡LO LOGRE! —volvió a gritar ella.

—Ya basta —dijo Rodrigo avergonzado.

—Señora. Lo logré —le dijo Carolina a una mujer que estaba alado de ella sentada.

—No hagas eso —esta vez Rodrigo estaba apenado con la señora.

Carolina comenzó a reírse.

—Vamos Rodrigo, tienes que divertirte.

—Mejor ya vámonos —dijo serio y se levantó del escalón.

Carolina vio que él ya se había molestado. Se levantó y comenzó a seguirlo.

—No te enojas, Rodrigo.

—No. No estoy enojado. Ya es tarde y puede que no alcancemos Taxi para regresar.

Comenzaron a descender por una calle hasta llegar a la base de taxis.

Al llegar se subieron en la parte de atrás a esperar mientras se llenaban los demás asientos.

—Hoy en el trabajo, me volví a estresar —comentó Rodrigo.

—¿te enojaste?

—No, en parte me estrese por cómo se comportan ahí. Se enojan por todo y se desquitan con los demás. Y yo no voy a permitir que me hablen mal.

—No, ni yo me dejaría —aportó Carolina a la plática.

—Fue un químico que le habla a todos de mala gana solo porque tiene más tiempo ahí —decía Rodrigo mirando hacia el frente.

Ella lo miraba directo a los ojos.

—No quiero desahogarme contigo, Caro. Solo quería sacarlo.

—Descuida. En mi trabajo también así son. Solo no dejo que eso me moleste, porque tampoco quisiera ser como ellos.

—Yo tampoco quiero ser como ellos —dijo él.

La plática finalizó cuando una señora se subió al taxi alado de Carolina. Como los asientos estaban llenos, el coche se puso en marcha hacia su ciudad de origen.

Capítulo IV

Amigas

Cuando llegaron a la ciudad, cada quien tomó taxi para ir a su casa. Como siempre, Rodrigo dejó que Carolina se fuera primero.

Cuando ella llegó a su casa, enseguida le mando mensaje de texto a su amiga.

Carolina: Tenemos mucho que platicar.

Ximena: Mañana 6:00 de la tarde en el café.

Carolina: Ok C=

Ximena: pero adelántame algo...

Carolina: Comenzare diciendo que es muy caballeroso. Me gustan sus manos y tiene una mirada hermosa.

Ximena: Espero con ansias el día de mañana.

Carolina: No comas ansias. Nos vemos mañana C:

Ximena: Esta bien. Hasta mañana

Esa noche Carolina no pudo dormir. Pensó en Rodrigo toda la noche.

Cuando amaneció, se levantó y miró su reloj, pasaban de las diez. Bajó a la cocina.

—Buenos días —saludó su mamá.

—Buenos días —contestó Carolina.

Se sentó en el desayunador y sirvió cereal para desayunar.

—Más tarde tu papá y yo saldremos a casa del abuelo.

—Está bien —dijo Carolina con cereal en la boca.

—¿Saldrás? —preguntó su mamá secándose las manos con un trapo.

—Sí, iré con Ximena al café. Solo iré por un rato.

—Bueno, espero ya estemos aquí para cuando salgas.

Carolina no respondió, siguió desayunando.

Cuando terminó, se fue a la sala, encendió el televisor y comenzó a husmear en sus redes sociales desde su celular. La tarde se fue de prisa, sus papás ya se habían ido a la casa de su abuelo. Pasó la tarde poniendo música a todo volumen mientras cantaba fuertemente al ritmo de la canción. Se sorprendió cuando vio que ya eran las cuatro de la tarde. Era hora de arreglarse para salir con Ximena.

Subió a su habitación para cambiarse. Se puso unos jeans, una blusa cómoda y un par de tenis. Al salir de su casa, se colocó los audífonos para ir escuchando música en el trayecto rumbo al café.

Al llegar al lugar que se encontraba justo en la esquina entre dos calles, entró y se sentó en una mesa alado de un pequeño árbol. Ximena no tardó mucho en llegar.

—¡Ximena! —le gritó Carolina.

Ximena al verla sonrió y se dirigió a ella. Sus labios se expandieron en su rostro redondo.

—Ahora sí. Cuéntame todo —dijo Ximena al sentarse en la mesa con su amiga.

—Primero pidamos algo —sugirió Carolina. Hizo señas al mesero con la mano.
El chico con delantal café se acercó a ellas.
—Yo voy a querer un Frappe Oreo. Por favor —ordenó Carolina.
—Yo igual —secundó Ximena.
El chico anotó la orden y se retiró del lugar.
—Bien ya dime —dijo Ximena con impaciencia.
—Bueno. Él es muy bueno. Es amable en todo sentido. Su mirada es muy linda, mira con indiferencia, pero creo que eso es lo que la hace bonita —decía Carolina mientras Ximena ponía toda atención—. Ayer fuimos a Taxco, había un festival o algo así de la iglesia. Ha y me hizo probar unos hot dogs especiales y por si fuera poco también un chapulín.
—¿Chapulín? —preguntó Ximena poniendo gestos de desagrado.
Carolina afirmó con la cabeza con los mismos gestos.
—Al parecer se divirtieron. Pero... ¿te gusta? —preguntó Ximena, esta vez se puso seria.
Carolina no supo que contestar, pensó por unos segundos.
—Me gusta, pero tiene algo que no me da buena espina.
—Cuéntame —insistió Ximena colocando su mano sobre la de Carolina.
—Dos Frappé Oreo —dijo el mesero.
Colocó los cafés en la mesa y se retiró.
—Gracias —respondieron ambas.
—Rodrigo, hay veces en las que se pierde en sus pensamientos. Cuando caminamos solo mira hacia el frente con su barbilla en alto.
—¿Eso es malo? —preguntó Ximena porque no entendía a qué se refería su amiga.
—No. No es malo, solo que se siente extraño cuando se pone así. O a veces se enoja por cosas que creo no debería.
—Todos tenemos malos ratos, Carolina. ¿Recuerdas como estabas cuando te conocí? —las palabras de Ximena fueron sinceras y al terminar su oración probó su café.
—Es diferente, no creó que a él lo haya abandonado el amor de su vida —la voz de Carolina se tornó un poco triste.
—Es muy poco probable. Solo digo que todos tenemos malos días.
—Tal vez sea su trabajo. También me habló sobre eso, los problemas que tiene.
—¿En que trabaja? —preguntó Ximena sin soltar su vaso.
—En el hospital. Es químico.
—Bueno, eso ha de ser pesado. Por cierto, también tengo que contarte algo muy importante —Ximena se había puesto muy contenta.
Carolina se sorprendió al ver la enorme sonrisa de su amiga. Esperó para la gran noticia mientras probaba su café.
—Es oficial. Me mudo a la ciudad de México —dijo Ximena muy orgullosa.
Carolina dejó de lado su café para felicitar con un fuerte abrazo a su amiga.
—¡Felicidades! Te lo mereces.
—Gracias.
—y... ¿Cuándo te vas? —preguntó Carolina.
—El lunes. Ya he estado yendo, pero ahora si es oficial.
Carolina se sentía muy contenta de que su amiga por fin cumpliera su sueño de irse a estudiar a la ciudad de México.
—Ya estuvo bueno conmigo. Mejor dime, ¿cuándo lo volverás a ver? —preguntó Ximena aun contenta por su noticia.

—Supongo que el lunes. También estamos yendo a correr al bulevar.

—¿Es enserio? eso suena a que pronto habrá algo serio.

—Eso quisiera. Pero no lo sé —respondió Carolina desanimándose.

—Claro que sí. Solo espera a que todo pase.

Siguieron tomando su café mientras platicaban sobre cosas no tan importantes. Ximena estaba muy emocionada por su partida a la Ciudad de México, Carolina estaba contenta por su amiga.

Cuando terminaron su gran platica ya era de noche, salieron del lugar y cada quien se dirigió a su casa.

Al llegar Carolina a la suya, vio que sus papás ya habían llegado, sin decir nada se dirigió a su habitación. Se puso ropa cómoda y se acostó en la cama, tomó su celular y entró a su perfil. Tenía una solicitud de amistad. Primero entró al perfil de aquella chica de pelo negro y mirada coqueta. Su rostro se le hacía conocido, así que la aceptó. Esperó a que la chica le hablara, pero no sucedió.

Después bajo a cenar cereal y al finalizar volvió a subir a su habitación para acostarse a dormir. Mientras estaba acostada esperando que el sueño la venciera, recordó la plática con su amiga. Los recuerdos comenzaron en el momento en que Ximena le había dicho “¿Recuerdas cuando te conocí?”, recordó el momento que la había conocido, Carolina estaba saliendo de la depresión que le había causado la ausencia de Alex. Después los pensamientos pasaron a la frase “Todos tenemos malos días”, de ahí pasaron a “Rodrigo”. Se giró hacia su derecha donde estaba un buro de madera, sobre este estaba su lámpara de noche que destellaba una tenue luz. Al pie de la lámpara estaba una pequeña cajita de color plata.

En ese momento varios recuerdos de hace cuatro años regresaron a ella. Se acercó a la orilla de su cama para alcanzar la cajita. La abrió y de ella sacó el collar que recuperó después del accidente que había tenido con Alex. Lo apretó fuertemente entre sus manos y comenzó a llorar hasta quedar dormida.

En la mañana sus ojos hinchados delataban que estuvo llorando por la noche. Fue al baño a lavarse la cara. Después bajó a desayunar. Era domingo y el día estaba algo aburrido.

Por la tarde decidió salir a caminar un rato al parque que estaba cerca de su casa. Se vistió con ropa deportiva y salió.

La tarde era perfecta para salir, el sol aún estaba en lo alto pero sus rayos no quemaban demasiado. Cuando llegó al parque, comenzó a caminar sobre el camino de cemento que era rodeado de césped verde. Dio unos trotes hasta que se agotó y decidió sentarse sobre una jardinera.

—Hola —saludó una chica desconocida.

—Hola —respondió amablemente Carolina.

—Te conozco —dijo la chica sentándose a lado de Carolina, ella intentó sonreír pero estaba nerviosa por la situación—. Ayer te agregue como amiga a mi perfil.

—Ohh ya, si ya recuerdo —dijo Carolina sonriendo al acordarse de que aceptó a la chica en su perfil.

—También agregue a un amigo tuyo —dijo la chica examinando la reacción de Carolina.

—¿Amigo mío? —preguntó Carolina intrigada.

—Rodrigo, se llama.

Carolina se puso seria, pero se controló rápido para no ser obvia frente a la chica que acaba de conocer.

—¿Órale, es algo de ti? —preguntó la chica indagando sobre la relación que mantenía Carolina con Rodrigo.

Ella se dio cuenta de las intenciones de la chica.

—Sí, apenas comenzamos a andar.

—Está muy guapo tu chico —dijo la chava directamente.

—Gracias. Se lo diré en cuanto nos veamos.

Las palabras de Carolina estaban a la defensiva, no se quedó con las ganas de responder antes tal atrevido comentario.

—¿Cómo te llamas? Para que le diga a Rodrigo y te ubique —dijo sonriendo burlescamente.

—Nicole. Él ya sabe quién soy —dijo la chica, se levantó y comenzó a caminar sin despedirse.

—Lo dudo, hay varias que le hablan —comentó Carolina en voz alta para que Nicole la escuchara.

Los celos invadieron a Carolina haciéndola sentir incomoda, así que mejor decidió regresar a su casa.

Llegó molesta a encerrarse en su cuarto. En su celular rápidamente buscó el perfil de Rodrigo. Al ver que él y Nicole ya eran amigos, se molestó aún más. Permaneció así por un tiempo, hasta que se calmó. Se dio cuenta que no podía molestarse, porque ella y Rodrigo no eran nada, además él podía hablarle a cualquier persona.

Después de su ataque de celos bajó a tomar leche antes de dormir. Al terminar volvió a subir a su habitación. Acomodó algunas cosas en su armario, cuando terminó, se acostó para dormir.

Verdad

Carolina: Hoy.5:00pm?

Escribió ella a Rodrigo para saber si iría a caminar esa tarde.

Rodrigo: está bien. Ahí nos vemos.

Quedaron como ya era costumbre, en la farmacia que estaba en el centro.

Mientras la mañana seguía, Carolina estaba en su escritorio redactando la siguiente nota que publicaría, pero su concentración se perdió cuando su teléfono de oficina sonó.

—¿Hola?

—Carolina. Te busca Emma.

Carolina se sorprendió al ser llamada por su jefa. Se levantó de su escritorio y fue a la oficina donde se le solicitaba.

Al llegar a la puerta tocó con los dedos.

—Adelante —respondió Emma desde adentro.

Carolina abrió la puerta y entró.

—Siéntate —ordenó la jefa. Se levantó y buscó unos documentos en un archivero que tenía a un costado.

—¿Para qué me llamó? —preguntó Carolina.

Emma regresó a su escritorio. Ella era una señora grande, alta. Inteligente hasta en su forma de hablar.

—Mire, la llamé porque me acaban de comentar que hace días usted se encerró en una oficina con el señor Roberto.

Carolina abrió los ojos hasta donde pudo. Se sorprendió por dicha noticia que estaba escuchando.

—Tengo una buena amistad con el señor Roberto. Pero solo eso, una amistad —respondió ella sin siquiera entender el porqué del chisme.

—Mire Carolina, yo a usted la considero una persona sana y al igual que usted, me sorprende este tipo de comentarios. Solo no haga cosas que se vean mal, ya sabe cómo son sus compañeros. Respétese y respete su trabajo.

—Está bien. Y todo eso que le andan diciendo no es verdad. Con el señor Roberto solo tengo una buena amistad.

—Le creo. Ahora regrese a trabajar —finalizó Emma.

Carolina regresó un poco triste a su escritorio para continuar con su redacción. No sabía quién había dicho semejante rumor sobre ella y su compañero.

El tiempo continuó rápido hasta que salió de trabajar. Decidió dejar a un lado los problemas del trabajo, en lugar de eso, pensaba que esa tarde saldría con Rodrigo a caminar en el bulevar.

Comió rápido para después cambiarse de ropa a una deportiva. En cuanto terminó se dirigió al centro a donde había quedado con Rodrigo.

Cuando lo vio venir, no pudo evitar sonreír. Todos los malos pensamientos que le hacían sentir incomoda desaparecieron al verlo caminar tan naturalmente como solo él lo podía hacer.

Rodrigo sonrió al verla.

Comenzaron a caminar hacia el bulevar. Mientras avanzaban, nadie decía algo, se produjo un silencio, pero no era incómodo, solo era un silencio al cual solo ellos pertenecían.

Cuando llegaron al bulevar, comenzaron a trotar. Todo iba bien hasta que Rodrigo se agitó

demasiado y decidió solo caminar.

—¿Todo bien? —preguntó Carolina al verlo agitado.

—Sí. Solo que acabo de comer y me siento lleno.

—Caminemos, entonces.

Siguieron caminando por la orilla del bulevar.

—¿Cómo vas con tu estrés en el trabajo? —preguntó ella mirando hacia el frente.

—Bien. Intento no estresarme. Hoy me agradó el día, me felicitaron cuando di una exposición.

—¿exposición como en la escuela?

—Sí, solo explique unas cosas de laboratorio a los practicantes —decía Rodrigo muy contento.

—Qué bien por ti. Yo tuve un problema en el trabajo —comentó Carolina sin dar muchos detalles.

—Qué mal —dijo Rodrigo lamentándose por ella. Pensó en si preguntar sobre el problema o no.

Terminó callando porque pensó que incomodaría a su amiga.

Cuando llegaron hasta el final del bulevar se sentaron para hacer estiramientos.

—¿Ahora si te pondrás de cabeza? —preguntó ella mientras tocaba la punta de sus pies.

—Lo intentare.

—Genial.

Rodrigo acostó su cabeza sobre la toalla que ella le había regalado, poco a poco sus pies los comenzó a elevar. Carolina miraba muy emocionada por lo que él estaba haciendo.

Al final, Rodrigo logró ponerse de cabeza.

—¡órale! —dijo ella aplaudiendo la acción que su amigo había hecho.

Estuvieron un rato más ahí sentados hasta que Rodrigo decidió levantarse en señal de que ya era hora de irse. Carolina se levantó y comenzaron a caminar de regreso.

—Deberíamos tomar un camino nuevo —comentó ella antes de llegar al comienzo del bulevar.

—Está bien. Vámonos por ahí —sugirió Rodrigo señalando la calle donde estaba el estadio de la ciudad.

Comenzaron a caminar, ya se veía oscuro y las lámparas comenzaron a encenderse, el aire se volvía fresco a medida que avanzaban.

—¿Qué hora es? —preguntó Rodrigo preocupado.

Carolina miró su celular.

—Son las ocho.

—Atravesaremos el parque —ordenó él al instante.

—¿Por qué? Es más vuelta —se quejó Carolina sin entender el cambio drástico de planes.

—Ya es hora de salir y no quiero ver a los doctores. Me siento incomodo cuando me saludan fuera del trabajo.

—Está bien —respondió ella siguiéndolo.

—Sentémonos por aquí y ahorita nos vamos —dijo Rodrigo.

Caminaron por el parque que estaba alado del estadio de la ciudad. La mayoría del parque se veía oscuro por la falta de iluminación.

—No hay donde sentarse —se quejó Rodrigo.

—No te enojas. Debería de haber un lugar —dijo Carolina mirando a su alrededor—. ¡Ahí!.

Caminó ella hacia una jardinera que tenía a un lado una maquina despachadora de refrescos.

—No lo sé. ¿Ahí? —comentó Rodrigo siguiéndola no muy convencido.

—Vamos deja de quejarte.

Caminaron y se sentaron en la jardinera. Esta estaba levemente iluminada por la maquina

despachadora. Carolina se sentó y subió sus piernas cruzándolas, Rodrigo por su parte se sentó volteando hacia donde estaba ella.

—Ves... hay luz —dijo Carolina sonriendo.

Él sonrió mirando el alegre rostro de su amiga, luego bajó su mirada con pena.

—¿Por qué siempre te quedas serio? —preguntó Carolina mirándolo.

—¿Por qué siempre preguntas? —contestó Rodrigo levantando la mirada hacia ella.

Carolina sonrió sin sentirse ofendida.

—No puedes responder a una pregunta con otra pregunta. Eso es tonto —dijo ella sonriendo.

—¡Ves! Siempre tienes algo que decir, algo para tener la razón a todo —la voz de Rodrigo sonaba molesta.

—y tú siempre te enojas por todo —comentó ella en voz baja.

Rodrigo se relajó al escuchar las palabras. Se dio cuenta de que estaba mal molestarlo por pequeñas cosas.

Un momento de silencio se formó entre ellos. Ella miraba a su alrededor, podía ver a otras parejas sentadas en la oscuridad del parque. Rodrigo discretamente miraba hacia donde su amiga veía, tenía curiosidad sobre que le llamaba la atención.

—El sábado tengo una fiesta. Deberías venir —dijo Carolina bruscamente regresándolo a ver.

Él se sorprendió.

—¿Este sábado? —preguntó dudando.

Ella afirmó con su cabeza.

—No creo que pueda. Mis hermanas y yo iremos con mi tía a comer —respondió Rodrigo dudando.

—No. No pueden. Tienes que ir a la fiesta. Habla con tus papás para que no vayas —dijo Carolina sarcásticamente ante la respuesta que había obtenido.

Rodrigo volteó a ver hacia atrás. Ella miró también pero no había nada ni nadie.

—Habrás almorzado y todo será divertido —insistió Carolina para hacer cambiar de opinión a su amigo.

—Voy a ver. No sé si mis hermanas quieren ir. Si voy, es solo porque ellas quieren ir.

Carolina sabía muy bien indagar en las personas y se dio cuenta que las palabras de Rodrigo mantenían algo que no era común.

—¿Qué? —preguntó Rodrigo cuando ella se le quedó mirando de manera extraña.

Carolina estaba segura que había algo que Rodrigo estaba ocultando.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, si puedes —respondió él sin darse cuenta de que ella había notado algo en él.

—¿Vives con tus papás? —Carolina se mantuvo seria. Intentó sonreír levemente para mostrar confianza.

Él pensó por un instante antes de responder.

La miró a los ojos y contestó muy serio.

—No.

En ese momento Carolina en su mente imaginó muchas cosas. Llegó a pensar que él se había escapado de su casa.

—¿Vives con tus hermanas? —preguntó ella seriamente.

—Sí —dijo Rodrigo sin despegar la mirada de ella.

Estaba seguro que su amiga en ese instante sabría la verdad, una verdad que había mantenido bien guardada.

—¿Qué les pasó a tus papás? —la voz de Carolina se mostró muy suave.

El corazón de Rodrigo comenzó a latir más deprisa. En su pecho comenzó a sentir un enorme peso de tristeza pero intentó controlarse ante la fuerte plática que se había formado y estaba a punto de empeorar.

—Murieron.

Respondió Rodrigo.

El silencio reinó ese momento por unos segundos.

—Ok —dijo Carolina sintiendo una gran tristeza por Rodrigo.

—No se te ocurra decir que lo lamentas o lo sientes mucho o ese tipo de cosas —comentó Rodrigo antes de que Carolina siguiera hablando.

—No, no pensaba decir eso. De hecho no pensaba decir nada.

—Vaya. Por fin —respondió Rodrigo sarcásticamente. Era la primera vez que su amiga no tenía algo que decir.

—¿Puedo saber que les pasó? —preguntó Carolina en voz baja intentando no exaltar a Rodrigo.

—¿es necesario? —dijo él.

—Solo quisiera saber que les pasó —dijo ella mirando sus negros y pequeños ojos que ahora se mantenían fríos y firme.

—Murieron en un accidente automovilístico —la voz de Rodrigo fue muy seca.

Estaba claro que él no quería hablar sobre eso.

—La cicatriz de tu brazo —dijo Carolina señalando la cicatriz como si estuviera en su propio brazo—. ¿Fue del accidente?

—Si —respondió él muy serio.

Carolina solo lo miró a los ojos, pensó en como un chico a su corta edad pudo haber perdido a sus papás. Enseguida bajó la mirada, sentía tristeza por lo que le había pasado.

Rodrigo por su parte estaba seguro que ella quería saber a lujo de detalles sobre lo que pasó en el accidente, así que decidió contarle todo.

—Todo sucedió una semana antes de mi graduación de la prepa. Fuimos a visitar a mi tía, estábamos a punto de salir del estado cuando una camioneta se volcó y nos impactó. Nuestro coche giró y también se volcó. Yo quede inconsciente y desperté al otro día —comenzó Rodrigo a relatar el accidente que había sufrido, Carolina todo lo imaginaba en su mente.

—¿Y tus hermanas? —preguntó ella volviendo de su visión sobre el accidente que su amigo relataba. No lo miró al rostro, no quería que él viera su mirada de tristeza.

—Por suerte a mi hermanita no le paso nada y la mayor solo sufrió algunos golpes. Yo fui quien salió más lastimado. Cuando desperté pregunté por mis hermanas y me dijeron dónde estaban, luego pregunté por mis papás y todos comenzaron a llorar, fue ahí donde supe que no habían sobrevivido.

—Qué mal —susurró ella con lamento.

Rodrigo le lanzó una mirada molesta porque su amiga había dicho que no diría ninguna palabra de lamento.

—Perdón... —se defendió ella.

—Después la enfermera llegó y mi familia se retiró. De su filipina sacó un collar en forma de avión de papel, detrás tenía algo grabado pero no recuerdo bien que decía, ah y un ala del avión se había doblado.

En ese momento Carolina levantó la mirada con mucho asombro y la dirigió hacia él. Se quedó en silencio para escuchar bien todo lo que él decía. El collar que Rodrigo había descrito tenía las mismas características que el collar que ella guardaba.

—Me preguntó si era mío o de alguien de mi familia y le dije que no. Recuerdo que lo colocó sobre la mesita que estaba a un lado. Pero ya no supe más de ese collar. A lo mejor ella se lo quedó.

La tristeza invadió el cuerpo de Carolina, estaba segura que el accidente que sufrió Rodrigo era el mismo que ella había sufrido hace cuatro años. El collar que Alex le había regalado, era el mismo que había tomado de la habitación de aquel chico vendado.

—¿Qué tienes? —preguntó Rodrigo mirando a Carolina, pues notó la tristeza en sus ojos.

—Nada —comentó ella intentando controlarse.

—¿Alguna otra cosa que quieras saber?

Ella negó con la cabeza.

—Pregunta porque jamás volveremos a tocar este tema —amenazó Rodrigo.

—¿Cómo superaste la pérdida de tus papás? —preguntó ella con sutileza.

Rodrigo pensó en lo que iba a responder.

—Lo tomé todo con calma, de hecho el psicólogo se sorprendió porque mis hermanas y yo lo habíamos tomado con mucha tranquilidad. Aunque al principio si fue raro, no teníamos dinero, ni comida... Creo que pasé de tener dieciocho años a tener treinta.

—Me imagino —dijo ella.

—Eso es lo que lamento. El no haber vivido bien mi etapa de la juventud. Pero no estoy triste ni me pongo a llorar. Claro que su ausencia ahí está presente, pero no me afecta en mis actividades diarias. En mi trabajo nadie sabe lo que pasé, porque no quiero que me vean como el chico sin padres y no quería que lo supieras por la misma razón. Pero veo que a ti no se te escapa nada.

Carolina sonrió con pena.

—Así que ya sabes lo que pasó y espero estés satisfecha porque no volveré a hablar sobre el tema.

—Entonces entraste a trabajar por eso, para poder aportar dinero en tu casa —comentó Carolina.

—Sí, mi mamá tenía la plaza en el hospital y cuando pasó el accidente, entré yo en su lugar, claro como técnico, pero espero tener pronto mi licenciatura.

—Que genial. Muchos quisieran tener un trabajo así —dijo Carolina para sí misma.

—Sí. ¿Pero a qué precio? —comentó Rodrigo con voz triste.

Carolina sonrió levemente lamentando su comentario.

—Ya es tarde, vámonos —ordenó él.

Se levantaron y comenzaron a caminar hasta llegar al lugar donde solían despedirse. Ella usó taxi y él siguió caminando hasta su casa.

Cuando Carolina llegó a su hogar, iba pensando en el accidente que había sufrido hace cuatro años y en como el destino la llevó a Rodrigo quien también estuvo en el mismo accidente. En parte se sentía culpable por la muerte de los papás de su amigo, pero su mente instantáneamente le hacía recordar a Alex.

Se dirigió al baño a darse una ducha, mientras enjabonaba su cabello, las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro. Cuando terminó, se encerró en su habitación, se acostó en la cama, buscó el collar que Alex le había regalo, lo apretó fuertemente sobre su pecho y comenzó a llorar. Esta vez el sueño tardó en llegar, siguió llorando mientras recordaba a su ex novio, a su vez pensaba en Rodrigo, en todo lo que sufrió después del accidente, ya que ella sabía bien lo que se sentía perder a alguien que amas.

Diferente

Carolina: Hoy 5:00pm?

Rodrigo: Ok

Ella se puso impaciente porque vería a su amigo, pero esta vez era diferente ahora que sabía el pasado de su amigo.

En el trabajo las cosas empeoraban, lejos de los rumores que habían hecho sobre Carolina, ella misma era la que no quería seguir ahí. Cada día esperaba con ansias la hora de salida para más tarde ver a Rodrigo.

Cuando se llegó el momento, ella lo esperaba afuera de la farmacia donde habían quedado. Al ver que ya venía, se puso contenta, él sonrió de lado, Carolina al ver este gesto, no pudo impedir que su corazón latiera con más prisa.

—Vamos —dijo Rodrigo.

Carolina comenzó a caminar hacia el bulevar.

Mientras avanzaban, no decían ni una palabra. Tenían que cruzar el parque donde habían platicado la noche anterior. Carolina se puso nerviosa, ahora que estaba enterada sobre lo que había pasado a Rodrigo, no sabía cómo él iba a actuar cuando pasaran por ese lugar.

Siguieron caminando hasta que entraron al parque. Ella se puso muy nerviosa, él solo caminaba con la mirada hacia el frente.

—Oye, ¿andarías con alguien que le faltara un brazo o una pierna?

Rodrigo no entendía a qué venía la pregunta. Contestó rápidamente.

—Sí. Importan los sentimientos de una persona, mas no su físico.

—Eso pensé, también —dijo Carolina pensativamente—. ¿Crees que las personas que no pueden caminar, puedan tener hijos?

Ahora él se había puesto incomodo ante las preguntas que estaba escuchando.

—¿Por qué preguntas eso? ¿A que vienen tus preguntas? —al parecer la voz de Rodrigo advirtió a Carolina sobre su actitud de enfado.

—No lo sé, solo se me ocurrió pensar en eso —respondió ella sonriendo porque ya habían pasado el parque, sus nervios habían bajado.

Llegaron al bulevar y comenzaron a trotar sobre la orilla de la carretera. Al llegar hasta el final de su caminata decidieron sentarse un rato donde lo hacían cada vez que llegaban al otro extremo.

—¿ahora si te pondrás de cabeza? —preguntó Carolina con una sonrisa en su rostro.

—Lo intentare —dijo él muy entusiasmado.

Mientras Carolina estaba sentada mirando como Rodrigo intentaba pararse de manos, se acercó una chica hacia ellos.

—Hola Carolina —saludó la chica.

Carolina la recordó inmediatamente, era Nicole, la chica que había conocido anteriormente.

—Hola —saludó Carolina sin muchas ganas.

Rodrigo se distrajo y casi se golpea en el suelo.

Nicole le lanzó una mirada de seducción a Rodrigo. Él la ignora volteando al otro lado de la carretera.

—¿Vienes muy seguido? —preguntó Nicole a Carolina.

—Sí, bueno, a veces —seguía respondiendo sin ánimos.

Rodrigo por su parte estiraba sus piernas sin prestar atención a Nicole.

—Vámonos Carolina —dijo él en voz baja.

—Sí —aceptó Carolina, al parecer ambos se sintieron incómodos con la compañía de Nicole. Se levantaron rápidamente, se sacudieron el polvo.

—Nos vemos —dijo rápidamente Carolina.

Comenzaron a caminar de regreso.

—Que chica tan incómoda —dijo ella quejándose.

—Sí, concuerdo contigo.

—Por cierto, me dijo que te agregó a su perfil —la voz de Carolina sonaba con un toque de celos.

—Sí, pero no me agrado su conversación, es un tanto irritante —comentó Rodrigo—. Creí que era tu amiga, eso me dijo.

—No, no la conozco —contestó rápidamente Carolina.

Siguieron caminando hasta llegar al centro de la ciudad, la noche ya estaba presente. Se sentía un aire fresco a pesar de que el lugar donde residen tiene un clima caluroso.

—Quiero cenar —comentó Rodrigo.

—¡Tacos! —dijo Carolina sin pensarlo.

—Sí, vamos ahí —señaló una taquería que estaba en la esquina en el centro de la ciudad.

—Ahí no —dijo Carolina dudando de la taquería que estaba en frente de ellos.

—¿Por qué no?

—Me da mala espina, además, no sé —seguía dudando Carolina sobre la taquería—. Pero si quieres, ahí compra.

—No, mejor vamos por un chamoyada —dijo Rodrigo un poco molesto.

—¿Chamoyada a esta hora? —comentó Carolina poniendo en duda nuevamente a su amigo. Él la ignora.

—Me da una chamoyada de coco —ordenó Rodrigo.

—Las de coco no están buenas —susurró Carolina alado de Rodrigo.

—Bueno, comprare lo que yo quiera. ¿Está bien? —él ahora se escuchaba irritado.

—Yo solo te advierto —comentó Carolina en voz baja.

Cuando le entregaron la chamoyada de coco, Rodrigo la probó, mientras, Carolina esperaba alguna repuesta por parte de él.

—Me tengo que ir, tomaré Taxi. Nos vemos —dijo Rodrigo más calmado.

Carolina asintió con la cabeza, dio media vuelta y caminó hacia el otro lado de la calle, también tomaría taxi.

Más tarde antes de que Carolina durmiera, decidió mandarle un mensaje por whatsapp a su amigo.

Carolina: Que tal la chamoyada?

Rodrigo: No me gustó, sabia fea y la tiré.

Carolina: Te dije

Rodrigo: ☹️

Carolina: Buenas noches =)

Decisiones

Esa mañana Carolina se levantó con un pensamiento que no se le podía quitar de la mente. Cuando terminó de cambiarse para ir a trabajar, tomó su memoria usb y la guardó en su pantalón.

Ya en su trabajo, en la computadora de escritorio decidió checar la usb que llevaba. Ahí tenía un libro que había escrito hace unos años. Recordó cuando al salir de la universidad tenía un sueño, el cual era ser escritora. Ese sueño se vio opacado cuando sus papás la obligaron a conseguir un trabajo de oficina porque pensaban que escribir era solo un pasatiempo que ella no dejaba ir.

Comenzó a leer el libro en la computadora.

Después de leer un rato, se distrajo cuando su celular vibró.

Rodrigo: 5:00pm?

Carolina se emocionó al recibir el mensaje.

Carolina: Ok

La mañana se fue muy rápido. Al salir del trabajo, se dirigió a su casa para más tarde ver a Rodrigo.

Se dieron las cinco y como era de costumbre, Carolina esperaba a su amigo afuera de la farmacia para de ahí caminar hacia el bulevar. Trotaron mientras un fuerte aire corría por el camino. De vez en cuando se detenían, ya que el polvo entraba en sus ojos, al parecer el clima amenazaba con llover. Cuando llegaron al final del bulevar, no dudaron en regresar rápidamente.

Caminaron hasta llegar al lugar donde cada quien tomaba rumbo a su hogar.

Rodrigo se despidió de su amiga y se dirigió a su casa. Al llegar se dio un baño y se cambió para dormir. Mientras estaba en su cama, Carolina le mando un mensaje.

Carolina: Estas despierto?

Rodrigo: Si, que paso?

Carolina: Nada, solo quería saber si de verdad te gusta salir conmigo.

Me refiero a ir a correr e ir a Taxco.

Rodrigo: Claro, porque la pregunta?

Carolina: Nada más.

Rodrigo: Ok.

Carolina ya no respondió. Esa conversación dejó intrigado a Rodrigo, pues estaba seguro que había un motivo por el cual ella había preguntado eso.

No tardo mucho tiempo, cuando Natalie comenzó a escribirle.

Nicole: Hola

Rodrigo: Hola

Nicole: Como estas?

Rodrigo: Bien, gracias.

Nicole: eres amigo de Carolina, verdad?

Rodrigo: Si

Nicole: Los he visto en el bulevar.

Rodrigo: que bien.

Nicole: Estas ocupado?

Rodrigo: No mucho.

Nicole: Te noto serio.

Rodrigo: Así soy.

Nicole: no te creo. Pero si no quieres platicar, lo entiendo. Adiós.

Rodrigo: buenas noches.

Él no tenía muchas ganas de hablar con Nicole, ya que la veía como una persona poco interesante. Además de la actitud que tomó cuando la conoció no fue muy favorable.

En la mañana se despertó, comenzó a arreglarse para ir a trabajar. Estando en el trabajo, pensaba mucho en Carolina, su sonrisa, su forma de caminar y esa habilidad que tenía para tener respuesta a todo lo que se presentaba.

Sacó su celular de la bolsa de la bata blanca que llevaba puesta, revisó el perfil de ella y enseguida agrandó una foto. Solo la miró mientras estaba en el patio del hospital bajo la sombra del gran árbol. Recibió un mensaje de Carolina que decía si se verían esa tarde para ir a correr, él respondió afirmativamente. Guardó su celular y regresó a trabajar.

Cuando se dieron las cinco de la tarde, iba caminando hacia la farmacia donde vería a su amiga. Al verla sonrió en forma de saludo. Era inevitable no sonreírle, pues su alegría siempre era evidente. Caminaron con rumbo al bulevar, nuevamente la brisa del aire estaba presente. Se apuraron a hacer ejercicio para regresar antes de que la lluvia se hiciera presente.

Mientras caminaban de regreso, iban cubriéndose del aire que levantaba polvo.

—Iré al banco a sacar dinero —dijo Rodrigo.

—¿Te acompaño? —preguntó ella.

—Claro —respondió él con una sonrisa en el rostro.

Siguieron caminando hasta llegar al centro de la ciudad, se dirigieron al banco. Mientras Rodrigo entraba al cajero, Carolina se quedó afuera en el pequeño estacionamiento.

Al salir del cajero, Rodrigo iba guardando su dinero en la cartera, al levantar la mirada vio a Carolina jugando sobre una linera amarilla que estaba pintada sobre el suelo. Ella mantenía el equilibrio sobre la línea sin salirse.

—Ehh...ya vámonos —dijo Rodrigo sin saber por qué Carolina actuaba así.

Ella volteó y comenzaron a caminar.

Siguieron avanzando hasta que llegaron al punto donde cada quien tomaría su dirección para irse a su casa.

—Entonces, nos vemos mañana —comentó Rodrigo en forma de despedida.

—¿Te puedo acompañar hasta tu casa? —preguntó ella con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

—Claro —dijo su amigo sin emoción alguna en su rostro.

Él estaba seguro que ella quería decir algo respecto a la conversación de anoche.

Comenzaron a caminar hacia la casa que estaba a unas calles del centro de la ciudad.

Mientras avanzaban, nadie decía algo. Carolina iba pensando en que le iba a decir sobre la plática que ella había tenido la noche anterior con Nicole.

—Quiero platicar contigo, Rodrigo. Pero no sé dónde.

—Está bien, creo saber dónde podemos hacerlo —dijo él ayudando a su amiga para que sacara todo lo que quería decir.

Caminaron hasta llegar a la esquina donde se despedían. Cerca de ahí había una parada, se dirigieron a ella y se sentaron.

Estando ahí, Carolina no decía algo, se quedó mirando a su alrededor. Mientras él esperaba a que ella comenzara la conversación, miraba su reloj.

—Bueno ya estamos aquí —dijo él para animarla a hablar.

—Si. Espera, no sé cómo decir o empezar.

—Por el principio —susurró Rodrigo.
Ella solo lo miró y sonrió.
—¿Has tenido novia?
Rodrigo asintió con la cabeza. No estaba seguro hacia donde quería llegar.
—¿Por qué terminaron? —aventuró Carolina.
Él pensó por un momento.
—Porque ella creyó que la engañaba.
—¿y no?
—No, porque querría buscar a otra persona cuando ya estoy con alguien.
—Buena respuesta —dijo Carolina.
—Se directa, Caro. ¿Qué quieres saber? —el comentario de Rodrigo fue serio, creyó que ella solo le estaba dando vueltas al asunto.
—Ok. Conoces a Nicole, la chica que vimos en el bulevar —Carolina se notaba nerviosa.
—Ajá.
—Ayer platicó conmigo, y te sacó de tema de conversación. Me preguntó si andábamos y le dije que en eso andábamos. Perdón, pero no estaba segura sobre sus intenciones.
—Continua —ordenó Rodrigo.
—Después me dijo que si jugaba con ella, le pregunte qué a que quería jugar. Me respondió que ella podría hacer que te tú te fijaras en ella. Le dije que se calmará, creó pensó que me había molestado o algo así, porque se despidió.
—¿y luego?
—Solo quería decirte, por si te dice algo.
—Ayer me escribió —dijo Rodrigo al tiempo que se percataba de los celos que había notado en su amiga.
—¿Qué te dijo? —preguntó ella.
—Tranquila Carolina, yo no me fijaría en ella, además como te dije, si estoy con una persona, ¿porque necesitaría buscar a otra?
Carolina en ese momento se tranquilizó.
—Siento que ella quiere que nos enojemos o algo así.
—Mira Carolina, no pasará al menos que tú se lo permitas. Y ya deja de pensar en eso, me incomodan estas situaciones. Así que por favor olvídale.
—Está bien —respondió ella.
—¿Tomarás taxi?
—Si —respondió Carolina mientras veía a su alrededor si venía alguno.
En ese momento un taxi se acercaba y tocó el claxon.
—Ahí viene uno —dijo Rodrigo.
—Ese no —comentó Carolina.
—¿Por qué no? —preguntó Rodrigo sacándose de onda por la respuesta de su amiga.
—Porque tocó su claxon, no soy una cualquiera para que haga eso.
Rodrigo soltó una risita al escuchar la absurda respuesta.
—qué bueno que te divierte —comentó ella.
—Perdón.
Del otro lado de la carretera un taxista volteo a verlos. Carolina estiró su mano para hacerle la parada.
—Nos vemos mañana Rodrigo.
—Descansa.

Carolina se subió al taxi y se retiró.

Capítulo V

Bandera

Esa noche Carolina tuvo un sueño que cambiaría su forma de ver la vida. Todo comenzó cuando ella se vio así misma sentada frente a una mesa firmando un libro con su nombre, al levantar la mirada, miró a su mamá frente a ella.

—Estas en un error —decía su mamá.

Carolina se puso triste al no ver apoyo de parte de ella.

—Es mi vida y yo decido lo que quiero —respondió.

Su mamá con rostro molesto se dio media vuelta y se perdió entre la multitud de gente que esperaba un autógrafo de su hija.

En ese momento Carolina despertó. Sintiendo mareada y triste, se levantó para ir al trabajo.

Estando en su escritorio, nuevamente abrió el archivo donde tenía escrita su novela. Decidió leerla, llegó a un punto donde se percató que la vida que estaba llevando con respecto al trabajo no era lo que ella deseaba. Sin pensarlo dos veces comenzó a redactar su carta de renuncia. Al finalizarla la llevó con su jefa.

—¿Puedo pasar? —preguntó estando en la entrada de la oficina.

—Claro, Carolina. Adelante.

Ella entró y tomó asiento. Estiró la hoja para que su jefa la leyera.

—¿Sucede algo malo, Carolina? —preguntó su jefa al terminar de leer la renuncia.

—Nada, solo me he dado cuenta de que esto no es lo que quiero.

—¿Esto? ¿Te refieres al trabajo?

—Sí, no quiero estar aquí encerrada día tras día. Quiero hacer algo más, algo productivo para los demás —comentó Carolina.

—Aquí haces cosas productivas para el diario.

—No me refiero a eso, sino a realizar algo que beneficie a muchas personas.

—Te entiendo, pero deberías pensarlo nuevamente —decía su jefa mientras intentaba persuadirla para que no renunciara.

—No. Esto es lo que quiero. Renuncio.

—Está bien Carolina, te mandare tu cheque a tu casa.

—Gracias —dijo levantándose de su asiento.

—Carolina.

Carolina se detuvo antes de salir de la oficina. Dio media vuelta.

—Sigue tus sueños. Eres joven y tienes una vida por delante. Gente como tú, son las que triunfan en la vida, las que cambian el mundo.

—Gracias —respondió Carolina con una sonrisa.

Salió de la oficina, tomó sus cosas y se dirigió a su casa.

En el camino no sabía cómo explicaría a sus papás sobre su decisión. Pero de algo estaba segura, no se retractaría.

Ya en su casa, sus papás se sorprendieron de que su hija había llegado temprano.

—Llegaste temprano, Carolina —decía su madre al verla entrar.

—Sí —respondió ella muy calmada. No estaba segura si era momento de decirles o esperar a la hora de la comida.

—¿Todo está bien? —preguntó su papá desde la sala.

—Sí, creo que sí. ¿Puedo hablar con ustedes? —dijo Carolina sentándose en la sala alado de su papá.

Su mamá inmediatamente se acomodó para escuchar lo que su hija iba a decir.

Carolina al ver que sus papás ya estaban cómodos, decidió hablar.

Tomó aire para comenzar.

—Ya no trabajare en el periódico.

Sus papás no se lo esperaban, al principio no sabían que decir. En la mente de su mamá pasaron muchas situaciones por las cuales su hija ya no trabajaría más.

—¿Te corrieron? —preguntó su papá.

—No —respondió ella rápidamente.

—¿Tuviste problemas? —preguntó ahora su madre.

—No —respondió Carolina nuevamente.

Sus papás no comprendían que sucedía.

—Lo que pasa... primero que todo, quiero decirles que necesito su apoyo. Hace tiempo escribí una novela, es muy buena y deseo publicarla. Estando en el diario perdía mucho tiempo, me refiero a que no es lo que quería, encerrarme en esas tristes oficinas casi todo el día y trabajar para alguien.

—Eso es trabajar, Carolina —dijo su mamá un poco molesta.

—No mamá. Trabajar no solo es eso. Alguien soñaba con poner un periódico y lo logró. Ahora yo estaba trabajando para los sueños de ese señor y no es lo que quiero, quiero trabajar para mis sueños, para sentirme verdaderamente alguien en la vida.

—¿Estas segura que es lo que quieres, hija? —preguntó su papá.

—Sí. Esto es lo que quiero, papá.

—Está bien. Tienes mi apoyo. Pero tienes que tener en cuenta que luchar por los sueños es muy difícil.

—Lo sé, papá.

—Así que ponle todo tu esfuerzo y adelante. Nuestro negocio tampoco creció de la noche a la mañana, lleve años trabajando para que fuera algo grande.

Carolina sonrió.

—Anda, vamos a comer —finalizó la plática su papá.

Su mamá aun molesta se levantó de la sala y fue a la cocina para servir la comida. Mientras comían, su papá platicaba sobre cómo le había ido en el trabajo, su mamá por su parte hacía gestos, estaba molesta porque su hija había renunciado.

Cuando terminaron de comer, Carolina subió a su habitación. Tomó su celular y le mando un mensaje a Rodrigo.

Carolina: Nos vemos a las 5:00?

Rodrigo: Esta bien.

Carolina: C=

Se dieron las cinco de la tarde, Carolina lo esperaba afuera de la farmacia donde se veían a diario. Sonrió al ver la sonrisa de lado que él solía hacer.

Mientras caminaban para ir al bulevar, ella pensó que era necesario decirle sobre su renuncia a

Rodrigo. No sabía ni cómo ni el momento adecuado.

—¿Quieres ir al asta bandera? —preguntó Carolina.

Rodrigo puso cara de incomodidad.

—No lo sé. ¿Tú quieres ir?

—Sí, vamos. Es más, vamos caminando, sería lo mismo que ir a correr al bulevar.

—Está bien —dijo Rodrigo aun no muy convencido.

Caminaron todo derecho sin desviarse. El asta bandera estaba en lo alto de un cerro que en sus faldas tenía casas de varios colores.

—Si vamos a ir caminando, no nos iremos por donde sube el transporte. Mejor crucemos por las casas —sugirió Rodrigo.

—Está bien, solo que yo no he subido por ahí.

—Es fácil. Solo vámonos caminando en dirección a la bandera —dijo Rodrigo.

—Bien.

Comenzaron a caminar por las calles de la colonia que estaba en la ladera del cerro. Entre las calles había escaleras que tenían que usar para poder subir hacia la siguiente calle.

—Hoy si haremos mucho ejercicio —dijo Carolina emocionada mientras con mucho trabajo subía los escalones empinados.

Rodrigo no decía nada, solo seguía subiendo.

—Las casas se ven extrañas. Muy pequeñas —comentó Rodrigo mirando a su alrededor.

—Algo, bueno, yo las veo normales.

Caminaron por una calle mientras buscaban otros escalones para subir.

—Woo —dijo Rodrigo sorprendido.

Carolina regresó a ver. Miró que su amigo observaba desde un terrero la vista de la ciudad.

—Vaya, el estadio se ve genial desde aquí.

—Si —comentó Rodrigo.

—Bien, sigamos caminando —ordenó Carolina.

Siguieron caminando por la calle.

—¿De qué color es tu casa? —preguntó Carolina.

—¿Para qué quieres saber? —respondió Rodrigo a la defensiva.

—Tranquilo, solo es curiosidad. Aunque estoy segura de que color es —respondió Carolina muy segura con una sonrisa en el rostro.

Rodrigo se detuvo por un momento al escuchar las palabras de su compañera.

—¿De qué color es? —preguntó retomando el camino.

Carolina dudo en decirle. Sabía que si le decía, se iba a enojar.

—Ajá. ¿De qué color es mi casa? —volvió a preguntar.

—Roja con una puerta negra —comentó sonriendo.

Rodrigo se molestó al saber que ella sabía exactamente donde vivía.

—¿Por qué siempre tienes que saber todo? —preguntó molesto pero en su voz se podía apreciar un poco de inquietud.

—Perdón —comentó Carolina.

Ahora Rodrigo iba molesto. Sentía que Carolina se estaba metiendo mucho en su vida sin su permiso.

Mientras seguían subiendo, notaron que las casas pasaban de concreto a casas de cartón. Subieron un poco más y se dieron cuenta que ya no había casas, sino maleza seca.

—¿Y ahora? —preguntó Carolina poniéndose las manos en la cintura. No sabía exactamente por donde seguir.

—Hay dos caminos, debemos tomar uno —comentó Rodrigo mientras veía el camino horizontal que tenían en frente.

—Opino que subamos por ahí —señaló Carolina un camino que se introducía en la maleza seca que tenían en frente.

—No, mejor vayamos por aquí —dijo Rodrigo caminando hacia el lado derecho del camino horizontal.

Carolina no dijo nada y comenzó a seguirlo.

El camino tenía muchas piedras grandes que debían subir para poder seguir. Caminaron unos metros más cuando de pronto salieron unos perros a encontrarlos.

Rodrigo se puso tenso mientras que Carolina tomó precaución, no se veían bravos, pero por alguna cosa u otra bajaron su ritmo de caminar. Llegaron a una casa que estaba en obra negra, por como lucía era obvio que había gente viviendo ahí.

Lentamente pasaron la casa, los perros solo los siguieron en lo que cruzaban ese tramo del camino.

—¿Te dan miedo los perros? —preguntó Carolina.

—No —respondió Rodrigo nervioso.

Ella estaba segura que si le daban miedo, pero por pena él no lo aceptaría.

Caminaron otro tramo más.

Se llevaron la gran sorpresa de que ahí terminaba el camino, y estaban aún lejos de llegar al asta bandera.

—Tenemos que regresar —sugirió Carolina.

—¿Y pasar por los perros de nuevo? No gracias.

—Los perros huelen el miedo. Solo tranquilízate y no nos harán nada.

Carolina comenzó a regresar. A Rodrigo no le quedó de otra más que seguirla. De pronto los perros comenzaron a ladrar detrás de ellos, habían salido de la maleza.

Rodrigo comenzó a correr entre las piedras, Carolina hizo lo mismo ya que los perros ahora sí se veían molestos.

—¡Perros! —gritó una señora que salía de la casa en obra negra.

Los perros al escuchar a la señora se calmaron y se dirigieron hacia ella.

Carolina le sonrió a la señora. Rodrigo ya iba muy adelante.

—¿A dónde van, muchachos? —preguntó la señora muy amable.

—Al asta bandera —respondió ella en voz alta para ser escuchada.

—Más para allá hay un camino que se mete entre la maleza, sigan por ahí y llegaran a un camino que se desvía a la derecha, síganlo y llegaran a la bandera.

—Muchas gracias, señora —dijo Carolina y comenzó a caminar hacia Rodrigo.

—¿Te dijo por donde era? —preguntó él sonriendo.

—Sí, yo tenía razón, era por aquí.

—Como siempre —comentó un poco serio Rodrigo.

Carolina se adentró a la maleza por donde le habían indicado, efectivamente, metros más adelante había un camino que dirigía hacia la derecha.

Siguieron caminando.

—Así comienzan las películas de terror —susurró Carolina.

—¿Puedes hablar de otra cosa? —dijo Rodrigo mirando la maleza que los rodeaba, estaba más alta que ellos.

—Deberíamos grabar una película aquí, tipo la bruja de Blair.

—Te pareces a un amigo que tenía —comentó Rodrigo.

—¿Tenias? ¿También murió?

Rodrigo puso cara de pocos amigos.

—Perdón —dijo Carolina.

Rodrigo ignora el comentario.

—Mi amigo, que aún vive, siempre quería grabar a dónde íbamos, una vez sugirió grabar un video por aquí.

—Entonces ya habías estado aquí —afirmó Carolina.

—No, solo nos comentó. Supongo que él si anduvo por aquí.

Seguían cambiando entre la maleza. A su alrededor podían ver basura quemada, algunas ramas se veía que las habían quebrado a propósito.

Carolina comenzó a sentir picazón en su oreja. Así que rápidamente se la sacudió con la mano. Volteo a ver a Rodrigo que iba detrás de ella. Había sido él quien la había molestado con una delgada vara que ocultada detrás de su pierna. Mientras caminaron, él la siguió molestando.

Cuando salieron del camino, llegaron a una cancha de fútbol. Cruzaron la cancha para adentrarse de nuevo a otro camino.

Rodrigo siguió molestándola.

—¡Basta! —dijo Carolina girando bruscamente, sus pies resbalaron y casi cae.

Rodrigo la sostuvo. Quedaron frente a frente a escasos centímetros de distancia.

Ella observó sus ojos negros. Una conexión habían formado.

—Perdón —susurró él.

Carolina sonrió.

En su mente, ella pensaba que era buen momento para un grandioso beso, pero aun no sabía si era correcto. Se puso de pie avergonzada y siguió caminando.

Siguieron avanzando hasta llegar a la parte de frente del asta bandera.

—¡Por fin llegamos! —dijo Carolina muy contenta.

—Por fin —dijo también Rodrigo no muy alegre como ella, pero si contento a su manera.

Confesiones

Subieron a la parte alta para observar la ciudad.

—Esto es grandioso —comentó Carolina.

Rodrigo sonrió.

El clima estaba fresco, ya era de tarde y en las alturas, se sentía a un más frío.

Ambos se sentaron un rato, pues la caminata había sido pesada.

—Vamos a dar una vuelta —comentó Rodrigo.

Carolina se puso de pie al mismo tiempo que su compañero. Comenzaron a caminar hacia la izquierda, bajaron una escalera y siguieron su rumbo hacia la parte trasera del lugar.

Mientras caminaban, Rodrigo miraba a su alrededor, había árboles y arbustos que formaban una vereda, en algunas partes mesas de campo hechas de concreto estaban colocadas a la orilla.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Carolina.

—Veintitrés ¿y tú?

—Igual veintitrés —contestó ella sonriendo con la vista al frente.

—No es cierto, tienes veinticuatro, lo vi en tu perfil.

—No, literalmente aún tengo veintitrés años —afirmó.

—Eres mayor que yo, acéptalo jaja.

Carolina se puso roja y rio de pena por ser mayor que él.

Salieron hacia un terreno plano rodeado de árboles y cubierto de verde pasto.

—Wooh —dijo Carolina al ver el atardecer.

—Es un bonito atardecer —comentó Rodrigo viendo hacia las montañas con el sol arriba.

—Sigamos caminando —sugirió ella.

Siguieron caminando, ahora se dirigieron a un helipuerto.

—Oye, hay algo que quiero decirte —susurró Carolina.

Rodrigo prestó toda la atención a lo que su compañera iba a decir, estaba seguro que era algo importante por la forma en que había expresado sus palabras.

—Podemos sentarnos si quieres —dijo él.

Se sentaron a mitad del helipuerto.

—Ya no trabajo en el diario.

—Ohh... ¿Por qué?

—Descubrí lo que quiero hacer de mi vida. Y no es encerrarme en una oficina y trabajar así durante toda mi vida.

—¿Entonces, que harás? —preguntó Rodrigo mostrando interés.

—Quiero escribir.

Rodrigo sonrió.

—Eso es fantástico, seguro tienes buenas historias que contar.

—Tengo una escrita, y estoy segura que es una muy buena historia —dijo Carolina segura de sí misma.

—Espero un día poder leerla —Rodrigo sonrió.

—Estoy segura que lo harás.

—¿Seguimos caminando? —preguntó él al notar que su amiga había sacado lo que quería expresar.

Carolina asintió con la cabeza.

Caminaron hasta llegar al enorme asta de la bandera que se ondeaba en lo alto de aquel cerro.

—Esto es enorme —comento Rodrigo recargándose del asta.

—Sí, lo es. Dicen que es el asta más grande del mundo —dijo Carolina viendo hacia lo más alto del asta.

—No creo, tal vez de Latinoamérica, pero no del mundo —contrató Rodrigo observando a detalle.

—Bueno, en algún momento fue la más grande del mundo —finalizó ella.

Después de estar un rato ahí. Se dirigieron nuevamente a la parte donde podían observar la ciudad.

La tarde poco a poco se tornaba oscura y las luces de la ciudad comenzaban a aparecer como destellos que permanecían quietos en el gran valle que era la ciudad.

—¿Estas segura que eso quieres? —preguntó Rodrigo.

Carolina lo volteo a ver sin comprender a que se refería.

—¿Quieres dedicarte a escribir?

—Sí, muy segura —respondió sonriendo.

—¿te apasiona? —preguntó nuevamente.

—Como no tienes idea.

—Eso me agrada, que hayas encontrado algo que realmente te apasiona —dijo Rodrigo al tiempo que bajaba la mirada.

—A ti, ¿te gusta tu trabajo? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió él.

—¿Cómo no sabes? —esta vez Carolina estaba sorprendida.

—Cuando ocurrió... —Rodrigo hizo una pausa para tragar saliva—. El accidente, apenas iba a terminar la prepa, lleve laboratorio y salí como técnico. Pero después de eso, decidí que quise ayudar a las personas, intente seguir estudiando para ser paramédico, pero al final no me agradó y me salí, ahora estoy con la licenciatura de enfermería.

—Entonces si te gusta tu trabajo —dijo Carolina.

—Sí, si me gusta, no sé qué estaba pensando.

—Descuida, es bueno de vez en cuando cuestionarnos sobre lo que hacemos —dijo ella para animarlo.

—Sí, solo que a mí no me apasiona tanto como a ti el hecho de escribir —comentó en voz baja.

—Ya verás que encontraras algo —dijo ella sonriendo.

—Vámonos, es tarde.

Cuando decidieron retirarse, la noche ya estaba presente. Se levantaron y comenzaron a caminar de regreso, pero ahora por la carretera que llegaba hasta ahí.

Tuvieron que caminar un tramo de carretera porque los autobuses no llegaban hasta arriba.

—¿Te encuentra bien? —preguntó Carolina al ver a Rodrigo alerta con los puños cerrados.

—Sí, solo que no me gusta caminar por carretera en la noche

—Tranquilo, no te pasara nada, vienes conmigo y gracias a Dios no me ha pasado nada —comentó sonriendo.

—Entonces no tienes al destino —dijo él mientras estaba alerta a lo que pueda pasar.

La carretera se veía oscura, pero más adelante podían verse luces de las primeras casas.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la base de los camiones. Subieron a uno y regresaron al centro de la ciudad.

—Iré al súper a comprar unas cosas —comentó Rodrigo.

—Te acompaño —se ofreció ella.

Él sonrió y se dirigieron al súper.

Como era de costumbre, carolina llevó el mando del carrito siguiendo a Rodrigo hacia donde estaban las cosas que iba a comprar.

—Insisto, deberías traer tu lista de compras —dijo ella sonriendo para que no lo tomara a mal.

—Insisto, no comprare mucho —respondió Rodrigo bromeando ante el comentario.

Al terminar de comprar, salieron del súper, Carolina le ayudó a Rodrigo a acomodar sus cosas para hacer menos bolsas que cargar.

—Entonces, nos vemos —dijo Carolina.

—Si —respondió Rodrigo mientras cargaba sus bolsas—. Sube a tu taxi, yo me voy en el de atrás.

Carolina se subió al taxi y se dirigió a su casa.

Capítulo VI

Noche

Al otro día, sábado, Carolina despertó muy emocionada por la fiesta, por la mañana ayudó en los quehaceres de su casa. Solo pensaba en la fiesta que tenía más tarde, también se lamentaba porque Rodrigo no estaría presente.

Cuando se dio el medio día, comenzó a buscar la ropa que usaría, tenía que llevar tres cambios, la primera sería la que llevaría puesta, la segunda, su traje de baño, y la tercera, la que usaría al finalizar la fiesta, después de haberse metido al agua.

Se colocó un vestido azul corto por arriba de las rodillas de corte tubo, su cabello se lo recogió con una coleta que adornó con un broche plateado.

Salió de su casa con el regalo en mano que su mamá le había comprado un día anterior. El taxi ya la esperaba en la entrada de su casa. Al llegar al salón donde sería la fiesta, entró con pena, pero al ver a su amiga la festejada, caminó con más seguridad.

—Muchas felicidades —dijo Carolina dándole un fuerte abrazo.

—Gracias, Caro. Qué bueno que viniste —respondió la amiga.

Ambas caminaron hacia una mesa redonda. Carolina tomó asiento. No tardó mucho tiempo cuando apareció Ximena, la amiga de Carolina que estudiaría en la Ciudad de México.

—Hola Caro —saludó Ximena.

—Hola —respondió el saludo.

—¿No vino? —preguntó su amiga volteando alrededor.

Carolina negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—No pudo venir, tenía un compromiso con su familia —comentó sin muchos ánimos.

—Qué mal —finalizó Ximena.

La fiesta continuó, comieron enseguida para reposar la comida y poderse meter a la alberca.

La tarde pasó demasiado rápido, pero la fiesta estaba en pleno ambiente, a pesar de que ya había acabado el contrato del salón, decidieron rentar horas extras para seguir festejando el cumpleaños.

Cuando Carolina vio que eran las diez de la noche, se dio cuenta que era hora de retirarse. Se cambió de ropa, usó el mismo vestido con el que había llegado, se despidió para retirarse.

Al llegar a su casa, se dirigió a su habitación. Se sentó un rato en su cama, miró la mesita que tenía alado, tomó la cajita plateada y sacó el collar en forma de avión de papel.

Pensó en Rodrigo un largo tiempo. Su sonrisa, su mirada, sus manos, todo de él le parecía hermoso, hasta su manera de caminar.

—Tengo mucha suerte —susurró para sí misma.

Miró el perfil de Rodrigo desde su celular, agrando una foto y solo lo observaba de una manera tierna.

Un mensaje la distrajo.

Era él.

Rodrigo: Vamos a cenar?

Carolina sonrió de oreja a oreja.

Carolina: Sí

Rodrigo: Donde nos vemos?

Carolina: Si quieres, en la esquina donde nos despedimos siempre.

Rodrigo: Ok. Te veo ahí en 15 min.

Carolina: Ok.

En ese momento ella pidió un taxi por mensajería, se cepillo el cabello para hacerse nuevamente una coleta.

Bajó a la sala a esperar a que su taxi llegara.

—¿Vas a salir? —preguntó su papá.

—Sí, quede con unos amigos.

—Está bien, solo ten cuidado y no olvides tus llaves.

—No, aquí las llevo.

El taxi llegó y Carolina salió lo más rápido que pudo.

Cuando llegó al lugar acordado, Rodrigo ya la esperaba.

—Buenas noches —saludó él al verla bajar.

—Hola —respondió ella sonriendo.

—No estabas durmiendo ¿verdad? —preguntó Rodrigo con la esperanza de no haber perturbado su sueño.

—No, acababa de llegar a mi casa.

—Está bien —dijo él y no indago más en el tema.

—¿A dónde quieres cenar? —preguntó Carolina.

—No sé, vamos por tacos.

—Está bien, en la calle donde hay muchas tiendas de ropa, suelen ponerse muchos taqueros —comentó ella señalando la calle.

—Vamos a ver —dijo él.

Comenzaron a caminar por la carretera, eran pocos los carros que circulaban.

—Todo se ve muy tranquilo de noche —susurró Carolina.

—Sí, es agradable —secundó él.

Comenzaron a caminar por la calle donde se suponía que había varias taquerías, pero la suerte no estaba de su lado, pues algunas ya estaban cerrando y otras ya no tenían para hacer más.

Al llegar casi al centro de la ciudad, ya no había taquerías.

—¿Ahora? —preguntó Carolina dudando en qué hacer.

—No sé —dijo Rodrigo.

Él pensó por un rato.

—¡Vamos por una hamburguesa! —dijo muy contento de su idea.

Siguieron caminando por aquella calle tranquila iluminada por faroles que se encontraban en la orilla de la banqueta.

—¡Mírame! —Dijo Carolina corriendo hacia la mitad de la calle—. Puedo ir por media calle sin ser arrollada por un coche.

Rodrigo la siguió corriendo casi a la misma velocidad.

—Yo también —dijo él poniéndose a su lado.

—Esta calle me agrada de noche, es muy diferente cuando es de día —comentó ella observando a paso lento todo su alrededor.

—Es que de día está lleno de coches y es mucho el ruido que hacen.

Caminaron hasta llegar al ayuntamiento de la ciudad, al pasarlo, llegaron a la explanada, a lo lejos vieron la estatua de un señor sentado cocinando.

Cruzaron la explanada para dirigirse al parque que estaba rodeado de grandes jardineras con grandes árboles y en el centro un monumento que simbolizaba a la bandera de la ciudad.

—En esa esquina venden hamburguesas —dijo Carolina.

—Vamos de una vez, tengo mucha hambre —comentó Rodrigo.

Caminaron hacia los puestos ambulantes de hamburguesas.

Rodrigo pidió una hamburguesa, mientras que ella pidió dos hot dogs. Se sentaron en unos bancos que les habían ofrecido.

—¿Crees que aquí estén toda la noche? —preguntó Carolina viendo a las personas que despachaban la comida.

—No lo sé, supongo que han de tener un horario o hasta que se acaben la comida.

—Deberíamos preguntarles.

Sugirió Carolina al tiempo que se levantaba de su asiento, Rodrigo la tomó del brazo y la obligó a quedarse en su lugar.

—No, por favor, no preguntes.

—¿Por qué no?

—No lo sé, es raro. Solo no lo hagas

Carolina lo miró a los ojos y accedió a sus peticiones. Se sentó nuevamente en su lugar para esperar su cena. Cuando les entregaron su pedido, se pusieron de pie y regresaron al parque de grandes jardineras, se sentaron en una que estaba detrás del monumento.

Historias

Estando acomodados en la jardinera comenzaron a cenar.

—Tenía mucha hambre —dijo Rodrigo al momento que masticaba su hamburguesa.

—Sí, ya veo —comentó ella siendo sarcástica.

Siguieron comiendo.

—¿No cenaste?

—No —respondió él—. Lo que pasa, que me dormí desde la tarde y desperté hasta que te mande mensaje.

—ohh... Por eso.

Rodrigo afirmó con la cabeza.

Siguieron comiendo hasta que él terminó primero.

—Me falta comerme uno. ¿Lo quieres? —preguntó Carolina.

—¿segura?

—Sí. Tómalo.

Rodrigo comió el segundo hot dog que le faltaba a Carolina.

—Mira —dijo Rodrigo señalando el cielo oscuro.

Ella levantó la mirada y logró ver una lechuza blanca que cruzaba el oscuro cielo, sus alas las extendía para ganar impulso en su vuelo.

—Se ve bonita. No entiendo como las personas las consideran aves del mal augurio —comentó Carolina.

—No lo son. El futuro depende de cada quien —dijo él.

—Lo sé. Todo lo que nos pasa, es por nuestra culpa, no por los demás.

Rodrigo afirmó con la cabeza.

—Pero puede que existan ese tipo de cosas —comentó ella. Rodrigo la volteo a mirar para prestar atención—. Sí, me refiero a energía o situaciones paranormales que algunas personas suelen vivir.

—¿Te ha pasado algo paranormal? —preguntó él intrigado.

Carolina pensó.

—Sí —respondió.

—Ajá —dijo Rodrigo esperando a que ella comenzara a contar.

—Ahh... Quieres que te platique —dijo ella riendo.

Él hizo muecas de que era obvio.

—Bueno... no me pasó a mí, pero tengo una familia que su casa es algo grande y tienen un patio grande con varias plantas y pequeños arbolitos. El chiste es que desde hace tiempo en esa casa, bueno, en el patio, ven una sombra.

—¿Una sombra? —preguntó el aún más intrigado.

—Sí, la escalera para subir al segundo piso está afuera, y un primo iba a subir y lo vio sentado en la escalera. Corrió a ver a mi tía y le comentó, después salieron y ya no estaba.

—No manches, eso está fuerte —dijo Rodrigo sorprendido.

—Eso no es todo. Mi tío enfermó, aun no sé de qué. Solo sé que enfermó y poco a poco se fue muriendo. Y una vez durmió en el patio, porque ahí le gustaba dormir y su hijo cuando salió del baño en la madrugada, vio a la sombra parado al pie de la cama de mi tío. Cuando el murió, estábamos velando el cuerpo en la casa y los que estaban despiertos vieron un caballo negro que

pasó trotando y justo cuando paso por la entrada reparó el caballo y siguió su camino.

Rodrigo estaba asombrado al tiempo que se ruborizaba su piel.

—¿A ti te han espantado? —preguntó Carolina.

—Sí. Una vez estaba en mi casa durmiendo y me levante a tomar agua. Cuando me volví a acostar, vi que había alguien observando en la ventana. Me levante de nuevo y me acerque pero no vi a nadie, luego miré más al fondo y en el árbol que está en mi patio, había alguien de pie —la piel de Rodrigo se volvió a ruborizar—. En ese instante cerré rápido la ventana y me acosté tapándome de pies a cabeza jajaja.

—Jajaja que valiente —dijo Carolina.

—Oye, no es normal ver a alguien de pie en tu patio en plena noche —se defendió él.

—Lo sé... ¿y eso fue antes o después del accidente? —preguntó Carolina de golpe.

Rodrigo se puso serio.

—Después, como año y medio después.

—Tal vez era... —Carolina se detuvo a pensar en lo que iba a decir. Rodrigo ya estaba seguro de que ella iba a mencionar a sus papás—. Era algún ser que quería refugio o algo y se lo negaste. Intentó acomodar sus palabras pero era demasiado tarde.

—No es lo que ibas a decir, y no, no era un ser en busca de ayuda y mucho menos ellos —dijo Rodrigo refiriéndose a sus papás.

—Lo siento —susurró Carolina apenada.

—¿Bueno y a ti te ha pasado algo similar? —preguntó él haciendo de lado el comentario incómodo.

—Sí, una vez estaba sentada con mi computadora y mi papá a un lado, y de pronto ambos vimos una sombra que cruzó al otro cuarto. ¡¡Lo curioso es que ambos la vimos!! Puede que yo la haya imaginado, pero no, mi papá y yo vimos pasar esa sombra. Es imposible que imaginemos lo mismo. Cuando pasó, mi papá me pregunto si la había visto y le dije que sí.

—Que miedo. Pero me encanta escuchar este tipo de historias —dijo Rodrigo emocionado por la entretenida plática.

—También cuentan que en frente de mi casa mataban a las personas que robaban o violaban, bueno, en pocas palabras, a los delincuentes. Había una fila de estos árboles grandotes... Guamuchiles se llaman. Ahorita solo sobreviven dos creo, pero ahí colgaban a esas personas. Nunca he visto o escuchado algo, pero una vecina dijo que vio a una mujer de blanco entre las ramas.

—Un día te van a espantar —dijo Rodrigo dándole un leve golpe en su brazo.

—Espero que no —respondió ella sonriendo.

—Vamos a tirar la basura —sugirió él.

Se levantaron de la jardinera y caminaron hacia un contenedor de basura. Tiraron los platos de la cena y caminaron por la orilla del lugar.

—Te ves muy arreglada —comentó él.

—Sí, es que iba llegando de la fiesta —respondió ella mirando su vestido.

—ya es tarde para una fiesta en alberca, ¿no crees? —dijo Rodrigo.

—Sí, pagaron unas horas más y la fiesta se prolongó.

Siguieron caminando en silencio.

—Me gustó esta noche —dijo Carolina en voz baja.

—A mi igual, ojala hubiera más noches así —dijo él con una tierna voz.

—Todo depende de nosotros, ¿recuerdas?

Él se acercó y le pasó su brazo por sus hombros.

Caminaron así por todo alrededor observando las luces amarillas que iluminaban el piso de piedra roja. El silencio que había era acogedor, la calma se podía respirar en el aire fresco.

Carolina agarró su mano y pudo sentir sus suaves dedos en un pequeño apretón.

—Vamos a la farmacia, quiero comprar un agua —dijo Rodrigo bajando su brazo.

—Sí —respondió ella.

Cruzaron la iglesia que estaba a lado y se dirigieron hacia una farmacia que estaba cerca. Rodrigo compró su agua y la bebió toda de un solo trago, al parecer tenía demasiada sed.

—Ya es tarde, pasan de las tres de la mañana —comentó él.

—Se nos va a amanecer —dijo Carolina viendo su celular.

—Vámonos.

—Sí, podemos irnos a tu casa y de ahí tomo taxi para que me vaya a la mía —dijo ella.

—Está bien —aceptó Rodrigo y comenzaron a caminar hacia su casa por el mismo camino que habían llegado.

—Siento raro que tú me acompañes a mi casa y no sea al revés —comentó él con un poco de pena.

—No te preocupes, no es obligatorio que tú me lleves, no hay que guiarnos por las reglas que la sociedad impone —comentó Carolina para calmarlo—. Además, las reglas están para desobedecerse.

Ambos sonrieron al comentario.

—¿Crees que en ese bar vendan alitas? —preguntó Rodrigo.

—Vamos a ver —respondió Carolina cruzando la calle.

Él sacó rápidamente dinero de su cartera y la siguió. Al alcanzarla le colocó el dinero discretamente en la mano.

—Tú cómpralas —le susurró Rodrigo al oído.

Ambos entraron al lugar, se dirigieron a la barra.

—Buenas noches —saludó Carolina con una sonrisa en el rostro.

—Buenos días —respondió corrigiendo al saludo el mesero que estaba atendiendo en la barra.

—Días, perdón —corroboró Carolina—. ¿Vende alitas de pollo?

—Sí, solo tenemos enchiladas.

—Me da una orden para llevar, por favor.

—Claro, en un momento se las entregamos. Pueden tomar asiento.

Rodrigo y Carolina se sentaron en una pequeña mesa circular con sillas altas.

—He comprado alitas del otro lado de la calle, pero no creo que a esta hora este abierto —comentó él.

—Quien sabe... —respondió Carolina pensando.

—No creas que iremos... ehh —dijo rápidamente Rodrigo al pensar que ella quería ir a ver si estaba abierto el lugar que él había dicho.

—No, no iremos, es tarde —respondió ella sonriendo.

Después de unos minutos les entregaron las alitas, salieron del lugar y comenzaron a caminar con rumbo a la casa de Rodrigo.

Cuando llegaron a la esquina donde se despedían, Rodrigo tuvo una idea.

—Ven vamos a sentarnos aquí un rato.

Se dirigieron hacia la parada que estaba a unos metros de ahí.

—Pruébalas. Te van a gustar —dijo él extendiendo las alitas hacia Carolina.

Ella tomó una y la soltó rápidamente. Se había quemado.

—Están calientes —se quejó.

—Ten cuidado.

Volvió a tomar con cuidado para darle una pequeña mordida.

Rodrigo esperó a que ella la saboreara y le diera su punto de vista.

—¿Qué tal? —preguntó él emocionado.

—He probado mejores —dijo Carolina con una sonrisa en el rostro.

Rodrigo dudó y probó una, también se quemó al morderla. La saboreó y pensó.

—Tienes razón, hay mejores.

—Te dije —dijo ella.

Ambos disfrutaban las alitas.

—¿Oye te puedo decir algo? —preguntó Rodrigo.

Carolina afirmó con la cabeza mientras mordía su alita.

—Hace rato, antes de que te mandara mensaje. Me escribió la chica que vimos en el bulevar.

—Nicole —dijo seriamente Carolina.

—Ella... me escribió e intento hacerme plática. Pero prácticamente al ignore.

—¿Seguro? —dudó Carolina.

—Sí, si quieres te enseño los mensajes —dijo Rodrigo sacando su celular para mostrárselo.

En ese momento el celular comenzó a vibrar.

—Tienes una llamada —dijo Carolina viendo el celular.

—No tengo registrado el numero —comentó él.

—¿y no piensas contestar?

—No, no conozco el número.

Al final no respondió a la llamada.

—Estoy segura que es Nicole —dijo Carolina un poco celosa.

—No lo sé, yo no le di mi número —se defendió Rodrigo.

—Tal vez lo puede ver de tu perfil. Agrega el número y ve en WhatsApp quien es.

Rodrigo hizo lo que ella dijo y efectivamente, apareció la foto de Nicole.

—Vaya, esta chica no se cansa —dijo Rodrigo mientras borraba el número de sus contactos.

—Ya se cansará —comento Carolina más tranquila.

Ambos se quedaron en silencio.

Él la miró a los ojos, Carolina al sentirse observada, lo miró y notó que sus pequeños ojos negros emanaban un brillo que hasta apenas había detectado.

Rodrigo sonrió al mismo tiempo que ella.

—Y nuevamente estamos aquí, sentados en la banca incomoda —dijo Carolina riendo.

—Sí, que fea banca —secundó él.

Esperaron a que pasara un taxi para que Carolina se pudiera ir a su casa, cuando ella se retiró, Rodrigo tomó camino hacia su hogar.

Capítulo VII

Pláticas

Rodrigo: Vamos mañana a Taxco?

Carolina: Esta bien, te veo a las 3:00pm en los taxis?

Rodrigo: No, a las 11:00am

Carolina: Esta bien.

Rodrigo: Descansa.

Esa noche, ella estaba emocionada porque al parecer estaría todo el día alado de Rodrigo. La emoción le había quitado todas las ganas que tenía de dormir. Se mantuvo acostada en su habitación mirando el techo y pensando en todo lo que podrían hacer en Taxco. De pronto, una gran idea había surgido, ¿y si le regalo mi libro? Dijo para sí misma. Sin pensarlo dos veces, se levantó de la cama, fue hacia su computadora, abrió el archivo de su libro, lo arregló para acomodarlo en media carta, tardó un par de horas en terminar. Después decidió dormir.

En la mañana, se despertó muy temprano, bajó rápido al escritorio de su papá donde estaba una impresora, ahí imprimió su libro, casi doscientas páginas salieron.

—Son muchas páginas —comentó el papá mientras entraba a su estudio.

Ella sonrió cuando lo vio.

—Sí, es un regalo.

—¿Un regalo?

—Un libro —respondió Carolina levantando las hojas.

—¿Esto te gusta, verdad? —la miró muy orgulloso al ver que ella estaba segura de lo que quería.

—Sí, mucho —dijo Carolina sonriendo.

—Llévalo a la imprenta, ahí que le pongan una pasta para que tu libro este completo.

Carolina sonrió de la emoción.

—¡Gracias papá!

Él la abrazó fuertemente.

—Pero aún no debe estar abierta la imprenta —comentó Carolina.

—Vete, ahorita le marco a Juan para que vaya a abrirla. ¿A qué hora lo necesitas?

—Antes de las once —dijo Carolina con la esperanza de tener tiempo para llegar puntual con Rodrigo.

Su papá hizo la llamada a Juan, el encargado del negocio de la familia.

—Si te apuras, te dará tiempo. Juan ya va para allá —dijo el papá al tiempo que colgaba la llamada.

Carolina rápido se fue a su habitación para cambiarse. Cuando terminó se dirigió a la imprenta de su padre para que su manuscrito tuviera una bonita pasta.

En cuanto llegó a la imprenta, Juan se puso a arreglar el libro. Mientras, ella esperó a que su libro estuviera completo.

—Ya está, Caro —dijo Juan mostrándole el pequeño manuscrito de media carta.

—Muchas gracias, Juan —agradeció Carolina muy contenta tomando su libro en sus manos.

—Leí unas páginas —dijo Juan sonriendo esperando que Carolina no se molestara, ella por su parte se puso nerviosa—. Es muy bonito.

—¿Te gusta leer, Juan?

—Sí, mucho —respondió él.

—Espero un día, regarte mi libro —dijo sonriendo.

—Sería genial, lo esperare.

Carolina sonrió, colocó el manuscrito en su mochila y salió con rumbo a la base de taxis.

Cuando llegó, ahí estaba Rodrigo, sentado con los brazos cruzados sobre su pecho. Al ver a Carolina, sonrió ligeramente. El brillo de sus ojos era aún más intenso.

—¿Lista? —preguntó Rodrigo.

—Lista.

Subieron al taxi y enseguida se pusieron en marcha hacia la ciudad platera.

—¿A dónde iremos primero? —preguntó ella.

—Vamos al cine.

—¿Sabes llegar?

—Sí, solo nos bajaremos antes, casi en la entrada de Taxco y de ahí caminamos.

—Muy bien, vamos al cine —dijo Carolina. Se acomodó y siguieron en su camino.

Cuando entraron a la ciudad, Rodrigo iba viendo por donde se tenían que bajar. Carolina esperaba a que él le indicara al chofer donde los tenía que dejar.

—¿Les importa si tomó otra dirección? Lo que pasa que hay mucho tráfico.

Todos los pasajeros aceptaron. Rodrigo pensó que los dejaría más cerca de Galerías Taxco.

El Taxi siguió por una calle que Rodrigo no conocía, así que iba atento en el camino.

—Por aquí bajamos. Por favor —dijo Rodrigo después de pasar por la entrada de un panteón.

Bajaron del taxi, Rodrigo miró hacia su alrededor.

—Es por aquí —dijo caminando hacia un costado del panteón.

—Creí que era la entrada de una iglesia —comentó ella mirando la entrada antigua del panteón.

Siguieron caminando cuesta abajo.

—Se ve raro este panteón —dijo Carolina.

—¿Raro? —preguntó él mirando el panteón.

—Sí. Raro —respondió ella siguiendo su camino—. Mira ese bonito árbol.

Rodrigo miró el árbol alto de flores moradas sin decir nada al respecto.

Siguieron bajando hasta llegar a una carretera. A lo lejos vieron el centro comercial.

El sol ya estaba en lo alto, pues era medio día. Carolina sentía calor por la caminata que habían hecho.

—Ya me canse —se quejó ella.

—Sí, yo también, pero falta poco.

La caminata siguió unos minutos por la orilla de la carretera.

—Perla —leyó Carolina de un letrero.

—No me gusta ese nombre —comentó Rodrigo.

—¿Por qué?

—No sé. Enserio no sé. Solo no me gusta, nunca me ha gustado.

—Yo tenía una amiga que se llama así, Perla —dijo Carolina esperando la reacción de él.

—Pues que feo nombre tiene tu amiga —respondió él sin expresión alguna.

Carolina sonrió al escuchar las palabras de su amigo. Había sido un comentario gracioso para

ella.

—Listo. Llegamos —dijo Rodrigo muy contento.

—Falta la subida —se volvió a quejar ella.

—Ya estamos aquí —la animó Rodrigo.

Comenzaron a subir un camino para estar verdaderamente en la entrada. Al llegar, se podía sentir aire fresco que entraba por sus fosas nasales.

Se dirigieron a un elevador para subir al piso donde estaba el cine. Pasaron por varias tiendas hasta que llegaron.

—¿Qué película veremos? —preguntó Rodrigo esperando la respuesta de Carolina.

—Veamos —respondió acercándose a la taquilla, miró en la parte de arriba, donde estaban los horarios para las películas—. Esta Batman vs Superman. Esa podemos ver.

Rodrigo sonrió cuando Carolina había escogido una película de súper héroes.

—Ya casi comienza —dijo ella.

—Yo compro las entradas y tú las palomitas.

—Muy bien, ¿de qué quieres las palomitas? —preguntó Carolina antes de retirarse a la dulcería.

—uhmm.. Cómprame un hot dog y palomitas de queso —respondió él mientras se acercaba a la taquilla.

Carolina corrió a formarse en la fila de la dulcería. Compró lo que le habían pedido y lo que ella compraría. Cuando salió, vio a Rodrigo sentado en una mesita alta redonda.

—Prepara tu hot dog.

Rodrigo tomó su hot dog y fue a prepararlo. Aún faltaban unos minutos para que la película comenzara. Al terminar, regresó a la mesa.

—Me regalaron dos vasos, ten uno tú y otro yo —Le entregó a Carolina un vaso del cine con un estampado de un panda.

—Está muy bonito el panda —dijo ella observando el vaso—. ¿El tuyo de que es?

—Un tiburón. Me gustan estos vasos, les cabe la cantidad suficiente de líquido.

—Ya es hora. Vamos —dijo Carolina poniéndose de pie.

Caminaron hacia la sala donde les había tocado. Al entrar a la sala, tomaron sus asientos. Durante la película ambos prestaban atención, Rodrigo devoraba velozmente su comida, mientras que Carolina poco a poco comía su parte.

Al finalizar la película, esperaron a que la mayoría de personas saliera de la sala. Después se pusieron de pie para salir.

Salieron de cine y emprendieron camino hacia la salida.

—¿Ahora, a dónde vamos? —preguntó Carolina.

—Vamos al centro y ahí vemos que hacemos —dijo Rodrigo apretando el botón del elevador.

Entraron y el elevador comenzó a funcionar. Sin darse cuenta subieron al techo del centro comercial. Cuando se abrió la puerta, salieron y vieron el enorme espacio vacío frente a ellos. Comenzaron a reírse fuertemente ante su equivocación. Las risas llenaron el silencio que había en el techo.

—Deberíamos irnos, no creo que este permitido estar aquí —sugirió Rodrigo.

—Ya estamos aquí. Aprovechemos —dijo Carolina volteándose hacia él y caminando de espaldas.

Rodrigo la siguió. Ella comenzó a caminar más rápido hasta que él la alcanzó y la abrazó por la cintura.

—Esto es divertido —susurró ella a pocos centímetros del rostro de Rodrigo.

—Lo es —dijo él sonriendo.

Poco a poco bajó sus manos de los hombros de Rodrigo. Caminaron hacia el borde del lugar.

—Todo esto es increíble —comentó Carolina mirando la ciudad desde ahí en lo alto.

—Lo es —secundó él.

—No, no me refiero a como se ve el paisaje, que es hermoso desde esta altura, sino al hecho de que me siento a gusto contigo.

Rodrigo sonrió mirándola. Ella por su parte solo veía hacia en frente.

De pronto escucharon un silbido. Voltaron a ver y un policía gordito se estaba acercando hacia ellos con su silbato en la boca.

—Vámonos, vámonos, vámonos —dijo Rodrigo mientras jalaba a Carolina para salir rápidamente de ese lugar.

—A donde creen que van— gritó el policía a medida que se acercaba.

—¡Vete por allá! —gritó Carolina quien comenzó a correr por el lado izquierdo del policía, Rodrigo lo hizo pero del lado derecho. La adrenalina la podían sentir en sus venas mientras escapaban del policía.

El policía se quedó quieto pensando a quien seguir. Después comenzó a seguir a Rodrigo, mientras ellos corrían hacia la escalera para bajar.

—¡Apúrate! —gritó Rodrigo a Carolina.

Comenzaron a bajar la escalera mientras reían en grandes carcajadas. El policía se dio por vencido unos cuantos escalones abajo.

Cuando llegaron a la parte baja aún seguían riendo, sus corazones latían demasiado rápido, pero conforme fueron bajando, se fueron controlando.

—¿Ahora? —preguntó Carolina aun riendo.

—Vamos al centro y allá vemos —respondió él.

Caminaron por donde habían llegado, el aire comenzó a soplar facilitando la caminata.

Mientras caminaban, veían los callejones antiguos que parecían de otra época.

—Este callejón parece como una entrada a Hogwarts —comentó Carolina mirando a detalle.

—Sí, las calles aquí parecen de otro lugar —dijo Rodrigo observando a su alrededor—. Recuerdo que por aquí había una iglesia.

—¿Dónde?

Caminaron un poco más.

—Aquí, aquí estaba —dijo Rodrigo mientras tocaba la pared blanca.

—Bueno, al parecer dejó de serlo para transformarse en una... —Carolina se alejó un poco para observar bien lo que era ahora el lugar—. Una tienda de préstamos.

—Qué triste, era muy bonito el lugar —dijo él lamentándose.

—Sigamos caminando —dijo ella adelantando el paso.

Libro

Al llegar al centro, tomaron asiento en el zócalo que estaba frente a la parroquia de Santa Prisca.

—Vamos al Cristo —sugirió Carolina.

—Pero en urban —dijo Rodrigo advirtiendo que subirían en transporte o no iban.

Carolina asintió con la cabeza.

Se pusieron de pie y caminaron hacia la parada. Durante el camino no hubo plática, solo iban sentados mirando a las diferentes personas que los acompañaban.

Cuando bajaron, caminaron hacia el Cristo por una calle que estaba rodeada de arbustos y grandes árboles.

—Me gusta más la otra entrada —afirmó Carolina mientras caminaba.

—Sí, igual a mí, aquí se ve... diferente —dijo Rodrigo.

Al llegar, se dirigieron de inmediato al borde del lugar, se subieron en la pequeña barda mirando hacia el Cristo.

—J H S—leyó Rodrigo las letras que estaban debajo del Cristo sobre un cáliz dibujado.

Carolina fijó su atención en esas letras.

—¿Que significaran? —preguntó ella.

—Creo que Jesús Hombre Salvo —respondió él dudando de su información.

—¿Jesús Hombre Salvo?

Rodrigo levantó los hombros en señal de que no estaba seguro.

—Bueno, podría ser —dijo ella dando por hecho que estaba en lo correcto.

—Se ve chaparrito el Cristo —comentó Rodrigo observando el monumento.

—Tal vez los que lo construyeron sabían cosas de Jesús que los demás mortales como nosotros no sabemos —las palabras de ella hicieron pensar a Rodrigo sobre la iglesia.

—¿Qué crees que sabían? ¿Qué Jesús era chaparrito? —preguntó él sarcásticamente.

—Puede ser. Existe un documental que habla sobre María Magdalena. Supuestamente fue esposa de Jesús y procrearon un hijo, ese hijo se cree que es el cáliz perdido.

—¿a poco crees en eso? —preguntó Rodrigo.

—No lo sé. Todo es posible en esta vida —respondió Carolina—. Además la historia no termina ahí. Según el cáliz viajo por muchas ciudades y fue a dar hasta Chilapa.

—¿Chilapa? —preguntó él ahora si burlándose de la plática.

—Sí, búscalo en internet.

—Lo hare, cuando tenga tiempo— afirmó Rodrigo.

Él se bajó de la barba para recargarse de frente hacia la ciudad.

—Hacia allá está el mirador —dijo apuntando hacia su izquierda.

Ella volteó a ver.

—¿Vamos? —preguntó Carolina con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

—Después o más tarde —respondió él.

Ella se bajó de la barda para mirar hacia la ciudad. Miró las manos de su amigo y sonrió. Él se dio cuenta, enseguida cerró en sus manos en puños.

—Tus manos —susurró Carolina.

Él se apenó.

—Podrías modelar un reloj o un anillo—comentó ella para no hacer sentir pena a Rodrigo,

además de que le gustaban.

—No digas eso, a veces creo que mis manos no son normales.

—No lo creo, son perfectas —susurró ella poniéndose roja.

Rodrigo notó el cumplido, pero no dijo nada para no apenarla aún más de lo que ya estaba.

—Deberíamos aprovechar el tiempo. Regresemos al centro para hacer más cosas —sugirió él.

—Está bien. Vámonos —aceptó Carolina.

Se dieron media vuelta y regresaron por donde habían llegado. Al llegar a la carretera esperaron un rato a que pasara un taxi, pero fue en vano, ningún taxi pasaba. Decidieron caminar sobre la carretera y tomar el primer transporte que los llevara al centro. Por suerte pasó un taxi, Rodrigo rápidamente chifló y el coche se detuvo, corrieron para subirse.

Cuando llegaron al centro, fueron directamente al zócalo.

Carolina se encontraba impaciente, pues no sabía qué hacer. Él notó su estado de ánimo y optó por opinar.

—Vamos a comer.

Carolina sonrió y aceptó moviendo la cabeza.

—Pero, ¿a dónde? —preguntó ella mirando a su alrededor.

—Caminemos y ya escogemos un restaurante —dijo Rodrigo.

Caminaron por las delgadas calles de Taxco, encontraban restaurantes de todo tipo, pero ninguno llamaba su atención. Hasta que vieron un restaurante que tenía mesas en una terraza baja.

—Buenas Tardes —saludó un mesero.

—Hola. Buenas tardes —saludó Carolina sonriendo—. ¿Qué clase de comida tienen?

—Bueno, te muestro el menú —dijo el mesero mostrándole la carta del día. Carolina la tomó y se la mostró a Rodrigo. Él pensó por un momento.

—Aquí —aceptó él.

—Adelante, pasen —dijo el mesero cordialmente.

Se sentaron en una mesa sobre la terraza baja.

—¿Qué van a ordenar? —preguntó el mesero mientras sacaba una pequeña libreta donde anotaba los pedidos.

—A mí me traes una sopa de tortilla —ordenó Rodrigo.

—Yo quiero unas enchiladas —secundó Carolina.

El mesero anotó los pedidos y se retiró.

—Quisiera hablar tan fluido como él —comentó Rodrigo señalando con la mirada a un señor que se encontraba a dos mesas de la suya.

Carolina volteó para observar a la persona que se refería Rodrigo.

—Sigue practicando tu inglés —dijo ella.

—Eso hago, sueño con conocer otro país u otro continente —dijo él con una mirada esperanzadora.

—Ojala lo cumplas y te veas tan emocionado como ese señor— apoyó Carolina el comentario de su compañero.

—No quisiera verme tan viejo cuando salga a conocer el mundo, pero si quiero verme así de emocionado.

Ella sonrió mirándolo de una manera muy tierna.

—Hablando de viejos, cuando iba en primero de universidad. De hecho estaba en los cursos que dan antes de iniciar las clases normales. Yo iba rumbo a la central de autobuses, ya era algo noche, casi las nueve y un sujeto me habló, en mi inocencia me acerque y el tipo me dijo que me llevaba a mi casa —comentó Carolina.

—¿Qué no te enseñaron a no hablar con extraños? —preguntó Rodrigo siendo sarcástico.

—Oye... si no lo hiciera no te hubiera conocido —argumentó ella sonriendo.

—Tienes razón —comentó Rodrigo—. Como siempre.

Ella sonrió orgullosa de sí misma.

—A mí me han agregado gente, hombres y mujeres insinuándome cosas —ahora era el turno de Rodrigo de compartir algo sobre los acosadores.

—Eres un chico tranquilo, no creo que aceptes —dijo Carolina dudando.

Rodrigo sonrió de forma perversa.

—¡Oye! —exclamó ella golpeando levemente el brazo de él.

En ese momento el mesero llegó con sus platillos, los colocó en la mesa.

—¿Algo para beber? —preguntó el mesero.

—A mí tráeme una botella con agua —dijo Rodrigo rápidamente.

—Yo una limonada —ordenó Carolina.

El mesero anotó y se retiró. No tardó mucho cuando trajo las bebidas a la mesa.

Comenzaron a comer en cuanto llegaron sus bebidas. Carolina miró la forma en que Rodrigo bebía su agua.

—¿Tenias mucha sed? —preguntó cuándo él finalizó de beber.

—¿Se nota?

—Eh... si —respondió Carolina aun sorprendida.

Siguieron comiendo.

—Yo no quiero irme a vivir a otro lado, pero si conocer lugares, como vacaciones. ¿Si me explicó? —comentó Carolina.

—Sí, solo que no entiendo porque —dijo él con la cuchara en la mano.

—Mucha gente se queja de vivir en nuestra ciudad, y terminan mudándose a otro lugar para estudiar o trabajar. Al principio les parece genial su nuevo hogar y extrañan su antigua ciudad, y con el paso del tiempo van odiando su nueva ciudad, es entonces cuando ven lo genial que siempre fue vivir en su lugar natal.

—Sí, entiendo. Aunque a mí sí me gustaría vivir en la ciudad de México —dijo Rodrigo.

—Y en unos años te quejaras por el clima, la forma de vida y por todo y extrañarás tu ciudad —comentó Carolina.

Él pensó por un momento.

—Yo si quisiera conocer más lugares, pero por unos días, ir de vacaciones. Así, siempre mantendré el recuerdo de que son o fueron unos lugares increíbles que conocí —finalizó ella.

—Te entiendo. Ambos tenemos diferentes formas de ver el mundo.

—¿Eso es malo? —preguntó Carolina un poco confundida.

—No. Pienso que es bueno, yo aprendo de ti y tú de mí.

Ella sonrió.

Casi finalizaban su comida. Por un momento solo se dedicaron a comer, hasta que terminaron.

—Ve la tarde, tiene un toque de color azul —dijo Carolina mirando la parte de afuera.

—Es maravilloso asombrarse con los pequeños detalles que nos muestra la naturaleza —comentó Rodrigo mirando el tenue azulado que había esa tarde.

Carolina lo volteo a ver, vio cómo su mirada indiferente observaba aquel paisaje y la hacía sentir muy feliz por estar compartiendo tiempo con él.

—¿Se les ofrece algo más? —preguntó el mesero quien había aparecido de la nada.

—No, solo la cuenta. Por favor —dijo Rodrigo.

El mesero se retiró.

—¿Regresamos al centro? —preguntó ella aun mirándolo tiernamente.

—Sí.

Cuando les trajeron la cuenta, pagaron y se retiraron del lugar.

El crepúsculo estaba presente en lo alto del cielo. Las luces rojas de la ciudad comenzaban su trabajo, iluminar de color amarillo las estrechas calles.

Caminaron hasta llegar al zócalo.

—Vamos a sentarnos —dijo ella buscando un lugar en el zócalo.

—No veo lugar desocupado, mejor caminemos para que se nos baje la comida. Pasearon por debajo del zócalo, le dieron la vuelta.

—Mira, dibujos en amate —dijo Carolina acercándose al puesto.

Miraron los trazos coloridos que estaban impregnados. Después siguieron caminando.

—Finalizamos el recorrido —comentó ella al llegar al punto por donde habían empezado.

—Ahora por arriba —sugirió Rodrigo sonriendo.

Como el lugar era pequeño, la vuelta la dieron muy rápido.

—Mira esa pareja ya se va —comentó Rodrigo caminando más rápido para ganar el lugar.

Carolina camina normal, así que tardó un poco más en llegar. Se sentó a lado de él.

—Qué bueno que encontramos lugar —dijo Rodrigo estirando su brazo en la banca sintiéndose muy orgulloso de haber ganado el lugar.

—Sí, ya comenzaba a cansarme —comentó Carolina mirando alrededor—. Esas estrellas se ven muy bonitas, le dan algo de estilo al lugar.

Rodrigo volteó a ver las estrellas que adornaban todo el zócalo.

—Deberían de adornar así donde vivimos —dijo él aun mirando las estrellas que colgaban de los árboles.

—Serían muchas estrellas, en el zócalo hay muchos árboles más grandes y creo este zócalo es igual de grande que el Quiosco de allá —comentó Carolina refiriéndose a lo grande que era el zócalo de su ciudad.

—Adornan todas las calles cuando hay una festividad, yo creo que si pueden adornar el zócalo, aunque sea en navidad.

—Una vez me tocó ver cuando estaban colocando las campanas en los postes, y cuando estaban colocando una, se les cayó, en eso pasó una camioneta y la deshizo —comentó Carolina riéndose.

Rodrigo rio fuertemente al imaginar el suceso.

—No me gustan los adornos de las calles, hubieran mejor de adornar solo el centro pero con grandes adornos —dijo Rodrigo.

—Creo que no hay presupuesto, aquí tal vez porque todo es caro y entra más dinero, por eso se dan el lujo de adornar así.

Rodrigo pensó.

—Sí, tal vez tengas razón.

Ella solo sonrió. Pensó en el libro que le iba a regalar, y era el momento perfecto para entregárselo.

—Te traje algo —dijo Carolina poniéndose nerviosa.

—Ok —respondió él nervioso por la sorpresa que le esperaba.

Carolina de su pequeña mochila sacó el manuscrito que había terminado esa mañana.

—Toma —dijo mientras le entregaba el obsequio.

Rodrigo lo recibió con una sonrisa en el rostro.

—Gracias— añadió.

Ella sonrió nerviosamente esperando alguna otra respuesta de su parte.

Mientras tanto él lo hojeo y observo la portada.

—¿Es tu nombre? —preguntó asombrado.

Ella afirmó con la cabeza.

—¡Woo... Que padre, tengo un libro y a su autora frente a mí!

La felicidad de Rodrigo era obvio.

Carolina solo sonreía de la emoción.

—Me lo firmarás ¿Verdad? —dijo él estirando el libro.

—Claro —respondió Carolina tomando de nuevo su libro, de su mochila sacó un lapicero para escribir un mensaje.

“Con Mucho Cariño para mi Amigo Rodrigo, Espero te Guste El Nuevo Mundo que Estas a Punto de Descubrir. Atte: Tu Amiga Carolina.

Miedos

Rodrigo tomó el libro después de que Carolina escribió la dedicatoria.

—Enserio. Muchas gracias— agradeció nuevamente.

Ella sonrió.

—¿Cuánto tiempo te tardaste en escribirlo?

—Como cinco meses.

—¿Es fácil escribir un libro?

Carolina pensó un momento para responder.

—No, creo que lo difícil es motivarte para seguir con la historia.

—Después muchas personas te preguntaran lo mismo que yo. Mejor esperare a que lo hagan por mí, para no enfadarte.

—No, no te preocupes, puedes preguntarme lo que quieras —dijo Carolina sonriendo.

—¿Podrías guardarlo en tu mochila y luego me lo das?

—Claro —respondió ella tomando el libro y guardándolo—. ¿Huele a palomitas? Rodrigo volteo a su alrededor para ver donde estaban haciendo palomitas.

—Allá están vendiendo—dijo apuntando discretamente el palomitero.

—Comprare una, ¿quieres? —preguntó ella mientras se levantaba del lugar.

—No, mejor de ahí me das—respondió Rodrigo mientras seguía a Carolina.

Compraron una bolsa de palomitas y regresaron al mismo lugar donde se encontraban sentados. Carolina comía con mucho gusto las palomitas, mientras que él tomaba un puño y lentamente las comía desde su mano.

—¿Caminamos otro rato? —sugirió Rodrigo.

—Si.

Se levantaron y comenzaron a caminar alrededor del pequeño Quiosco.

—Hay mucha gente—comentó Rodrigo en voz baja.

—Si —respondió ella mirando a su alrededor.

Mientras seguían caminando, una muchacha se puso en frente de ellos deteniendo su paso.

—Buenas tardes, ¿les gustaría comprar trufas? Apoyo a mis padres con mis estudios vendiendo trufas. Están muy ricas, son de chocolate.

—¿Trufas? —preguntó Carolina ya que no sabía que eran.

—Son bolitas de galleta oreo —dijo la muchacha.

—¿Quieres probarlas? —preguntó Rodrigo a Carolina.

Ella respondió afirmativamente con la cabeza.

—Dame dos, por favor —dijo él.

La muchacha le entregó una servilleta a Rodrigo y otra a Carolina. Ellos tomaron una trufa cada quien. Rodrigo pagó.

—Muchas gracias —respondió la muchacha y se alejó.

Ambos sonrieron y comenzaron a caminar.

—Están muy buenas —dijo él mientras masticaba.

Carolina olió primero la bolita de galleta, el aroma era suave y delicioso, tanto que se le hizo agua la boca al momento de inhalar. Le dio un mordisco, el sabor del chocolate invadió su boca.

—Está bueno —dijo después de haber probado la primera trufa en su vida.

—Sí, yo me la terminé rápido —comentó Rodrigo limpiándose la boca con la servilleta.

Ella lo miró y sonrió. Siguió comiéndose su trufa mientras caminaban.

—Vamos ahora por abajo —ordenó Rodrigo.

Ella aceptó. Bajaron del zócalo y comenzaron a caminar a su alrededor.

—Sí, estuvo muy buena —comentó Carolina al probar el último bocado.

Él sonrió porque estaba de acuerdo.

—¡Ahí va la chica que las vende! ¿Quieres otra? —preguntó Carolina emocionada.

—Sí, si tú quieres —respondió Rodrigo mientras sonreía al mirar a su compañera como si fuera una pequeña niña emocionada.

Carolina corrió hacia la muchacha que vendía las trufas. Compró dos. Regresó de nuevo y le entregó una a Rodrigo. Caminaron por debajo del zócalo mientras disfrutaban su aperitivo.

—Ya las había probado en la secundaria. Cuando no tenía taller, me iba al taller de cocina, ahí mis compañeras me regalaban sus trufas, pero a veces sabían raro —dijo Rodrigo riendo.

—Las de esta chica están buenas y que suerte que para mi primera vez me hayan gustado.

Rodrigo cambió de dirección hacia la parroquia de la Santa Prisca. Ella no hizo nada, solo lo siguió.

—Sentémonos —dijo él.

—Está bien.

Se sentaron afuera de la iglesia, en los escalones de la entrada.

—¿quieres hacer algo? —preguntó ella al ver a su compañero distraído.

—No, solo hay que estar aquí —respondió él con la mirada hacia el frente.

Estuvieron sentados unos minutos sin decir alguna palabra.

Carolina miraba a su alrededor lo hermoso que era esa ciudad con sus luces rojizas por todas las calles, el aire fresco que corría hacia aún más acogedora aquella visita.

Los minutos pasaban y Carolina no podía seguir más callada.

—¿Qué te da miedo? —preguntó para hacer plática.

—¿Enserio quieres tener una plática así? —dijo él mostrándose indiferente.

—¿Cómo? —respondió Carolina al no entenderlo.

—No me gustan estas pláticas íntimas, donde tengo que hablar sobre mí —respondió Rodrigo muy serio.

Carolina no entendía el cambio de humor tan drástico que había tenido Rodrigo. No dijo nada, solo se quedó quieta mirando pasar a las personas. Él por su parte notó que había hecho mal al ponerse pesado, miró de reojo a Carolina, quería disculparse, solo no sabía cómo hacerlo.

—La otra noche salí con unos amigos—comenzó a hablar Rodrigo. Carolina lo volteo a ver—. Fuimos a un bar. Después cada quien se fue a su casa, yo lo acompañe a la suya porque ya iba muy tomado. Nos sentamos un rato en la banqueta antes de que él entrara a su casa.

Carolina prestaba toda atención, había notado un cambio en esa mirada que él tenía, ahora pasaba del suelo hacia el frente sin mirar un punto fijo.

—Me dijo que me estimaba mucho, que me admiraba como persona, solo por el hecho de que trabajo y sigo estudiando, comentó que me ve feliz sin importar lo que sucedió.

—¿Lo que sucedió? —preguntó Carolina.

—Sí, el accidente —él hizo una mueca de incomodidad—. Yo no quiero que me recuerden como el chico que no tiene padres. Quiero que la gente me recuerde por cosas que haga por mí mismo, cosas que no tengan nada que ver con mis papás. Ellos murieron y ya pasó, si quieren que supere eso, deberían de dejar de mencionarlos. Ni mis hermanas los mencionan, no entiendo porque la gente lo hace.

—Tal vez porque no es muy común eso —comentó Carolina con voz baja.

—Común... ¿Qué es común, eh? —ahora Rodrigo se mostraba molesto y triste a la vez.

—Lo común es crecer con tus padres, trabajar, tener familia y cuando tus papás estén ancianos, cuidarlos o visitarlos y en algún tiempo enterrarlos... Que ellos mueran antes que los hijos.

—Eso no es lo común —dijo secamente Rodrigo sin despegar su mirada de ese punto que ni él mismo sabía cuál era.

—No para alguien que pasó por algo más trágico, cómo perder a sus padres a una temprana edad— Carolina se mostraba triste por Rodrigo.

Él, la volteo a ver mientras ella miraba un farol del otro lado de la calle.

—Solo me gustaría que mis amigos me miraran por todo lo que hago. No que sientan lástima porque perdí a mis papás —susurró Rodrigo.

—Cuando te miro, no veo al chico sin padres. Veo a un joven que sus estudios se truncaron, pero consiguió un buen empleo y a pesar de eso, se motivó para seguir estudiando. Veo a un chico muy atento, amable y de buenos sentimientos.

—¿Buenos sentimientos? —preguntó él dudando tenerlos.

—Sí, lo que eres en tu interior, lo reflejas en tu exterior y hasta donde te conozco... Donde me has permitido conocerte, has sido muy amable, educado, caballeroso y todas esas cosas buenas que haces conmigo o por mí.

—Gracias, creo —susurró él bajando la mirada.

—Yo no siento lastima por ti, ni me acuerdo de lo “sucedido”, solo eres tú y nada más.

Ambos siguieron sentados, Rodrigo miraba hacia ningún punto fijo, Carolina miraba pasar a las personas, el cielo ya estaba oscuro debido a las densas nubes que había.

—Es tarde. Regresemos —ordenó Rodrigo.

Se pusieron de pie y emprendieron camino hacia la base taxis.

—¿Cuál es el taxi que sale? —preguntó él.

—Lo siento joven, ya no hay taxis —respondió un señor de gorra roja que estaba sentado anotando algo en una libreta.

Carolina notó que su compañero se había puesto nervioso.

—Vámonos en camión —sugirió ella.

—Vamos antes de que también allá no haya —dijo Rodrigo caminando en dirección a la central de autobuses.

Cruzaron la calle y entraron a la central. Para su suerte, había un camión que saldría en unos minutos.

Subieron y se sentaron a la mitad de los asientos, Rodrigo en la ventana y Carolina del lado del pasillo. El camión era viejo con asiento pequeños, pero no les importó, ya que era el único transporte que los podría regresar a su ciudad.

El camión rugió y comenzó el viaje.

—¿Tienes audífonos? —preguntó él.

—Creo que si —respondió Carolina.

Comenzó a buscar en su mochila. Al encontrarlos se los prestó.

—Te mostrare mi música.

Le pasó un audífono a Carolina y él se quedó otro. Comenzó una canción movida pero a la vez suave. Después siguieron canciones con un ritmo másailable. En el transcurso del viaje, Carolina miró a Rodrigo durante un tiempo hasta que él se percató.

—¿Qué? —preguntó él suavemente.

Ella sonrió.

—Nada —dijo susurrando.

Él se puso nervioso, y regresó su mirada hacia la ventana.

Capítulo VIII

Sentimientos

Al día siguiente, Carolina despertó muy temprano, bajó al escritorio de su papá para nuevamente leer su libro. Por un tiempo estuvo entretenida en su texto, después decidió buscar en internet la manera de publicar su libro. Visitó página tras página. Luego de un tiempo llegó a la conclusión de buscar contacto con editoriales reconocidas para tener la posibilidad de ser publicada.

Comenzó buscando correos a donde pudiera enviar su manuscrito. Se podía observar en su mirada la ilusión de ser aceptada.

Un mensaje distrajo su atención.

Rodrigo: iremos hoy a caminar?

Al leer se puso muy contenta. Una de sus actividades que más le agradaba era el poder ver a Rodrigo por las tardes.

Carolina: Si. A fuera de la farmacia 5:00pm.

Rodrigo: Ok.

Carolina: Ok

Continúo en su búsqueda un buen rato.

Después almorzó y subió a su habitación. Comenzó a escombrar todo, tendió su cama, su ropa sucia la colocó en un lugar para después lavarla. Su closet lo acomodó de forma que pudiera escoger más rápido la ropa. A lado de sus zapatos encontró una caja que hace unos pocos años guardó. Eran recuerdos que había escondido.

Sacó la caja, se sentó en la cama y comenzó a ver los recuerdos. Había varias fotos donde estaba con Alex, su antiguo novio, también un pequeño caracol hecho con una lata de refresco, varias cartas decoradas con plumones y al final una carpeta con su nombre grabado con arena de colores, dentro de esta, un dibujo de un gato plasmado a lápiz.

Las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro, el recuerdo de Alex estaba a flor de piel. Se recostó abrazando aquellos recuerdos que le provocaban dolor.

Estuvo triste un rato, pero después se puso de pie, fue al baño a darse una ducha. Mientras se bañaba pensaba en lo afortunada que era el estar saliendo con Rodrigo, no era un noviazgo como tal, pero mantenían una relación poco común en las personas.

Al salir del baño, se puso una ropa cómoda y una idea se le vino a la mente: Escribirle una carta a Rodrigo. Tomó una hoja de papel, un lapicero, marcadores de colores y comenzó a escribir.

Por la tarde, había llegado puntual al lugar donde acordaron.

Al ver a Rodrigo, su sonrisa se hizo presente.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

—Vamos.

Emprendieron camino hacia el bulevar.

—Comencemos —dijo Rodrigo comenzando a trotar.

Carolina siguió sus pasos.

No pararon hasta llegar al final del bulevar. Se tiraron al piso porque habían llegado muy cansados. Ella revisó su celular sacándolo de su pequeña mochila, se dio cuenta que llevaba la carta que le entregaría a Rodrigo, solo no estaba segura si era el momento adecuado para hacerlo.

Él comenzó a estirar su cuerpo. Carolina guardó el celular y comenzó a imitar a su compañero.

Después de un tiempo, él se puso de pie y comenzó a estirar. Ella estaba nerviosa, pues no sabía cómo él reaccionaría por la carta.

—Ya vámonos —ordenó Rodrigo.

Comenzaron a caminar de regreso.

Carolina estaba nerviosa, aun no le había entregado la carta y no estaba segura si era el momento.

—¿Estas bien? —preguntó él al ver a Carolina muy inquietante.

—Sí —respondió nerviosa.

Abrió su mochila mientras caminaban, sacó la carta, la miró.

—Toma, te traje algo —dijo mientras se ponía roja.

—Oh... Gracias — tomó la carta.

La miró por unos segundos y la guardó en su pantalón. Siguieron caminando unos metros más en silencio.

—¿Quieres que la lea ahorita? —preguntó él sacando de nuevo la carta.

—No, no es necesario, puedes leerla en tu casa.

—Ok —dijo Rodrigo guardando de nuevo la carta.

El camino de regreso fue en total silencio. Ella iba muy nerviosa por el obsequio que le había entregado.

Rodrigo notó que se había quedado en total silencio, así que decidió hablar para no incomodar a Carolina.

—Ya estoy de vacaciones.

—¿Enserio? Que bien —dijo ella sin mucho ánimo.

—Sí, aunque no me emociona mucho. Todos están trabajando, mis hermanas ocupadas y solo paso el tiempo en casa.

Carolina notaba que siempre la excluía de sus pláticas, englobaba a todos, menos a ella. Mientras que él solo lo hacía para no comprometerla, creía que siempre se quejaba y lo que menos quería, era que ella se sintiera responsable de eso.

—Deberías salir aunque sea unos días —comentó ella.

—Eso quiero. Me gustaría ir a otro estado o a otro país. Mientras estaré en mi casa. ¿Esperaras taxi? —preguntó él cuando llegaron al lugar donde se despedían.

—Sí —respondió ella.

Enseguida tomó taxi y se fue a su casa.

Rodrigo cruzó la carretera y se dirigió a su hogar. Mientras caminaba pensaba en la carta que su amiga le había entregado. La sacó de su pantalón junto con sus llaves para entrar a su casa.

—¿Tan rápido? —preguntó su hermana sentada en el sofá.

—¿Rápido? Si me tarde —dijo Rodrigo guardando la carta de nuevo en su pantalón.

—Solo bromeaba.

Rodrigo sonrió y se dirigió a su cuarto.

—¿Vas a cenar? —preguntó su hermana Esmeralda.

—No, Esme, hoy no tengo hambre —respondió tiernamente.

—Está bien.

Su hermana se giró para seguir cocinando.

Rodrigo se fue a su cuarto, después se dio un baño y se acostó.

Tomó la carta y la desdobló. Miró los detalles que Carolina había hecho con plumones, colocó también un dibujo de unos instrumentos de laboratorio y su nombre adornado con puntos y estrellas alrededor.

“Hi Friend

Ok, no escribiré en inglés, sería cansado.

Como puedes ver, mi ociosidad es grande =) pero también lo es mi imaginación.

Oye! Oye! Oye! Mañana (5 de abril) será 3 meses que sé de tu existencia y a pesar de que no hablas mucho, me caes bien... Tal vez por eso me caes bien, porque no hablas jeje

He notado tu seriedad conmigo... Quiero creer que aún no tienes suficiente confianza hacia mí y está bien, lo entiendo. Solo espero que un día me dejes entrar en tu vida.

Pasando a otro tema... Disculpa por actuar extrañamente. Recuerdo que me dijiste que tenía que ser yo misma y con honestidad puedo decirte que no sé quién soy. No creo ser mala persona, solo intento hacer lo correcto.

Comparto tu idea de salir a pasear a otro estado u otro país, pero por el momento no me es posible por los proyectos que tengo en mente, en año y medio o dos podré realizar esos viajes, claro si todo marcha como está establecido. Tengo fe que así será =) Creo que serías un buen compañero de viaje, ojala en ese entonces estés disponible.

Espero todo siga igual o mejor entre nosotros =D

Con Cariño tu amiga Carolina”

Después de leer la carta pensó en ella y todo lo que hacía por él, era obvio que buscaba algo más que una amistad, pero sabía que no podía dar algo más, por el simple hecho de que no estaba tranquilo, sentía melancolía por él mismo, sentía tristeza porque el tiempo estaba pasando y no había hecho las cosas que tenía planeado.

Siguió pensando hasta quedar dormido.

Sensaciones

En la mañana, Rodrigo estaba almorzando en su casa, se encontraba solo, su hermana mayor había ido a trabajar y la pequeña a la escuela.

—¿Bueno? —respondió Rodrigo.

—¡Qué onda! —dijeron del otro lado de la línea.

—¿Quién habla?

—Juan. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—¡Juan! Que milagro, ya no sabía nada de ti.

—Aquí andamos, Rodri.

—¿Dónde andas?

—Estoy en Acapulco estudiando.

—Órale, que bien.

—Deberías venir, el clima es perfecto.

—Gracias, Juan —dijo Rodrigo con la esperanza de que la invitación fuera real, estaba seguro que salir unos días le haría sentir mejor.

—Pide permiso en tu trabajo y vente unos días.

—jaja que coincidencia, porque estoy de vacaciones.

—Vente entonces —dijo su amigo muy entusiasmado.

—Está bien, ¿te parece el fin de semana?

—Sale. El fin de semana. Te espero ehh.

—Si, después nos ponemos bien de acuerdo.

—Está bien. Nos vemos porque ando algo ocupado y solo llame para saludar.

—Sale, y gracias.

Después de la llamada se puso muy contento ya que saldría de vacaciones como había querido.

Carolina: 5:00 pm?

Rodrigo: Si C=

Ella leyó el mensaje que contenía una carita sonriendo, supuso que él estaba de buen humor.

Se dieron las cinco de la tarde y como era costumbre, lo esperaba en el punto de reunión. Rodrigo caminaba hacia ella, su paso iba veloz pero conforme se acercaba se fue deteniendo. Recordó la carta que le había regalado una noche antes.

Carolina sonrió al verlo, pero él no respondió de la misma manera, se mostró serio. Esta vez no estaba esa sonrisa de lado que solía hacer. Ella rápidamente borró la sonrisa de su rostro, estaba segura que algo andaba mal.

—Vamos —dijo él.

A pesar de que había sido caballeroso como otras veces, su actitud era fría.

Caminaron al bulevar. No había plática, solo caminaban uno al lado de otro. Por una parte Carolina quería romper el hielo, pero por otra, no sabía si sería buena idea. Mientras que Rodrigo pensaba en todo lo que le hacía sentir mal con él mismo, esas sensaciones que no le permitían dejar entrar a Carolina.

Cuando ya venían de regreso, ella decidió que era tiempo de hablar.

—Vamos muy serios.

—Sí, yo voy bien —mintió él.

Ambos sabían que estaban en un ambiente tenso.

—Estoy segura que te sucede algo, está bien sino me quieres contar, solo espero lo puedas sacar con la persona que creas correcta—dijo un poco triste, pero segura de lo que estaba diciendo.

—No me pasa nada —comentó un poco molesto por la suposición que había hecho ella—. Solo estoy pensando cosas.

—¿Pensando cosas?

—Sí, y no te pienso decir —afirmó Rodrigo—. Siempre quieres saber todo, y aunque yo no quiera decirlo, terminas sabiéndolo.

—Está bien. No me digas, solo espero que lo saques antes de que te hagas daño.

—¿Daño? ¿Hacerme daño? —la voz de Rodrigo ahora estaba irritada.

—Sí, cuando te estresas, enfermas o te duele algo. Todo lo que sentimos, sean cosas buenas o malas, terminan afectando nuestra salud física para bien o mal.

—Solo estoy un poco triste, y no me gusta contarte este tipo de cosas —dijo Rodrigo resignándose a que tendría que decirselo.

—¿Por qué estas triste? —preguntó ella mostrándose indiferente por fuera para que Rodrigo no se sintiera incómodo, aunque por dentro estaba preocupada por él.

—Tengo veintidós años, estoy a punto de cumplir veintitrés.

—Tener veintitrés años no es motivo para estarlo —comentó ella.

—Lo es cuando tu vida se vuelve monótona. Solo trabajo, voy a mi casa, de ahí a las clases de inglés y luego contigo, no hay más.

—Bienvenido a la vida de adulto —dijo siendo sarcástica.

—Quisiera hacer más que eso, cosas que en un futuro cuente y sienta alegría y nostalgia de haberlo vivido.

—Ese tipo de vivencias no se planean, solo suceden— aseguró Carolina mientras seguían caminando—. Antes pensaba que mi etapa de la preparatoria había sido pésima, aburrida. Pero después cuando platico sobre eso, siento que valió la pena y de alguna manera fue divertida, aunque en su momento no lo sentí así... Tal vez en un futuro cuentes que solías caminar con una desconocida y que fuiste a Taxco y resultó ser una escritora, pero después notaste que te aburría salir con ella.

—No me aburres, a veces dices cosas que no entiendo pero me haces reír un poco. Y entiendo a qué te refieres, solo quisiera hacer más actividades para no estar triste.

—La mejor receta para superar la depresión es ocupar tu mente, mantenerte ocupado ayuda a distraerte y así la depresión va desapareciendo poco a poco. Te lo dice una experta.

—¿Tuviste depresión? —preguntó él mirándola con más interés.

—Algo así, pero no hablamos de mí, sino de ti —respondió evadiendo la pregunta para no tener que dar explicaciones.

—Hablamos de mí.

—Si. De ti —dijo ella.

—A veces quisiera ser niño. Tocar timbres y correr. Jugar. Esta vida de adulto apesta. Aunque tiene sus ventajas —comentó él.

—¿ventajas?

—Si —dijo muy seguro—. Puedes entrar a bares, no das explicaciones sobre qué haces o a dónde vas. Cosas así.

—Creo entender. Y con respecto a ser niño. Solo es cuestión de que así lo quieras. Él ser adulto no significa que te amargaras.

—No, Caro, no es lo mismo que un niño le juegue una broma a un adulto a que un adulto lo

haga a otro adulto.

—Es obvio que no, Rodrigo. No puedes ir y aventarle un globo con agua a un señor. Solo digo que los adultos tienen sus formas de divertirse.

—¿Cómo cuáles? —preguntó él retando el comentario que había hecho Carolina..

—Hemos platicado, hemos reído y hemos hecho más cosas divertidas ¿y me preguntas como cuáles? Conforme pasa el tiempo vamos creciendo, vamos pensando y actuando diferente, solo es cuestión de que nosotros queramos ver la vida de forma positiva.

—Para ti es fácil decirlo —susurró Rodrigo.

En su voz se notaba tristeza.

—¿Fácil? No, Rodrigo, nada es fácil en esta vida.

—No, no lo es y menos cuando pasas de tener dieciocho años a tener treinta.

Carolina escucho claramente las palabras. La pérdida de sus padres lo habían marcado de por vida.

—No te pierdes de mucho —dijo intentando animarlo.

—Yo no quería esto. Yo quería ir a la universidad en México, salir con mis amigos y tener vivencias que después podría contar como tú dices, sintiendo que fueron geniales años después de haberlas vivido.

—Tu mundo cambio por completo, ¿cierto? —preguntó bajando la mirada, sentía tristeza por cómo se expresaba su amigo.

—Todo cambio, después de que mis papás se fueron no sabíamos que hacer, no teníamos agua, comida, nada. Luego entré a trabajar en el hospital con la plaza de mi mamá, pero no era lo mismo. Yo era algo así como el hombre de la casa, teníamos que ver por mi hermanita. Afortunadamente ella es fuerte, lo tomó todo con calma y seguimos adelante.

—El tomar las cosas con calma no es ser fuerte, Rodrigo. Tenemos que sacar todo el dolor que sentimos.

—Lo sé, hay noches en las que pienso en ellos y me desahogo. Pero al otro día estoy como nuevo, como si nada hubiera pasado.

Carolina lo miró a los ojos.

El dolor se podía ver en la mirada de Rodrigo.

—Su ausencia no afecta mis actividades diarias.

Ella sonrió al ver lo fuerte que pretendía ser.

Llegaron al lugar donde solían despedirse. Carolina tomó taxi y Rodrigo caminó hacia su casa.

Cuando ella llegó, subió a su habitación para darse un baño. Después se acostó en su cama. Esa noche se sentía muy cansada.

Antes de dormir pensó en la plática que había mantenido con Rodrigo. Era obvio que el dolor estaba presente en él aunque no quisiera aceptarlo. La culpa invadió su cuerpo al pensar que tuvo la culpa por el accidente de sus papás. Giró hacia el buró que estaba alado de su cama, tomó la cadena que tenía el dije en forma de avión de papel y los recuerdos regresaron como flashes. El momento en que Alex, su antiguo novio, se acercaba para besarla, después la sensación de esa trágica noche cuando la camioneta volcaba por la carretera se hizo presente, luego ella tirada sobre el asfalto húmedo por la lluvia. Todo terminó cuando recordó el grito de la pequeña hermana de Rodrigo gritándole a su mamá.

Carolina terminó durmiendo con esos recuerdos.

Mientras Rodrigo, alistaba las batas que usaría cuando regresaría a trabajar. Después de terminar de acomodar todo, apago la luz y se acostó, alado de su cama estaba una pequeña lámpara, la encendió. Alado tenía una foto de sus papás, la observó y recordó todos esos

momentos que había vivido con ellos. La ausencia la sintió como un gran agujero en su pecho y un nudo en la garganta, no podía gritar porque sus hermanas lo escucharían. Se puso boca abajo y comenzó a llorar, los gritos eran absorbidos por la esponjosa almohada, sobre su pecho mantenía abrazada la foto de sus papás. Lloró por un rato hasta que el sueño le venció.

Más tarde en la madrugada, él despertó porque tenía sed. Fue a la cocina guiándose con la luz del celular, tomó agua. Cuando regresó se volvió a acostar, pero el sueño se le había ido. Encendió la lámpara, colocó de nuevo la foto en el buró. En ese momento recordó el libro que Carolina le había regalado. Abrió el cajón que estaba debajo de la foto y lo sacó. Leyó toda la madrugada, ya que era una lectura fácil, logró leer más de la mitad del libro.

Ideas

En la mañana Carolina despertó con los ojos hinchados porque había llorado. Bajó a la cocina a desayunar y después fue al escritorio de su papá. Abrió su correo electrónico.

Se llevó una gran sorpresa, su libro había sido aceptado por una editorial. La emoción la invadió inmediatamente.

—¡Wooo! —gritó de felicidad.

—¿Estas bien? —preguntó su papá entrando a la habitación.

—¡Papá, mi libro fue aceptado! —dijo muy contenta.

Se levantó de la silla y lo abrazó.

—¡Felicidades, hija!

—Gracias.

—Ahora échale ganas —dijo su mamá desde la entrada con una sonrisa en su rostro.

Carolina corrió hacia ella y la abrazó.

Tomó su celular y escribió un mensaje a Rodrigo.

Carolina: 5:00pm? Te tengo que contar algo C=

Rodrigo: Ok. Mismo lugar.

Más tarde se vieron en el lugar de siempre. Esta vez Rodrigo la recibió con esa sonrisa encantadora que tenía.

—Hoy no iremos a caminar. Mejor vamos a un lugar a platicar.

—Claro. ¿A dónde? —preguntó Rodrigo.

—¡Ya sé! Vamos al parque que esta alado del estadio.

—Vamos —aceptó.

Caminaron hacia el parque. Cuando llegaron buscaron un lugar para sentarse a platicar. Rodrigo escogió una banca que tenía alado un árbol que daba sombra.

—Bien. ¿Qué tienes que decirme? —preguntó él.

Carolina estaba a punto de hablar cuando Nicole, la chica que se le había insinuado a Rodrigo, pasó justo frente a ellos poniendo mala cara.

—¿Ahora qué le pasa? —preguntó ella sin saber el porqué de la expresión de Nicole.

—No sé, esa chica es muy rara —dijo Rodrigo mirando cómo se alejaba.

—¿Ya no te escribe?

—No. Creo se molestó porque le dije que me dejara de decir cosas.

—¿Cosas? —preguntó intrigada.

—Sí, hace días, no recuerdo cuando. Me escribió que me había visto y que me veía muy guapo. Le pedí de favor que dejara de decir eso, luego comenzó a preguntar cosas como en donde trabajo, le dije que me dejara de molestar porque no quería ser grosero con ella.

—Jajaja a lo mejor por eso esta así.

—Caro, que querías contarme—dijo Rodrigo para retomar la conversación que si tenía importancia.

—Deberás. Es sobre mi libro.

—¿Tú libro?... por cierto, estuve toda la noche leyendo.

Carolina se puso contenta. Así que decidió saber primero sobre la opinión de Rodrigo y al final contarle sobre la editorial que la había aceptado.

—¿Qué te pareció?

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó Rodrigo dudando en si iba ser grosero o no el ser directo.

Carolina afirmó moviendo la cabeza.

—Creo que estabas enamorada de Bruno —comentó él. Carolina borró enseguida la sonrisa que tenía—. Me refiero a que te expresas muy bien de él. Es casi perfecto para ti.

—Yo no, Miranda estaba enamorada de él —dijo Carolina intentando disimular su cambio de humor.

—Está bien. Miranda estaba enamorada de él. ¿Te puedo preguntar algo? —dijo Rodrigo.

—claro.

—¿Estabas enamorada cuando escribiste esa novela?

Carolina dudo en responder. Pero al final decidió contestar afirmando con la cabeza.

—Se nota —dijo Rodrigo.

—Espero algún día poderte contar bien sobre mí.

—¿sobre ti? —preguntó él desconcertado.

—Sí, hay cosas que no me gusta contar, cosas que me marcaron en el pasado. Intento no decirlas ni pensar en eso para poder vivir bien.

—Puedes decirlas ahora —la animó.

—No, después cuando sea el momento.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Rodrigo intrigado.

—No lo sé. Solo se dará. Recuerda que hay cosas que no se planean, solo suceden —respondió Carolina sonriendo.

En ese momento se le ocurrió una gran idea y la expresó directamente a su amigo.

—¡Vamos a la Ciudad de México!

Rodrigo se sorprendió al escucharla.

—Ehh... Sí, vamos. ¿Y tus papás, te darán permiso?

—Sí, ya soy adulta ¿recuerdas? —comentó Carolina.

—Está bien, vamos. ¿Cuándo?

—El fin de semana —ella respondió inmediatamente—. Este fin de semana.

—Este fin de semana no puedo, iré a Acapulco.

Carolina sintió tristeza porque él ya tenía planes y no la involucraban. Quería saber con quién iría, pero se tranquilizó. Él notó su cambio de actitud.

—Podemos ir el lunes —dijo para animarla de nuevo.

—Claro —ella respondió contenta, pero no tanto como lo había estado hace un momento—. ¿Cuándo regresas?

—El domingo en la noche, pienso irme el viernes por la tarde y regresar el domingo en la noche. Podemos ir por los boletos el domingo cuando llegue.

—Está bien, entonces el domingo los compramos y el lunes nos vamos.

—¿Irámos ida y vuelta? —preguntó él.

—No, vámonos el lunes y regresamos el miércoles— Carolina estaba emocionada.

—Está bien. Entonces el lunes vamos. Por cierto. ¿Tienes donde quedarte, allá?

—Sí —respondió Carolina pensando en Ximena que estaba estudiando en la ciudad de México.

—Ok. El lunes—dijo Rodrigo.

—Si. El lunes —respondió Carolina.

En ese momento ella sacó su celular para mandarle un mensaje a su amiga.

Carolina: Puedes darme posada el lunes? Iré con Rodrigo a México y me preguntó si tenía donde quedarme.

Ximena: Claro que sí!! Que emoción. Este fin iré, espero salgamos para que me mantengas al tanto.

Carolina: Sí. Ahorita estoy con él, nos vemos el fin. Y Gracias.

Ximena: C=

Rodrigo no dijo nada cuando Carolina reía por los mensajes que estaba enviando, decidió darle privacidad volteando al otro lado.

El tiempo se había ido muy rápido, Carolina ya no comentó sobre la editorial que la había aceptado, la ida a la ciudad de México era más emocionante.

—Deberíamos irnos, llegar temprano por primera vez—comentó Rodrigo.

—Claro.

Caminaron cada quien a su casa, aún había luz por las densas nubes que reflejaban los rayos del sol.

Al otro día a primer hora Carolina recibió una llamada de la editorial, platicó sobre los términos y condiciones de publicar su novela. Estaba muy emocionada, por fin su sueño de ser publicada se estaba volviendo realidad.

Rodrigo estaba contento porque ocuparía sus días de vacaciones. Saldría de su ciudad como él quería. La idea de ir con Carolina a México le agradaba, porque le daría oportunidad de conocerla mejor.

Mientras estaba solo en su casa. Puso música y comenzó a hacer su aseo, cantó, bailó, se divertía por lo emocionado que estaba.

Carolina: Hoy 5:00pm?

Rodrigo leyó el mensaje, pero esa tarde quería pasarla con sus hermanas saliendo a comer a algún restaurante.

Rodrigo: hoy no. Saldré con mis hermanas.

Carolina: Esta bien. Entonces nos vemos el domingo.

Ese día Carolina no hizo mucho, tomó un libro de la biblioteca de su papá y comenzó a leer. Esperaba recibir un mensaje de Rodrigo, pero él estaba ocupado con sus hermanas.

La noche llegó, ella estaba en su habitación acostada escuchando música, cuando de pronto le llegó un mensaje.

Rodrigo: Si, el domingo. Mañana estaré ocupado arreglando mis cosas porque me voy en la noche, así que tampoco creo poder salir.

Carolina: Esta bien. De todos modos nos vemos el domingo.

Rodrigo: sí. Nos vemos el domingo.

Carolina: buenas noches.

Al otro día volvió a ser un día aburrido para Carolina, pues estaba acostumbrada a salir por las tardes con Rodrigo. Siguió leyendo el libro que había empezado un día antes.

Ximena: Nos vemos mañana.

Carolina: Si, tenemos mucho que contar.

La salida con Ximena la emocionaba mucho. No hablaba con nadie más que con Rodrigo y el hablar con alguien más sobre él, le causaba una agradable sensación.

El sábado por la mañana Carolina despertó muy contenta porque vería a su amiga. Escogió la ropa que usaría.

Carolina: a dónde iremos?

Ximena: al café a donde salimos la última vez.

Carolina: Muy bien. 6:00pm

Ximena: 6:00pm

Carolina muy temprano se comenzó a cambiar, de vez en cuando la idea de que Rodrigo estaba en Acapulco con algún o alguna desconocida para ella le causaba celos, pero los calmaba pensando que visitarían México.

Cuando terminó de arreglarse, esperó a que diera la hora para que saliera y llegara justo a tiempo con su amiga. Mientras tanto entró al perfil de Rodrigo, comenzó a ver sus antiguas fotos. Rápidamente decidió llegar hasta la primera foto que había compartido. Eran fotos de cuando él iba en la preparatoria, era muy diferente, más gordito y la inocencia se veía en su rostro. Miró la fecha y comenzaba justo después de que había sucedido el accidente. Después miró las fotos en las que fue etiquetado semanas antes de que se conocieran. Había un chico que le había comentado, Rodrigo respondió el comentario y comenzaron una conversación en los comentarios, también habían entrado otras personas. Carolina pensó que sería grosero leer esa conversación, así que solo entró al perfil del chico del primer comentario. Se llamaba Juan, era de Acapulco y había posteado una foto de él junto con Rodrigo en un bar. Al ver a Juan, el amigo de Rodrigo se tranquilizó, parecía buen tipo.

Cuando llegó la hora, Carolina se dirigió al café donde se vería con Ximena. Su amiga ya la esperaba en una mesa.

—Hola —saludo Carolina.

Ximena se levantó de la mesa para darle un abrazo.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien —respondió Carolina tomando asiento.

—Así que irán a México ehh —comentó Ximena sonriéndole de forma picarona.

Se acercó el mesero para tomar la orden. Ambas pidieron un frappé oreo.

—Sí, yo le dije que fuéramos ¡¡y acepto!! ¡Acepto!

—Eso ya dice algo... A lo mejor si le gustas.

—No lo sé. Si me gusta pero sucede algo con él.

—¿Es malo? —preguntó Ximena preocupada.

—No. Sabes, me gusta estar con él, platicar, su silencia compañía es agradable, y tiene una sonrisa muy tierna pero seductora.

—Estás enamorada —dijo Ximena lamentándose y siendo sarcástica a la vez.

—Lo sé. Pero no diré nada, creó que él tiene que dar alguna señal.

—Amiga. Eso es el pasado. Los chicos ya no cortejan a las chicas. No estamos viviendo en el siglo veinte. Estamos en pleno siglo veintiuno. Las chicas pueden declararse a los chicos.

—¿Y si me dice que no? —preguntó Carolina muy nerviosa.

—No pasará nada, solo te pondrás triste por un rato y después seguirás con tu vida.

—Sin él.

—Al menos sabrá lo que sientes por él. Creo que es buena idea que una mujer tome la iniciativa y se le declare a un chico. La Ciudad de México es un buen lugar para hacerlo — Ximena animó a su amiga.

—Tal vez sí, pero solo quiero divertirme, distraerme —dijo Carolina no estando muy convencida de sus palabras.

—Todo estará bien, Caro... y les daré hospedaje a los dos.

—Gracias, Ximena. Eres una gran amiga.

—No agradezcas, solo quiero verte feliz. Ya sufriste mucho.

Las palabras pusieron seria a Carolina.

En ese momento llegó el mesero con el pedido. Lo colocó en la mesa y se retiró.

—¿Crees que pueda volver a ser feliz? —preguntó Carolina con un poco de tristeza en la voz.

—Serás muy feliz, sino es con Rodrigo, con alguien más. Tienes una buena vibra que atrae gente buena.

Carolina sonrió.

—Pero cuéntame, ¿Qué han hecho? ¿Dónde han ido? Quiero saberlo todo— Ximena estaba muy interesada en saber sobre su amiga y como todo iba marchando entre ella y Rodrigo.

—Solo vamos a correr al bulevar y hemos ido unas veces a Taxco. Él es muy divertido — comentó Carolina con un brillo en sus ojos cada vez que lo mencionaba.

—Imagino que han pasado buenos momentos —comentó Ximena sonriendo al ver a su amiga feliz— ¿y ahora donde esta?

—¿Rodrigo?... él fue unos días a Acapulco

Ximena puso cara de asombro.

—Se fue a Acapulco. ¿Sabes con quién? —preguntó intrigada.

—Sí, se fue con uno de sus amigos. Sin querer husmee su perfil y vi una foto que posteo su amigo ayer en la noche.

—Creí que se había ido con alguna tipa —comentó Ximena.

—No, no creo que él sea así— lo defendió.

—Volviendo a su visita a México. Me mandas mensaje cuando estés allá.

—Sí, Ximena. Supongo que eso será en la noche. De todos modos yo te mando mensaje por cualquier cosa.

—Sí, estaré disponible en mi cel.

La noche ya estaba presente, así que pagaron la cuenta y salieron del lugar.

—Me gustó verte Ximena, y el lunes nos vemos de nuevo.

—Si amiga. Cuando gustes yo estaré ahí.

—Muchas gracias. Nos vemos —Carolina se despidió de un abrazo.

Ximena lo recibió. Después cada quien tomó camino a su casa.

Capítulo IX

CDMX

En la mañana Carolina estaba emocionada porque esa noche vería a Rodrigo.

Carolina: Mas tarde iremos por los boletos :)

Rodrigo: vamos temprano.

Carolina se sorprendió al leer el mensaje.

Carolina: A qué hora llegas?

Rodrigo: Ya estoy aquí

Ella se emocionó bastante.

Carolina: Entonces vamos a las 5:00pm por los boletos.

Rodrigo: Ok. Mismo lugar.

Carolina: Ok

Como era costumbre, ella lo estaba esperando. Rodrigo la saludo con esa sonrisa encantadora que siempre mostraba.

—¿Vamos a los autobuses de la estrella de oro? —preguntó ella caminando hacia la central.

—¡No! —mejor vámonos en los autobuses de la estrella blanca.

Carolina notó enseguida que él no quería usar la línea de autobuses que había sugerido.

—Está bien. Vamos.

Caminaron con rumbo a la central de autobuses.

—¿Cómo te fue en Acapulco? —preguntó para hacer platica.

—Bien—respondió Rodrigo secamente.

Ella no insistió más sobre el tema, era obvio que no quería hablar sobre eso. Solo siguió caminando.

—Espera, voy a comprar —dijo Rodrigo alejándose del camino—. Vamos acompañame.

Carolina de inmediato lo siguió. Caminaron hacia un señor que estaba vendiendo frituras secas con chile. Pagaron y continuaron caminando.

—¿Quieres? —le ofreció a Carolina estirando el plato.

—No, gracias.

Ella notó la forma veloz en la que su amigo comía.

—¿Tienes hambre, verdad?

—Si jeje es que no comí —respondió él con el bocado aun.

Cuando llegaron a la central, se dirigieron a la taquilla.

—Tú pregunta —sugirió Rodrigo.

—Buenas tardes. Me da dos boletos para mañana a la ciudad de México. Por favor.

—Tengo a las cinco de la mañana y seis cincuenta —dijo la señorita de la taquilla.

Carolina volteó a ver a Rodrigo.

—seis cincuenta —dijo él.

—Seis cincuenta, está bien —secundó Carolina.

La señorita capturó los datos en la computadora.

—¿Qué asientos van a tomar?

Carolina observó nuevamente a Rodrigo. Él solo le sonrió, así que regresó a ver a la señorita.

—veintisiete y veintiocho —dijo Carolina.

—Yo quería escoger el mío —comentó Rodrigo riendo.

Ella le soltó una mirada de lastima.

—Ciudad de México, seis cincuenta de la mañana. Son quinientos sesenta —dijo la señorita de la taquilla señalando la fecha y hora de la salía.

—¿Quinientos sesenta? —preguntó Rodrigo asombrado.

—Es servicio diamante —dijo rápidamente la señorita.

—Oh... Está bien.

—No traigo cambio. Yo pago el de ida y tú de regreso. ¿Te parece? —preguntó Carolina.

—Sí—Rodrigo respondió inmediatamente.

Ella pagó y recibió los boletos.

Salieron de la central de autobuses y regresaron al centro de la ciudad.

—Tengo que sacar dinero —comentó Rodrigo.

—Está bien. Yo me iré a mi casa a arreglar mis cosas.

—Nos vemos mañana —se despidió él.

—Adiós —dijo Carolina y se dirigió a su casa.

Cuando llegó, subió a su habitación para arreglar las cosas que llevaría. En una mochila colocó ropa para dos días, luego fue al baño por su cepillo de dientes.

—¿Vas a salir? —preguntó su mamá asomándose en la habitación.

—Sí. Ximena me invitó a México— mintió.

—Ohh... Debiste pedirnos permiso.

—Estaré bien, mamá —comentó cerrando la mochila.

—¿Te vas temprano?

—Sí. Ximena me esperara en la central.

—Cúidate —dijo su mamá y se retiró.

Carolina se acostó un rato en la cama con los brazos cruzados en el rostro. Sus pensamientos se hicieron presentes, le hacían recordar a Rodrigo. Su hermosa sonrisa, sus pequeños ojos negros y esa nariz perfecta eran las facciones que más le agradaban. Después de un rato los pensamientos se convirtieron en destellos de lamentos al recordar el trágico accidente que habían tenido años atrás. Giró hacia su buro de cama, tomó la cajita que estaba y sacó el collar en forma de avión. Se lo colocó.

Luego bajó a cenar para después volver a subir a su habitación, se dio un baño y se acostó a dormir.

La alarma sonó a las seis de la mañana. Se levantó en seguida para cambiarse de ropa y llegar a tiempo a la central de autobuses. Se tardó solo unos minutos.

—¿Estas lista? —preguntó su papá tocando la puerta de la habitación.

—Sí, enseguida bajo —respondió ella sorprendida de que la llevaría.

Tomó sus cosas y partieron hacia la central.

Carolina: ¿Listo?

Rodrigo: ¡NO! ME Dormí!!

Carolina: ¡¿Cómo?!

Rodrigo: jajaja es broma. Ya voy.

Ella sonrió al notar por medio de los mensajes que su amigo estaba contento.

—Gracias papá —se despidió bajando del coche.

—Cúidate, hija.

Al entrar a la central miró a su alrededor para buscar a Rodrigo. No lo veía por ningún lugar. De pronto alguien la tomó por los hombros.

Era él.

—Llegas tarde —dijo ella dándose vuelta.

—En teoría porque aún estoy a tiempo.

“Ciudad de México, seis cincuenta de la mañana”, escucharon la llamada para abordar su autobús.

Caminaron hacia la entrada para subir al autobús. Carolina por delante y Rodrigo detrás de ella. Entregaron sus boletos, les entregaron un refrigerio y subieron.

—Woo... Diamante —dijo Rodrigo sorprendido al ver el lujoso autobús.

—Así es, servicio Diamante —comentó ella mientras buscaba sus asientos.

—Pido la ventana —comentó él.

—Aquí están.

Dejó que Rodrigo fuera de lado de la ventana luego de haber subido sus mochilas en el maletero que estaba arriba de los asientos.

Enseguida Rodrigo se puso a explorar la pantalla que tenía en frente y los botones que estaban aún lado de su asiento.

—Es genial este autobús —comentaba mientras seguía observando todo.

Carolina sonrió al verlo, parecía un pequeño niño con un juguete nuevo.

El autobús se puso en marcha.

—¿Qué haremos llegando? —preguntó Rodrigo.

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer?

—Vamos a algún lugar.

—Teotihuacán —dijo Carolina rápidamente.

—¿Sabes llegar?

—No, pero podemos preguntar.

—¿Segura? —Rodrigo dudaba.

—Sí, una vez escuche a un maestro decir: Solo los tontos se pierden en México, Mientras sepas leer, no te vas a perder.

—Es cierto —afirmó él. Cruzó los brazos y se recostó en su asiento para dormir.

Carolina por su parte sacó sus audífonos para escuchar música, cerró sus ojos y se durmió.

Cuando ella despertó, miró hacia la ventana. Vio girar hacia ella el hermoso rostro de Rodrigo que tenía de fondo un bellissimo amanecer.

—Buenos días —dijo él sonriendo.

—Buenos días —respondió ella quitándose los audífonos.

Se talló los ojos para despertar completamente.

—¿Ya llegamos?

—Aun no, estamos en la entrada —dijo Rodrigo mientras sacaba su refrigerio para comerlo.

Cuando el autobús se estacionó en la central, Ambos podían sentir esa emoción de estar en otra ciudad donde cualquier cosa podría suceder. Caminaron hacia la salida.

—Disculpe señor, ¿nos podría decir cómo llegar a Teotihuacán? —Carolina preguntó a un oficial que estaba haciendo guardia en la entrada.

—Claro, tomas la línea de taxqueña hasta Hidalgo, de ahí transbordas hasta pino Suarez. En la entrada están unos autobuses que te llevan hasta allá.

—Ok. Taxqueña, Hidalgo, Pino Suarez —dijo Carolina para no olvidarlo—. Gracias señor.

Caminaron hacia el metro de Taxqueña que se encontraba aun lado de la central de autobuses. Se dirigieron a la taquilla y compraron sus boletos, luego fueron donde abordarían el tren.

—Ahorita vamos a Hidalgo, ¿cierto? —preguntó Rodrigo.

—Sí, de ahí a pino Suarez.

En ese momento llegó el tren, la multitud comenzó a entrar empujando a Rodrigo hacia el vagón y dejando a fuera a Carolina. Las puertas no tardaron en cerrarse, el tren partió. Carolina se quedó inmóvil viendo a Rodrigo adentro. Comenzó a sentir que su corazón latía demasiado rápido al pensar que podrían extraviarse en una ciudad muy grande. Se calmó rápido y pensó una solución: “Tomar el siguiente tren y bajar en Hidalgo” estaba segura que él estaría esperándola.

Así fue, Carolina subió en el siguiente tren y al bajar, Rodrigo estaba recargado en la pared. Al verla le sonrió, ella comenzó a reírse en grandes carcajadas, él le secundó.

—Bien, ahora busquemos Pino Suarez —dijo Rodrigo mirando los letreros que estaban colgados del techo.

—Es por allá— Carolina comentó siguiendo las indicaciones que había leído en un mapa de pared.

Esperaron a que el tren llegara para abordar.

Esta vez ambos subieron a la vez para no repetir el incidente anterior. Había un asiento vacío, así que Rodrigo se lo ofreció.

—¿Creíste que te iba a dejar? —preguntó mientras se sostenía de la barra frente a Carolina.

—No, enseguida supuse que me esperarías en Hidalgo.

—Hubieras visto tu cara de miedo, fue graciosa—dijo riendo.

Carolina se puso roja y bajó la mirada.

Al llegar a Pino Suarez, salieron y vieron formados varios autobuses que tenían letreros con sus direcciones. Subieron al que los llevaría a Teotihuacán. No tardó mucho en llenarse, así que enseguida se pusieron en marcha a la zona arqueológica.

Cuando llegaron se dirigieron a la entrada a pagar en la taquilla. Después siguieron caminando por el estacionamiento.

—Compremos agua para no regresar después —sugirió Rodrigo.

Carolina aceptó.

Cada quien compró su botella.

Caminaron por corredor, a los lados había tiendas que vendían productos artesanales, ropa de manta y sombreros de palma.

—¿Ya viste? Todos llevan sombreros —comentó ella mirando a una familia que se probaba los sombreros.

—¿Quieres uno, verdad? —preguntó Rodrigo.

Carolina sonrió apenada.

En ese instante se dirigió a una tienda, ella lo siguió. Él había comprado dos sombreros, le entregó uno a Carolina.

—Te ves bien con sombrero —comentó ella.

—Me siento raro —dijo él.

Entraron a lo que era la zona arqueológica, subieron unos escalones, en frente podían ver terreno plano y al fondo una pirámide.

—Sigamos caminando derecho —ordenó Carolina.

Caminaron por el terreno plano. La tierra ahí se sentía suave al pisarla. En algunas partes del lugar había restricciones para el público, porque estaban haciendo estudios sobre el lugar.

—¿Ya viste? —dijo Carolina señalando unos hoyos que parecieran no tener fin en el suelo blando.

—Que extraños agujeros.

—A lo mejor estamos sobre alguna estructura que aún no han desenterrado —comentó ella sonriendo ansiosamente.

—¿Crees? —el comentario que había hecho su amiga lo había puesto nervioso.

—Sí, o son túneles secretos.

—Basta ya —se quejó Rodrigo mientras se ponía nervioso.

Ella rio.

—Esta es la pirámide de la serpiente emplumada—decía un guía de turistas.

Rodrigo prestó atención a la voz del guía.

—La serpiente emplumada —susurró Carolina frente a los escalones de la pirámide.

—Si... Andando —dijo Rodrigo mientras daba el primer paso hacia la pirámide.

Ella lo siguió.

Llegaron a la cima, pero tenían que bajar de nuevo, los escalones que habían subido eran como una fortaleza hacia la verdadera pirámide. Bajaron un poco por los delgados y muy verticales escalones. Se sentaron un rato para descansar.

Futuro

Después regresaron para dirigirse sobre la avenida de los muertos, era un largo camino que te dirigía hacia la pirámide del sol y la pirámide de la luna.

—Aún recuerdo cuando vine con mis compañeros de secundaria —comentó Rodrigo.

—Yo igual visite el lugar con mis compañeros.

—Fue muy divertido, vinimos en grupito y nos subimos en esas pirámides— Rodrigo señaló las pequeñas pirámides que estaban colocadas a la orilla del camino.

—Debió haber sido divertido.

—Lo fue, Caro. Y enserio extraño esos momentos.

—Tal vez deberías de enfocarte en tu presente. Digo, ya estamos aquí, hay que divertirnos.

—No es lo mismo.

Las palabras de Rodrigo eran muy negativas, tanto que incomodaron a Carolina.

Siguieron caminando hasta llegar a un puente. Rodrigo decidió sentarse un rato bajo la sombra de un árbol.

—De aquel lado está el museo. ¿Quieres ir? —preguntó ella.

—Sí, solo hay que descansar un rato.

Carolina miró a su alrededor mientras él descansaba. Notó lo abrazador que era el sol esa tarde.

Después de descansar, desviaron su camino de la avenida de los muertos hacia un costado para dirigirse al museo. El camino estaba rodeado de árboles. En ese momento un silencio reinó el lugar.

—Sabes Rodrigo, quisiera poder hacer muchas cosas por las personas. Tener un trabajo en el cual pueda ayudar a los demás.

—En cualquier trabajo haces algo por los demás, en mi trabajo ayudo a las personas, digo, es un hospital, eso se hace ahí, ayudar —comentó él mientras caminaban.

—Me refiero a que quisiera estar cerca de las personas, mostrarles quien soy y ayudarlos con lo que se hacer. No encerrarme en alguna oficina todos los días y tener de vez en cuando vacaciones.

—Oye ya quisieran muchos tener un trabajo como el mío, con prestaciones y vacaciones pagadas —comentó Rodrigo a la defensiva.

—No me refiero a tu trabajo. Es bueno y si, muchas personas quisieran un trabajo así —dijo para no hacerlo enojar.

Él se limitó a seguir caminando. No entendía el punto al cual Carolina quería llegar.

—Solo quiero escribir y estar cerca de las personas.

—Entonces esfuérzate para lograrlo— finalizó Rodrigo.

Caminaron unos metros más en silencio.

—Mi libro fue aceptado por una editorial.

Rodrigo la volteo a ver. Sonrió de felicidad por ella.

—¡Felicidades!

—Gracias—sonrió ella.

—Eso es genial, que cumplas tus sueños —comentó él con una sonrisa en el rostro.

—Sí, lo sé. Es una editorial de aquí de la ciudad de México y ha puesto fe en mi libro.

En ese momento la sonrisa de Rodrigo se vino abajo.

—¿Te mudarás? —su voz sonó triste.

—No lo sé —respondió Carolina.

—Si te va bien con tu libro y te pidieran mudarte aquí o a otro país, ¿lo harías?

Carolina repitió la pregunta en su mente, notó la voz triste que había usado Rodrigo.

—No. No te vayas —dijo Rodrigo en voz baja.

Sus pequeños ojos negros emanaban tristeza.

—No, no lo hare —respondió Carolina ante la tristeza que notaba en él—. Me gusta nuestra ciudad, tal vez no sea necesario la mudanza.

Él no comentó, solo siguió caminando.

Al llegar al museo, entraron y observaron las piezas antiguas que exhibían, luego pasaron a un cuarto donde estaba la maqueta de toda la ciudad de Teotihuacán, los visitantes tenían que pasar sobre un puente de cristal que se mantenía sobre la maqueta.

Al salir caminaron hacia un jardín que se encontraba a un costado del museo.

—¿Nos puedes tomar una foto? —preguntó una señora que iba de visita con su familia.

Rodrigo se levantó y tomó la foto.

—Gracias —dijo la señora y se retiró junto con su familia.

—¿Ahora hacia dónde vamos? —preguntó él mientras observaba a la familia irse.

—Vamos a subir a la pirámide del sol. Ven, vamos por aquí.

Carolina se levantó muy emocionada y caminó hacia su izquierda

—Por ahí no, está prohibido —comentó él.

—Las reglas están para desobedecerse —dijo girándose hacia Rodrigo—. Ve ahí van personas, no es peligroso y tampoco prohibido. Vamos.

No le quedó más que seguirla.

Caminaron hasta salir por la parte trasera de la pirámide del sol. Después siguieron su camino por un costado de la pirámide.

—¿Por qué siempre tienes que hacer esto? —preguntó molesto.

—¿Qué?

Carolina no sabía de qué hablaba.

—Esto, hacer cosas que no debes o debemos y siempre termino haciéndote caso— su voz sonaba molesta.

—Bien, entonces regrésate y da la vuelta —respondió Carolina de golpe, también se había molestado por la actitud de Rodrigo.

Ella se adelantó un poco.

Él notó que había hecho mal en haberse enojado, por entro sentía una confusión, estaba seguro que le gustaba Carolina, pero no podría corresponderle porque no estaba del todo tranquilo consigo mismo, también se percató de su actitud, si seguida de esa forma terminaría alejándola.

Se adelantó, se plantó en frente de ella y la tomó por los hombros, sus miradas se unieron. Acercó su rostro al de Carolina.

—No puedo hacer esto —susurró segundos antes de besarla.

—Nadie te está obligando —dijo ella en voz baja.

Por unos segundos se quedaron en esa posición. Después se alejó y siguió caminando dejando atrás a Carolina.

—Sabes... Ese es tu problema— ahora Carolina hablaba en voz alta para que la escuchara— No sabes lo que quieres y vives con el miedo a que dirán de ti. Déjame decirte que eso no importa, no importa lo que las personas opinen sobre ti, mientras seas firme respecto a lo que quieres y sepas vivir feliz con tus decisiones, lo demás está de sobra. Se lo mucho que quieres a

tus hermanas, pero no debes dejar de lado tu vida... No eres el hombre de la casa, eres su hermano. Y ellas estarán felices por ti.

Rodrigo se detuvo. Su mirada se clavó en Carolina, se acercó lentamente.

—Solo vive tu vida. Se feliz con lo que tienes —susurró ella mientras lo veía acercarse. Las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—Son muchas cosas que no sabes —susurró Rodrigo mientras la abrazaba.

—Entonces dime.

—No, a su tiempo las iras sabiendo.

Siguieron su camino hasta llegar al frente de la pirámide del sol.

—Comencemos —dijo Rodrigo iniciando a subir los escalones.

Carolina lo siguió por detrás.

Mientras subían, veían a varias personas que venían de regreso. Ese día había muchos turistas en el lugar.

—¿ya te cansaste? —preguntó Rodrigo.

—No. ¿y tú?.

Él negó con la cabeza.

Ya les faltaba poco para llegar a la cima.

—¡Por fin! —dijo Carolina mientras se sentaba en el último escalón.

—Listo.

Rodrigo se acomodó a un lado.

Después siguieron subiendo hasta la punta de la pirámide. Era difícil caminar por las piedras que sobresalían de la superficie.

Estuvieron arriba observando el paisaje por un rato hasta que decidieron bajar y dirigirse a la pirámide de la luna.

Antes de subir miraron algunos recuerdos que vendían. Había hachas hechas de piedra y barro, esculturas, incluso vendían cristales oscuros para poder ver el sol directamente.

Cuando subieron a la pirámide de la Luna, se llevaron la sorpresa de que solo podían subir hasta la mitad, ya que el resto había sido cerrado al público.

Después cuando bajaron se dirigieron a la salida. Antes de salir vieron los puestos que vendían artesanías. Luego se dirigieron al estacionamiento que estaba en la entrada del lugar.

—Sentémonos por aquí —sugirió Rodrigo mientras se acomodaba en una piedra debajo de la sombra de un árbol.

Carolina se sentó a un lado.

—¿No está tan grande Teotihuacán, o sí? —preguntó ella.

—Solo las pirámides están algo retiradas una de otra.

—Sí... algo.

Pasaron otros minutos y se pusieron de pie para salir del lugar.

Regreso

Ya en la entrada de Teotihuacán, esperaron a que pasara el autobús que los llevaría de regreso a la ciudad de México.

—Mira ahí venden raspados, deberíamos comprar—sugirió Carolina acercándose al puesto.

—¿De qué sabor tiene? —preguntó Rodrigo.

El señor que estaba despachando habló demasiado rápido y no se le entendieron los sabores que mencionó, así que ordenaron de lo que pudieron ver.

—Yo quiero uno de limón—ordenó Carolina.

—Yo uno de grosella —pidió Rodrigo.

Al tomar su raspado vieron que el autobús había llegado, caminaron y subieron. Tomaron asiento.

Durante el regreso, ambos se quedaron dormidos hasta que llegaron en la central norte.

—Ya llegamos —dijo Rodrigo.

Carolina se talló los ojos.

Al bajar, caminaron hacia la entrada.

—¿Ahora? —preguntó ella mirando a los lados.

—No sé, debe haber una parada o algo por aquí cerca.

Rodrigo no tenía ni idea de cómo regresarían al centro de la ciudad.

—No nos alarmemos. Caminemos y preguntamos —sugirió ella.

Caminaron hacia su derecha en espera de encontrar a alguien para poder preguntar.

Siguieron caminando pero no preguntaban, Carolina esperaba ver alguna entrada al metro.

—Preguntemos de una vez, ya caminamos mucho —comentó Rodrigo poniéndose nervioso.

—Sí, ahorita.

Carolina iba por delante tomando valor para preguntar.

Por suerte más adelante estaba una señora vendiendo dulces en plena calle.

—Buenas tardes, señora— la señora respondió con una sonrisa—. ¿De casualidad sabrá cómo podemos llegar al centro?

—Claro que sí. Caminen hacia la central y justo en frente está la parada del trolebús, ese los llevara a Bellas Artes.

—Gracias —dijo Carolina.

Dieron media vuelta y regresaron hacia la central.

Ambos comenzaron a reírse porque habían caminado a lo tonto. Cuando llegaron a la central, vieron que en frente estaba el trolebús.

—¿Cuánto cuesta el pasaje? —preguntó Carolina al subir.

—Hoy no se cobra, es gratis —respondió el chofer.

Rodrigo se asombró al escuchar.

Tomaron asiento cerca de la puerta para poder ver cuando estén cerca de Bellas Artes y pedir la parada.

El trolebús se puso en marcha y ellos esperaron para bajar.

El tiempo que llevaban dentro del transporte se les había hecho eterno, llegaron a pensar que habían pasado la parada.

—Disculpe. ¿Falta mucho para llegar a Bellas Artes? —preguntó Carolina al chofer.

—No, solo algunas paradas. Si quieren yo les aviso cuando lleguemos.

—Gracias.

Siguieron esperando a que el chofer les indicara donde debían bajar.

Cuando llegó el momento. Bajaron una calle antes y se dirigieron al palacio de Bellas Artes.

—¿Vamos a comer? —preguntó Rodrigo.

Carolina acepto moviendo la cabeza.

—¿A dónde quieres ir?

—La verdad no sé, nunca he comido por estos lugares—comentó ella mirando a su alrededor.

—Vamos a Vips —dijo Rodrigo muy contento.

—Está bien vamos.

Caminaron con dirección hacia el zócalo.

—Por aquí es —comentó Rodrigo mientras miraba a su alrededor.

Carolina lo iba siguiendo.

—llegamos. Sabía que era por aquí.

Entraron al lugar, los recibió un mesero para llevarlos a su mesa.

Les entregaron el menú, Rodrigo no sabía que iba a ordenar, Carolina quería una hamburguesa.

Después de un rato, ambos pidieron su comida.

—Me cansé en Teotihuacán pero me recupere en lo que llegamos a la central norte —comentó Carolina.

—Sí, yo igual, aunque desperté primero que tú. Duermes raro.

Carolina se apenó.

Llegó el mesero con la comida.

Enseguida comenzaron a comer.

—¿A dónde iremos después? —preguntó Carolina mientras sostenía su hamburguesa.

—Quiero ir al museo de Ripley, pero creo que es tarde para eso.

—Podemos ir al cine a ver una película en 4DX o en IMAX—sugirió ella.

—Vamos a Bellas Artes, nunca he ido a algún evento de ahí.

Carolina afirmó moviendo la cabeza porque tenía comida en la boca.

—Mañana vamos a Six Falgs—dijo ella después de comer.

—Sí, podemos estar ahí todo el día.

Ella sonrió porque le agradaba la idea.

Siguieron comiendo en silencio.

—¿Te has percatado que preguntas mucho? —preguntó Rodrigo con una leve sonrisa en el rostro.

Ella levantó la mirada y sonrió.

—¿Te das cuenta o es involuntariamente? —él esperaba no ser grosero.

—No lo sé. Solo pregunto y ya. ¿Está mal?

—No, solo que lo haces muy seguido— las palabras de Rodrigo estaban siendo suaves—. A veces pienso que soy un poco misterioso para ti y por eso lo haces.

—Puede ser —dijo Carolina sonriendo—. De hecho se mas cosas sobre ti.

Rodrigo prestó más atención.

—¿Qué sabes? —preguntó intentando no irritarse.

—Olvídalo. Te vas a molestar —dijo ella mirando sus negros y pequeños ojos.

—No, dime —insistió él con una sonrisa fingida.

—No.

—dime, sino me molestare porque no me dijiste.

—Te molestas por todo —comentó ella sin despegarle la mirada.

—Anda dime —volvió el a insistir.

Carolina pensó que debía ser sincera con él, ya que eso sería hacer lo correcto.

—Bien, conste que no te vas a molestar. Sé con quién fuiste a Acapulco.

Rodrigo se quedó serio e intentó sonreír pero se le dificultaba.

—¿Con quién? —preguntó ahora con la mirada fría.

—Ves, te enojaste.

—No, dime con quien fui.

—Con tu amigo Juan —dijo ella.

Él se quedó serio, su mirada estaba fría.

—Ahora regreso, voy al baño.

Rodrigo se puso de pie y se retiró.

Ella estaba segura que se había enojado. Aun no terminaba su hamburguesa y el hambre se le había ido.

Estuvo unos minutos esperando a que Rodrigo regresara del baño. Decidió que era momento de decir toda la verdad con respecto al accidente que ambos habían sufrido. Debajo de su blusa llevaba la cadena en forma de avión que Alex le había regalado, la sacó para que Rodrigo la mirara.

—¿Terminaste? —preguntó Rodrigo aun molesto sentándose en la mesa, levantó la mirada hacia ella y notó el collar con el dije en forma de avión de papel con un ala doblada que colgaba de su cuello.

Un escalofrió recorrió su cuerpo.

—¿de dónde sacaste eso? —preguntó señalando lentamente el dije.

Los nervios se apoderaron de ella.

—Es mío —respondió con la voz temblorosa.

Él se acercó, tomó el dije con el ala doblada en su mano, lo giró y atrás vio las letras grabas “A&C”

El recuerdo llegó de golpe, cuando estaba en el hospital y la enfermera le mostró aquel collar con el ala doblada y las letras grabas detrás.

—Tú...

No terminó la oración, su voz se cortó.

—Yo estuve en el mismo accidente.

Los ojos de ambos se llenaron de lágrimas.

Rodrigo se sentó a tomar aire.

—Vámonos.

Levantó la mano para llamar al mesero. Se limpió los ojos. Pidió la cuenta y se dirigieron a la entrada a pagar.

Cada quien pagó su comida.

Al salir caminaron con rumbo a Bellas Artes.

Había mucha gente transitando por ese lugar. Ambos iban serios ahora que sabían la verdad.

—¿A qué hora vendrá tu amiga? —la voz de Rodrigo se notaba seria.

—Cuando yo le llame —respondió con una triste voz.

—Márcale, dile que te vea en Bellas Artes—Ordenó.

Se detuvieron a un lado de la Torre Latinoamericana mientras el semáforo estaba en rojo.

—Me hospedare en un hotel —comentó Rodrigo justo cuando el semáforo se cambió a verde.

La multitud comenzó a cruzar la calle.

—Ok —dijo Carolina.

Lo volteo a ver con tristeza en sus ojos.

Él dio media vuelta y caminó en sentido contrario.

Carolina se quedó de pie sin moverse, solo miraba como Rodrigo se alejaba y se perdía entre la gente.

Pasó un breve momento hasta que ya no lo pudo ver. Giró y espero a que el semáforo se cambiara de verde de nuevo.

Cruzo la calle y se fue a Bellas Artes. Tomó asiento en una jardinera.

Sacó su celular y le marcó a su amiga.

—¿Ximena?

—Hola —respondió su amiga del otro lado de la línea.

—¿Puedes venir por mí?

—Claro. ¿Pasa algo? —preguntó al notar una voz triste.

—Sí, él se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Ven por mí, estoy en Bellas Artes.

—Voy para allá. Tardare como una hora.

—Está bien. Te espero.

Carolina espero a que llegara su amiga.

Al verla le dio un abrazo e intentó no llorar.

Ximena la llevó a su departamento. La presentó a sus compañeras de cuarto para después sentarse en la sala y platicar sobre lo sucedido.

Carolina le contó todo lo que había pasado, incluso de comentó lo del accidente.

—¿Porque no le marcas? —sugirió Ximena.

—No lo sé.

—Hazlo a ver qué pasa.

Carolina tomó su celular y le marcó. Pero Rodrigo nunca respondió.

—Creo que es todo —dijo con débil voz.

—Estarás bien, amiga.

Más tarde mientras Carolina se acomodaba para dormir, entro al perfil de Rodrigo, pero se llevó una gran sorpresa, él la había bloqueado. No dijo nada, solo se limitó a dormir.

En la mañana Carolina acomodo sus cosas para regresar a su ciudad. Ximena no le dijo nada, la acompaño a la central de autobuses.

Estaban esperando a que saliera su autobús cuando Carolina decidió hablar sobre él.

—Me bloqueó en su perfil.

Su mirada se encontraba perdida.

—Que inmaduro es —comentó Ximena un poco molesta—. Ya olvídate de él. ¿No prefieres quedarte unos días?

Carolina negó con la cabeza.

—Lo visitare.

Ximena no entendió a quien se refería su amiga.

—Iré a verlo —dijo Carolina.

—Te refieres a...—no terminó de hablar cuando Carolina la interrumpió.

—Alex. Si, lo iré a ver llegando.

—No creo que sea buena idea, él es pasado.

—Lo sé, solo que ahora será la última vez y ahora si quedará en el pasado.

—Suerte con eso —comentó Ximena aun creyendo que era mala idea.

Por los altavoces llamaron para que abordaran el autobús.

—Muchas gracias, Ximena.

—Descuida, cuando gustes aquí estamos.

Se despidieron de un abrazo.

Carolina subió al autobús y regresó a su ciudad.

Mientras iban entrando a la ciudad, la lluvia se hizo presente. Por suerte llevaba un suéter con gorro. Se lo colocó al bajar del autobús.

Uso transporte público para llegar con Alex.

Cuando bajo, la llovizna invadía el lugar, el clima era gris y las lapidas que se veían desde la entrada hacían triste el lugar.

Caminó por el camino principal, en las orillas tenían grandes árboles que impedían que el agua cayera directamente. Luego giró hacia su izquierda para llegar a donde estaba la tumba de Alex.

Estando ahí el llanto se hizo presente. Lloró como nunca antes lo había hecho mientras la lluvia caía sobre ella. Se recargó sobre la lápida mientras sollozaba por el dolor que sentía.

Capítulo X

Hospital

Dos semanas después de no saber de Rodrigo, Carolina pensó en seguir con su vida buscando sus sueños.

Ximena: Te puedo ver en media hora?

Carolina: Claro. Todo bien?

Ximena: No, te acuerdas de Sara? Está hospitalizada.

Carolina: que le pasó?

Ximena: Te veo en el centro en media hora.

Se arregló rápido y salió hacia el centro. Cuando vio a Ximena, camino rápidamente.

—Hola. ¿Qué le pasó a Sara?

—Resbaló de las escaleras y está hospitalizada.

—Vamos a verla.

—Sí, por eso te llamé. Solo que esta en el hospital donde trabaja ya sabes quién.

Carolina se puso seria.

—Vamos, por Sara.

Emprendieron camino hacia el hospital donde estaba internada su amiga.

Al llegar subieron al segundo piso. Se dirigieron a la ventanilla a preguntar.

—Buenos días, ¿Disculpe en que habitación se encuentra Sara, Sara Hernández?

—Está en la habitación 312 pero no se les permiten visitas a esta hora, solo un familiar puede entrar y ya hay uno dentro.

—Gracias —dijo Ximena.

Dieron media vuelta y se sentaron en la sala de espera.

—Ximena, Caro —dijeron desde atrás.

Ambas voltearon.

—Hola Señora.

—Hola muchachas. ¿Están aquí por Sara? —dijo una mujer de pelo rojizo.

—Sí, nos enteramos de su accidente —comentó Ximena.

—Gracias por venir, ahorita está dormida, en cuanto despierte le diré que estuvieron aquí.

—Muchas gracias señora.

Ambas sonrieron.

La señora se levantó y entró a ver a su hija.

—Demos una vuelta—sugirió Ximena.

—¿y si lo vemos?

—No creo, él está trabajando en algún laboratorio, y los laboratorios están dentro, no en un pasillo.

Camaron hacia la izquierda, dieron vuelta hacia un largo pasillo con grandes ventanas de cristal donde se podía ver el patio y canchas de la secundaria que estaba aún lado.

De pronto Carolina volteo hacia una ventanilla, el corazón le latió rápidamente. Ahí estaba Rodrigo, riendo con sus compañeros. Sonrió al verlo y lo saludó con la mano.

Él se quedó pálido al verla caminando, intentó sonreír pero los nervios invadieron su cuerpo. Ellas siguieron caminando.

—¡Ahí estaba! —dijo Carolina contenta y nerviosa a la vez.

—¿Es él?

—Sí, él es Rodrigo.

—Bueno, ¿ahora qué harás? —preguntó Ximena.

—No lo sé. Creo que nada. Mejor vámonos de aquí.

—¿Segura? ¿No quieres hablar con él?

Carolina pensó por un instante. Negó con la cabeza.

Regresaron por el mismo lugar, esta vez solo Ximena volteó a ver a la ventanilla.

—¿Ahí estaba? —preguntó Carolina mientras su corazón latía rápido.

—No, ya no estaba.

Siguieron caminando hasta salir del hospital.

—¿Sabes algo? Creo que deberías darle una explicación respecto al accidente y decirle de una vez lo que sientes por él.

Carolina se detuvo en medio del patio delantero del hospital.

—Tienes razón, Ximena.

—Hazlo —animó su amiga.

—Pero me bloqueo de su perfil y en Whatsapp... y dudo que responda una llamada.

—Te prestó mi celular y de aquí márcale—dijo Ximena entregando su celular.

—Mejor agregare su número y le enviare un audio por Whatsapp.

—Sí, mejor.

Carolina comenzó a agregar a la lista de contactos a Rodrigo.

—Iré a comprar, ahorita regreso —dijo Ximena para darle privacidad.

Después de haberlo agregado, entró al Whatsapp de su amiga y ahí estaba la foto de perfil de Rodrigo.

Levantó la mirada para buscar un lugar donde sentarse. Se dirigió a una jardinera, abrió la ventana de conversación. Por un momento pensó en que le diría. Tardo unos minutos hablando mientras unas lágrimas inundaban su mirada.

Cuando terminó, soltó el botón del audio y este se envió automáticamente. No tardó mucho cuando las dos palomitas se hicieron presentes en el mensaje.

Rodrigo había recibido el audio.

—¿Nos vamos? —dijo Ximena acercándose.

—Si.

Le regresó su celular y caminaron hacia el centro de la ciudad.

Poco a poco Carolina se fue tranquilizando.

Capítulo XI

Organización

Días después Carolina notó que faltaba poco para que Rodrigo cumpliera 24 años. Ahora no sentía tristeza por cómo habían terminado las cosas, sino que tenía esperanza de que volvieran hacer amigos. Recordó el nombre de su hermana y buscó su perfil en las redes sociales. No tardó mucho en encontrarla, enseguida le envió un mensaje.

Carolina: Hola Malú, soy amiga de tu hermano. Como sabes ya se acerca su cumpleaños y me preguntaba si podría organizarle una fiesta sorpresa. Pero para eso necesito de tu ayuda, no sé si podrías prestarnos tu casa para organizarla.

Al no ver respuesta en ese momento, decidió hacer sus quehaceres. Por la tarde regresó a ver su perfil y tenía un mensaje.

Malú: Hola, claro que sí, yo les presto la casa. Pero cuéntame más o menos cuál es tu idea.

Ella no dudó en responder.

Carolina: Gracias Malú, la idea es llevar un pastel, refrescos, botanas y música para convivir un rato con tu hermano.

Malú: Me parece buena idea. Pero deberíamos planearlo bien.

Carolina: Sí, eso pienso. Crees que podemos platicar en persona?

Malú: Sí, si gustas mañana te veo a las cinco en el café que está en Plaza Esmeralda.

Carolina: Ahí te veo. Gracias nuevamente.

Malú: De nada y gracias a ti por acordarte de mi hermano. Nos vemos mañana.

Carolina: =)

Esa noche pensó sobre la fiesta, si sería buena idea o si Rodrigo no se molestaría por lo que estaba a punto de hacer. También pensó en comentarle a Malú sobre el accidente por precaución para no arruinar los planes.

Al siguiente día Carolina estaba minutos antes de las cinco en el café donde se habían citado. Malú no tardó en llegar.

—¿Eres Carolina? —preguntó con una dulce voz.

—Hola, sí, soy Carolina. ¿Eres Malú, cierto?

—Así es. Bueno, cuéntame que plan tienes —dijo mientras se acomodaba en la silla.

—Mira antes de comentarte sobre la fiesta, quisiera platicar respecto a tu hermano.

—A ver dime —animó Malú con una sonrisa en el rostro.

—Mira, tu hermano y yo hemos estado saliendo a correr, hace unas semanas fuimos a la ciudad de México.

—Ohh... tú eras la chica con la que él salía—Carolina se puso roja—. ¿Son novios o algo así?

—No, no somos novios.

—¿Entonces?

—Somos solo amigos, pero él se molestó conmigo.

—¿Qué pasó? —preguntó Malú muy tranquila.

—Te contaré todo. Solo promete que no te iras y me dejas aquí sola.

Malú pensó por un momento.

—No te dejaré. Dime, que pasó.

Carolina tomó aire para comenzar.

—Hace cuatro años, fui a la Ciudad de México con unos amigos, fuimos de paseo. Pero al regresar estaba lloviendo, la carretera mojada, mi novio de aquel tiempo, se llamaba Alex, iba manejando, entonces me entregó un collar, yo lo acepte y me acerque para darle un beso en la mejilla, él se giró, yo no me di cuenta que me quería besar en los labios... perdió el control de la camioneta y nos volcamos.

—¿Eso que tiene que ver con mi hermano? —preguntó mientras recordaba el accidente que había sufrido con su familia.

—Ese accidente fue el mismo que ustedes tuvieron.

Malú se quedó seria por un instante. No tenía expresión en el rostro.

—Ustedes fueron los chicos de la camioneta con la que nuestro coche se impactó —dijo al fin.

—Si. Lo siento mucho.

—Rodrigo fue el que más sufrió.

—Lo sé —comentó Carolina—. La forma en que habla sobre el tema lo delata.

—Él no se despidió de mis papás, estaba internado cuando los enterraron.

—Lo siento mucho, Malú. No fue nuestra intención. En realidad no sé qué pasó esa noche.

—Tranquila, supongo que no fue tu culpa... Por eso mi hermano se molestó, ¿verdad?

Carolina afirmó con la cabeza.

—Entiende que ese accidente lo marcó de por vida. Bueno a los tres nos marcó y nos cambió la vida drásticamente. ¿Y porque quieres organizarle la fiesta?

—Quisiera que volviera a confiar en mí.

—¿Crees que eso pasé?

—En realidad no lo sé. Pero quisiera intentarlo.

Malú observo a Carolina por unos segundos. Pensó bien sobre la idea de la fiesta.

—Está bien. Te ayudaré. Solo que no te garantizo que mi hermano cambie de parecer con respecto a ti.

Carolina se alegró de tener el apoyo.

Después de la plática se comenzaron a poner de acuerdo sobre como armarían la fiesta y quien compraría las cosas. Al final todo quedó organizado. Se despidieron y cada quien se retiró por su lado.

Los siguientes días Carolina se dedicó a comprar las cosas que le habían tocado, también contacto a los amigos de Rodrigo para que asistieran a la fiesta y él estuviera más cómodo.

Por otro lado Malú pensaba en lo que Carolina le había contado. Estaba sentada en el sofá intentando ver televisión, pero su mente pensaba en Rodrigo y lo mucho que sufrió y seguía sufriendo.

—Ya llegue —dijo Rodrigo entrando a la casa.

—Hola —Respondió Malú.

Él notó que su hermana estaba distraída.

—¿Sucede algo?

—No ¿Por qué?

—Te veo distraída —comentó sentándose a su lado.

—Oye Rodrigo, quiero platicar contigo.

—Claro. Dime.

—La partida de nuestro padres fue muy dolorosa —Rodrigo se puso serio—. Creo que para ti fue aún más, y quiero que sepas que Esem y yo estaremos bien, tú vive tu vida, se feliz con lo que tienes y si buscas algo más, encuéntralo, no te quedes estancado.

—Lo sé, Malú. ¿Pero a qué viene esta plática?

—Su muerte no fue culpa de nadie, las cosas suceden por alguna razón y esa anoche fue su hora de partir.

En ese momento a Rodrigo se le vino la imagen de Carolina en su mente.

—No, no es culpa de nadie, ni de las personas que estuvieron involucradas en el accidente —susurró él.

—Ni de ellas, no sabemos que iban haciendo o porque su camioneta se volcó.

—Entiendo. Me iré a acostar. Buenas noches, Malú.

—Una última cosa, Rodrigo —él se giró—. Vive tu vida, no te preocupes por nosotras, estaremos bien.

Rodrigo sonrió y se fue a su habitación.

Cuando el día llegó, Carolina estaba nerviosa, no sabía cuál sería la reacción de él al verla en su casa. Al medio día llevó las cosas a casa de Malú, después regresó a la suya para arreglarse.

Mientras tanto Rodrigo al salir de trabajar vio a su herma Esme afuera del hospital.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él.

—¡¡Feliz Cumpleaños!!

Gritó Esme y le dio un fuerte abrazo.

—Vamos a comer y después iremos al cine.

Rodrigo aceptó.

Fueron a comer comida china al centro comercial, después entraron a ver una película. Esme lo estaba distrayendo para que llegara a la hora acordada a la fiesta sorpresa.

De pronto Rodrigo recibió una llamada del hospital.

—Hola... claro voy para allá.

—¿Quién era? —preguntó Esme fingiendo no saber.

—Del hospital, una muestra está mal y quieren que ahorita vaya porque es urgente.

—Bueno, ve, yo me voy a la casa. Acompañare a Malú al centro.

—Está bien, te acompaño para que tomes taxi.

Después de haber acompañado a su hermana, se dirigió caminando al hospital ya que se estaba cerca del centro comercial.

Cuando llegó, sus compañeros lo esperaban en el patio delantero con un pequeño pastel que le regalaron.

—Gracias chicos —dijo cuando recibió el pastel y le cantaban las mañanitas.

Estuvieron conviviendo un rato platicando sobre cosas divertidas que habían vivido juntos en el hospital.

Cuando se dieron las siete de la noche, decidió que era hora de irse a casa. Caminó a la calle para tomar taxi.

Al llegar notó que todo estaba oscuro. Abrió la puerta y encendió las luces, al parecer no había nadie. Se sentó en la sala para ver televisión, de pronto escuchó unas risitas en el oscuro patio, salió despacio a ver que era.

—¡SORPRESA!

Gritaron todos al mismo tiempo que encendían las series de luces que adornaban todo el lugar.

Los pocos amigos que Carolina logró reunir estaban detrás de una mesa, ella estaba justo en medio sosteniendo el pastel con una vela que emana chispas amarillas.

Él la miró de pies a cabeza, iba vestida con un vestido corto color azul marino y tirantes de encaje. No supo que decir su presencia lo ponía incomodo ya que no habían tenido comunicación desde el viaje a la ciudad de México.

Sonrió y se acercó.

Todos entonaron las mañanitas en una sola voz.

Carolina colocó el pastel sobre la mesa.

Después todos los invitados tomaron asiento en las sillas que estaban alrededor del patio. Rodrigo saludó a cada invitado, como podía sostenía los obsequios que le entregaban. Luego miró a su alrededor y no veía a Carolina por ningún lugar.

—Hay un regalo en tu habitación —le susurró Esme en el oído mientras se colgaba de su hombro.

Rodrigo se puso nervioso, como no veía a Carolina, estaba seguro que ella era la sorpresa.

Cuando entró a la casa, vio a Malú en la cocina. Ella le sonrió y con una seña lo animó a entrar a su habitación.

Estando en la puerta la abrió lentamente, su lámpara de noche estaba encendida, miró un pequeño regalo sobre su cama que estaba tendida. Se acercó y lo abrió, era el collar con dije en forma de avión de papel que Carolina cargaba, venía acompañado de una tarjeta de cumpleaños.

“Feliz Cumpleaños: espero guardes este dije que significa mucho para mí, ojala hayas escuchado el audio que te envié. Te quiero mucho”

Fueron las palabras que Carolina había escrito en la tarjeta.

Él se quedó de pie con su regalo en las manos.

—Feliz cumpleaños —susurró Carolina desde la entrada del cuarto.

Él volteó a verla.

—Gracias—contestó en voz baja.

Rodrigo se sentó en la cama aun mirando su regalo.

—¿Puedo pasar? —preguntó apenada.

—Adelante.

Caminó hacia la cama para sentarse a un lado.

—No sé qué decir. Me siento incómodo y nervioso.

—No digas nada... Conserva el collar y cuídalo mucho, es algo muy importante.

—Si es tan importante, ¿Por qué me lo regalas? —dijo volteándola ver.

—No sé, quiero que tú lo tengas.

—Ok. Gracias. Lo cuidare.

—Ok.

Carolina se levantó y caminó hacia la puerta.

Después de un rato Rodrigo salió al patio para continuar en la fiesta, Carolina se había retirado luego de haber hablado con él.

Cuando el último invitado se retiró, escombraron un poco el patio.

—¿Te gustó la fiesta? —preguntó Malú muy contenta.

—Sí, muchas gracias.

—No me agradezcas a mí, sino a Carolina. Ella organizó todo.

Rodrigo se puso serio.

Siguieron escombrando el patio.

Al terminar Rodrigo se dio un baño para después acostarse a dormir. Mientras estaba acostado

mirando el techo con la lámpara de cama encendida, recordó que Carolina le había enviado un audio semanas antes. Tomó su celular y buscó aquel número desconocido que le había mandado el mensaje, se sentó en la cama, se colocó los audífonos y comenzó a escuchar el audio:

Hola Rodrigo. Soy Carolina. Te envío este audio para hacerte saber lo que pasó conmigo después del accidente. Antes de volcarnos en la camioneta, Alex, mi novio, me había regalado ese collar en forma de avión de papel. Yo lo amaba muchísimo... Recuerdo que una vez estando en Taxco dijiste que era más dolorosa una partida sin despedidas y estoy de acuerdo contigo, Alex sobrevivió al accidente, pero meses después, un diciembre a vísperas de navidad, decidió suicidarse... No se despidió, solo lo hizo. Su decisión fue muy difícil para mí. Pero lo más doloroso vino después, cuando me vi obligada a vivir con su ausencia, no podía culpar a Dios, ni al destino, porque había sido su propia decisión el marcharse. Dure año y medio llorando noche tras noche hasta que me cansé y seguí con mi vida. Años después vi a un chico que me llamó la atención como no tienes idea. Sentado en una jardinera, en pleno zócalo, cruzamos miradas, fue un momento muy lindo, después comencé a salir con ese chico de sonrisa encantadora. Y si te lo preguntas... Sí, tú eres aquel chico. En el poco tiempo que nos conocimos aprendí a quererte de una manera tan especial que ni yo misma conocía. Honestamente todo me gustaba de ti, tu sonrisa, tu voz, tus manos, la manera en que te molestabas, todo, todo me agradaba de ti. Ahora que te has alejado, lamento no haberte detenido aquella tarde en la ciudad de México cuando me diste la espalda y te marchaste. Creo que todo pasa por alguna razón y cual fuese la razón de esta situación, la aprovecharé y aprenderé de esto... Antes de despedirme, quiero que sepas que te extraño tanto como para no estar enojada... Y mientras siga viva, nunca te olvidare.